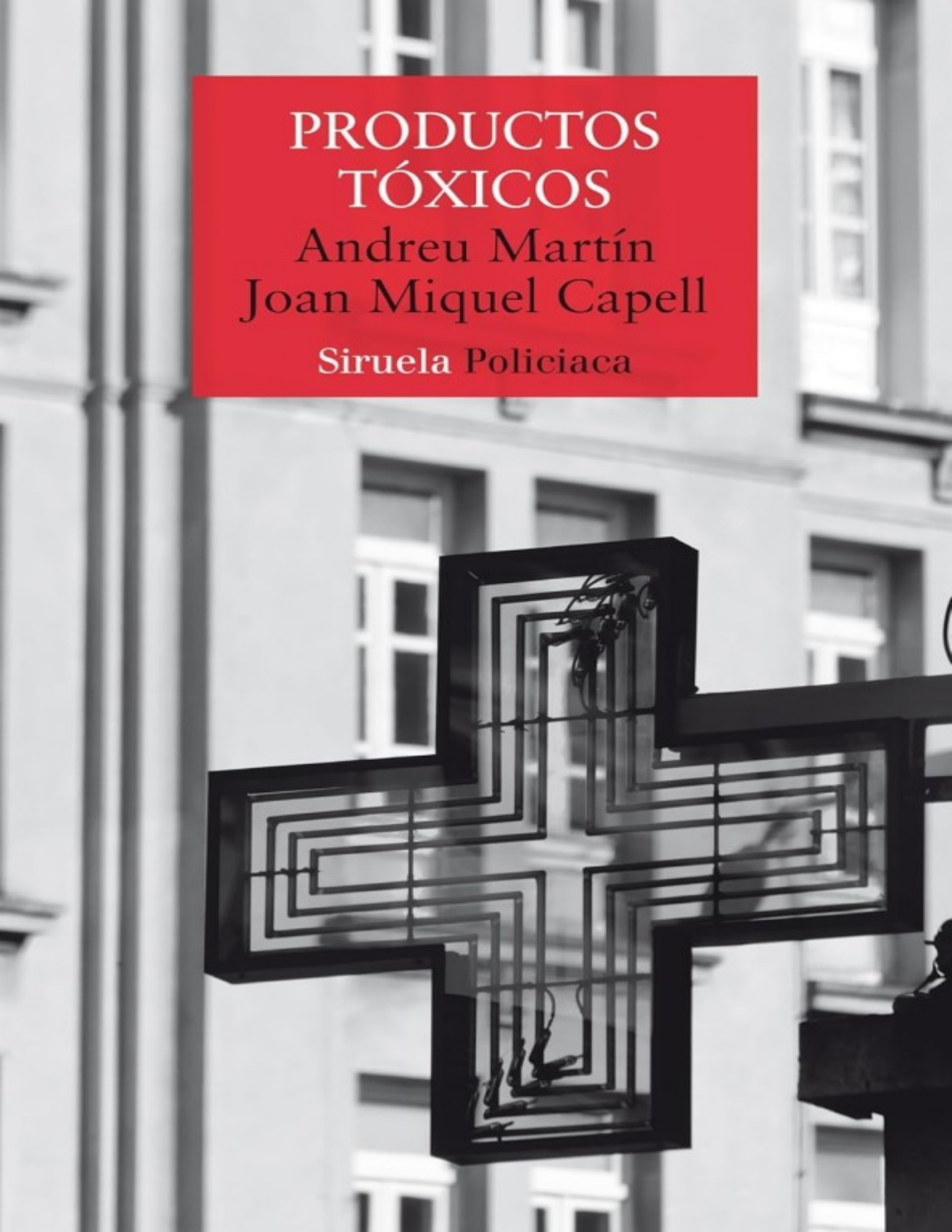
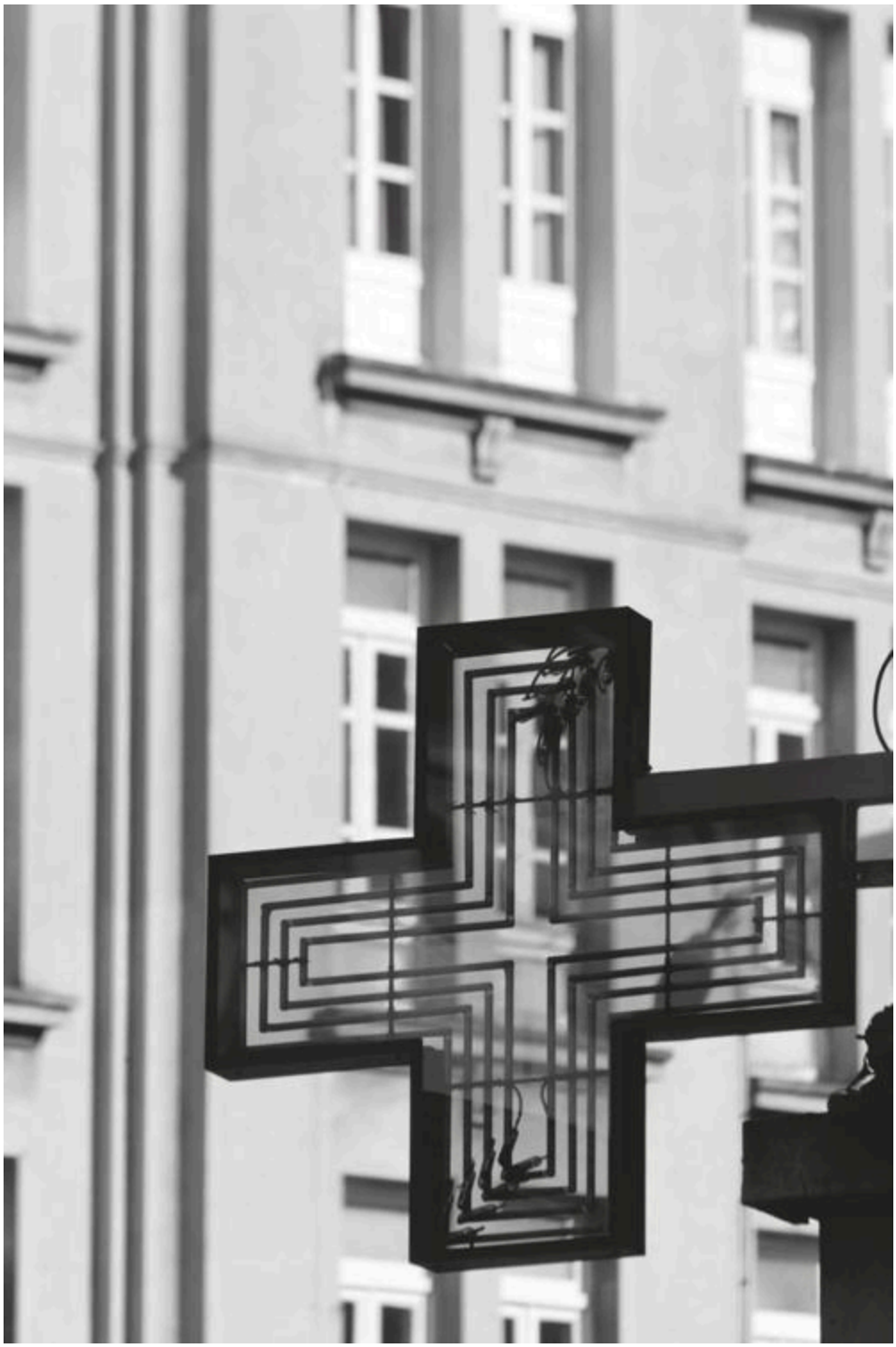
# PRODUCTOS TÓXICOS

Andreu Martín
Joan Miquel Capell

Siruela Policiaca





Andreu Martín
Joan Miquel Capell

# PRODUCTOS TÓXICOS

Siruela
Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: mayo de 2026

En cubierta: fotografía © Mercedes Rancaño Otero / iStock
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Andreu Martín y Joan Miquel Capell, 2026
© Ediciones Siruela, S. A., 2026

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-93-6

Conversión a formato digital: María Belloso

# Índice

PRIMERA PARTE
Operación Mandri

1 Polis en una discoteca
2 La muerte de Melody
3 Las primeras hipótesis
4 Pesquisas en México
5 Más de un mil por ciento
6 La imprudencia de Pau Palau
7 El caso de Margarita
8 Luis
9 El inconveniente de la informática
10 Colaborador espontáneo
11 Cualquiera que te oiga

SEGUNDA PARTE
Operación Clembuterol

12 El agente federal, el maestro
13 El destino de los hígados
14 Segunda explosión de violencia
15 Las dos terneras
16 Un montón de excrementos
17 Los cadáveres y la descomposición
18 Mesa para trece
19 O le reviento la cabeza
20 El día del juicio

*En memoria de nuestro querido e inolvidable Louis Díaz,*
*de sus risas, sus anécdotas, su energía,*
*su determinación y su vida aventurera.*
*Escribimos esta novela pensando en ti, amigo*

# PRIMERA PARTE
# Operación Mandri

# 1

# Polis en una discoteca

Entramos primero George Faz y yo, que íbamos a supervisar la operación.

Detrás venían los seis agentes involucrados.

La cabo Reme, Jordi, Agustí, Daniel, Josep y Elvira. Fuera se habían quedado Félix y Carmen, junto a la Yamaha, vigilando los dos coches que habíamos tenido que dejar mal aparcados encima de la acera. Los dos habrían querido entrar en la discoteca para estar en primera línea; Félix se quedó rezongando porque se sentía discriminado, como siempre; y Carmen, pálida, alta y atlética, temible con su cazadora negra de cuero con tachuelas, me dirigió una mirada punzante, como si nunca jamás pensara perdonarme la afrenta.

Elvira era la más discotequera. Menuda, risueña y juvenil, iba comentándole a Josep, con esa solemnidad que ella identificaba con el comportamiento de un policía: «Todos tenemos una misión que cumplir, y la de ellos es vigilar los coches». Era muy graciosa. La llamaban la «Letrada».

En las primeras salas no había demasiado jaleo. Música agradable y relajante, y grupos de gente sosegada de mediana edad y risas estrepitosas de vez en cuando para demostrar que aún estaban en el mercado. George Faz y yo dábamos la imagen de tipos aburridos y necesitados de compañía femenina. Descendimos una escalinata y nos sumergimos en un tanque de estruendo. La música era perturbadora, cargada de un ritmo de bajos como una serie interminable de mazazos en la cabeza, en el pecho y en el corazón. En la pista, bailarines enloquecidos, con los ojos cerrados o tratando

de encontrar complicidades, saltando de un pie al otro, compartiendo entusiasmos y coreografías y tocamientos o aislándose en experiencias místicas indescriptibles.

George Faz había advertido a los chicos:

—Estaréis en un ambiente adverso, premeditado para aturdiros, para que perdáis contacto con la realidad, para no pensar ni comunicarse; y tenéis que ser conscientes en todo momento de que estáis cumpliendo una misión, de que debéis conservar la lucidez y estar atentos a lo que os rodea, sin perder contacto los unos con los otros.

Faz y yo nos acodamos en la barra, rodeados por una multitud muy joven, muy apretujada y muy animada. Él pidió una cerveza; yo, un refresco.

Observamos la entrada de nuestros seis agentes por parejas. Agustí y su inalterable sentido del humor. Detrás de su media sonrisa, supuse que se escondía algún comentario del estilo de «qué cantidad de tías, ¿por qué no pasamos de todo y nos dedicamos a ligar?». Jordi, contenido y concentrado como si estuviera haciendo algún cálculo mental y temiera perder la cuenta, sacudía la cabeza como siempre, como diciendo «este Agustí es de lo que no hay». El malcarado Daniel siempre pegado a la cabo Reme, delgada, fibrosa y de movimientos sincopados. Todos sabíamos que Daniel estaba deseando morrearse con la cabo Reme —aunque solo fuera para fingir que iban de novios— y que ella no se lo iba a permitir de ninguna de las maneras. Siempre estaban igual. Incluso se habían hecho apuestas sobre si Daniel conseguiría o no su objetivo. Y al fin el formal Josep, «Sant Josep», que parecía seminarista, y Elvira la Letrada. Todos tratando de localizar entre la aglomeración a un hombre con gorra de los New York Yanquees y un pin de la DEA.

Avanzaban tranquilamente, sin prisas, como buscando a los amigos con los que habían quedado. Daniel abrazando a una Reme resignada, como enamorados; Josep y Elvira de la mano como

pareja ya consolidada. Jordi y Agustí, que parecían dos golfos buscando rollo, se habían detenido en la barra de arriba para pedir consumiciones y entraban ya con los vasos en ristre. Di por supuesto que eran una Coca-Cola y una tónica, sin nada de alcohol.

—Fingiréis que coqueteáis —les había dicho Faz—, o que habláis de fútbol, o de mujeres, o que buscáis rollo, pero solo lo fingiréis, porque tenéis una misión que cumplir y debéis dedicarle toda vuestra atención, con los cinco sentidos alerta.

—No son todos tus hombres, ¿verdad? —me preguntó acodado en la barra.

Era el responsable de la delegación de la DEA en Madrid,

—No —respondí—. Unos están ocupándose de la seguridad de los Juegos Olímpicos y otros en Girona, investigando una intoxicación masiva. —Frunció el ceño, interesado—. Ciento sesenta y tres personas hospitalizadas. La mayoría fulminados después de probar la carne en el comedor de la fábrica donde trabajaban.

George Faz silbó para demostrarme que le parecía un caso terrible; enseguida cambió de tema:

—Echo de menos a Pau Palau. Se llama así, ¿no?

Sonreí con cierto orgullo. Pau Palau, que era sargento como yo, de mi misma promoción, había impresionado a los agentes de la DEA desde el primer día, como impresionaba a todo el mundo. Había cursado la carrera de Farmacia y la de Derecho antes de incorporarse a la Policía Autonómica y en aquellos momentos dirigía la unidad de Consumo del área de Salud Pública, a mis órdenes. Alimentos, bebidas alcohólicas, aguas embotelladas y demás. En su primer encuentro con los norteamericanos había demostrado que sabía casi más que ellos sobre drogas, su elaboración y legislación. Además, su ademán hierático y arisco no dejaba indiferente a nadie.

—Pau Palau —respondí— ya nació enseñado. —Nos reímos—. Él es el que lleva el operativo de Girona. En sus ratos libres, mientras no le piden que vaya a vigilar las instalaciones olímpicas.

Los seis agentes seguían escrupulosamente las consignas que George Faz les había repetido tantas veces en el curso de formación. Estar siempre de cara a la puerta de acceso, procurando controlar a todo el que pasara por delante, y no dejar nada sospechoso detrás; llevar siempre moneda fraccionaria en los bolsillos por si había que hacer una llamada telefónica urgente; pagar la bebida en el mismo momento que el camarero la servía, y tratar de no llamar la atención por la manera de vestir o de comportarse. Y el arma reglamentaria, un revólver Astra de seis disparos, en la funda de la pierna, bien disimulada dentro de la pernera o en la cintura de los pantalones, a la espalda.

Fueron el casto Josep y Elvira la pizpireta quienes localizaron al hombre de la gorra de los New York Nets con un pin de la DEA. Ella se volvió hacia donde sabía que estaban sus compañeros y se pasó los dedos por la frente como si le doliera un poco la cabeza. Era la señal de objetivo localizado.

George Faz también nos había enseñado ese sistema de comunicación gestual que resultaba imprescindible en un ambiente como aquel, donde la estridencia de la música hacía inútiles los *walkie-talkies* y donde resultaba imprudente el uso de auriculares delatores. Un código de señales visuales que exigían la atención constante entre los miembros del equipo.

Aquel movimiento convirtió a Elvira en la líder del grupo. Ella tenía que mantener el control visual directo sobre el objetivo. El resto tenían que dar un paso atrás y seguir atentos.

—No pueden estar viendo al *target* todos al mismo tiempo —les había explicado Faz—. Al objetivo lo controla quien va delante, y el resto del equipo tiene que confiar en él. De esta forma, si el tipo se siente vigilado, solo muerde a uno. ¿Lo entendéis?

El hombre de la gorra de los New York Nets estaba solo, apoyado en la barra de la terraza, donde no había tanto alboroto, y parecía absorto en la contemplación de la espectacular vista de la gran

Barcelona. Llevaba gruesas gafas de miopía, pelo rubio y lacio, americana azul y camisa blanca con el cuello desabrochado. Bebía lo que parecía un *gin-tonic*. Se llamaba Larry Sawyer. Acababa de llegar de Madrid y ninguno de mis agentes lo conocía.

Minutos después, la despreocupada y seductora Elvira se rascó la cabeza, o se arregló algún detalle del peinado. Con el gesto pedía el cambio de orden en las parejas de vigilancia. Como no vi motivo, supuse que solo era un ejercicio para poner a prueba la movilidad, la atención y la eficiencia de sus compañeros. Ella y Josep se disolvieron en el movimiento enloquecido de los danzantes de la pista y se desplazaron hasta las escaleras ascendentes, desde donde controlaban la salida y a Daniel y a Reme, que estaban junto a la puerta de los servicios, zona considerada eminentemente estratégica.

Jordi y Agustí pasaron a ser los líderes y avanzaron hasta que pudieron observar al objetivo desde la misma barra que él, acodándose un poco más allá.

Una mujer muy atractiva, de piel bronceada y media melena oscura, vestida de blanco y negro y con zapatos de tacón de aguja, se acercó mucho a Larry Sawyer de una manera demasiado provocativa, imprudente, y le pidió fuego.

—¿Y esa? —preguntó Agustí.

Hasta el momento, habíamos hecho las prácticas con personal de Base, donde más o menos todos nos conocíamos o nos teníamos vistos. Aquella mujer en blanco y negro no tenía pinta de funcionaria, ni siquiera de funcionaria disfrazada. Era la primera vez que contratábamos a alguien para que nos echara una mano. Una manera de poner a prueba la capacidad de observación de nuestros chicos.

Sawyer la miró distraído, de soslayo, casi despectivo, y se volvió para quedar frente a ella. Muy cerca los dos, tanto que le resultó bastante incómodo encender el cigarro que la mujer le acercaba. A

pesar de todo, Larry Sawyer lo hizo. Ella sujetaba el pitillo entre dos dedos de la izquierda; él utilizó la derecha para acercarle la llama del mechero. Se miraban a los ojos. La mano derecha de la mujer quedaba oculta entre su cuerpo y la barra.

Jordi hizo un gesto significativo dedicado a Daniel y a Reme. Se había producido el contacto esperado. El bolsillo izquierdo de la chaqueta de él.

Excelente. George Faz y yo intercambiamos una mirada de satisfacción. No habíamos podido engañarlos.

La mujer sonreía y agradecía el fuego. Larry Sawyer sonreía y eludía la oportunidad de ligar. La mujer hacía un gesto de renuncia y decepción, se despegaba de la barra y continuaba su camino hacia la salida.

Elvira dejó a Josep en su punto de observación y salió de la discoteca. Reclamó la atención de Félix y Carmen, impacientes junto a la Yamaha. En cuanto vieron a su compañera, se pusieron los cascos, a punto para entrar en acción.

El hombre de la gorra de los New York Nets echó el último trago a su *gin-tonic*, consultó la hora en su reloj de pulsera y llegó a la conclusión de que tenía que empezar a moverse.

La mujer en blanco y negro salió, espectacular como una actriz de cine, al movimiento de gente y vehículos que llenaba la calle.

Elvira hizo un gesto de apariencia casual que quería decir «Es esta: adelante». El objetivo femenino fue a buscar un Seat berlina que había aparcado un poco más abajo.

La Yamaha fue tras ella. Conducía Carmen. Félix iba de paquete, rezongando.

—A ver qué día conduzco yo.

—Yo llevo la chupa de cuero —replicó la amazona.

Un par de segundos después salía del local Josep, y Elvira ya lo esperaba al volante de uno de los coches. A partir de ahí, ya podían comunicarse por radio con los de la moto y desarrollaron la

estrategia para seguir los pasos de la mujer y averiguar dónde vivía.

El hombre de la gorra con aquellas letras NY que parecían pictogramas chinos cruzó la pista de bailarines poseídos camino de los servicios. Daniel y la cabo Reme continuaban coqueteando junto a la puerta. Él le tocaba la cara a ella, ella rehuía la caricia y le daba en los dedos («*cuidao* esa mano»), y se reían como auténticos enamorados. Larry Sawyer entró en los lavabos y detrás de él se colaron Daniel, Jordi y Agustí. Reme cerró el paso de unos jóvenes que iban detrás.

—Estos lavabos están fuera de servicio temporalmente. Vayan al de señoras y disculpen las molestias.

—Pero ¿qué dices?

A la cabo Reme le sobraban recursos para mantenerlos a raya.

Dentro de los lavabos, Agustí puso su mano enorme en el centro de la espalda de Larry Sawyer y lo empujó contra el urinario.

—¡Eh!

—Acaba de mear tranquilo, pero que sepas que estás detenido.

Daniel, entretanto, vaciaba el lavabo de curiosos con la ayuda de la placa y de su mala leche.

—Fuera, fuera de aquí. No nos deis problemas. Policía.

Larry Sawyer protestaba en inglés:

—*What the fuck, man?!*

Jordi y Agustí, arrolladores, ya habían metido la mano en los bolsillos del que meaba y habían sacado una bolsa de plástico transparente llena de un polvo blanco, como harina. Era harina.

—Mira qué tenemos aquí.

—¡Eh, no, un momento!

—Estás detenido, yanqui.

El yanqui ya había terminado de orinar, se acababa de abrochar los pantalones y se encontró con las manos esposadas delante.

—¡Eh, que eso no es mío! ¡Alguien me lo habrá metido en el bolsillo sin que me diera cuenta!

—Ah, bueno, si te lo han metido en el bolsillo sin que te hayas dado cuenta, no hay problema —decía Agustí como si se lo creyera —. Iremos a comisaría, se aclarará todo y te soltaremos. No hay por qué preocuparse.

Agustí a la derecha, Jordi a la izquierda y Daniel detrás rodeaban al hombre esposado y salieron del lavabo tan rápida y discretamente como supieron. Reme se sumó a la comitiva, adaptándose a la zancada de sus compañeros.

Yo me disponía a seguirlos cuando George Faz me retuvo.

—Déjalos. —Hablábamos en inglés—. No conviene que los estemos controlando continuamente. Lo más difícil ya lo han hecho.

Más tarde pensé que deberíamos haberlos seguido. No era verdad que lo más difícil ya hubiera pasado. Y sí, era importante tener siempre controlados a los aprendices. Consideré que había sido un error dejarlos a su aire.

Reme se puso al volante del segundo coche. Daniel en el asiento de al lado, y detrás se instalaron Agustí y Jordi con el detenido en medio, un poco apretados los tres.

Fueron dirección la plaza Lesseps por República Argentina, recorrieron la Travessera de Dalt hasta la Ronda del Guinardó, giraron a la derecha por Lepanto, recorrieron esta calle en dirección al mar y, en la esquina de Gran Vía, cuando se detuvieron en el semáforo detrás de la plaza Monumental, al otro lado de la avenida estalló una escena de violencia.

Un hombre agarraba del cuello a una mujer y, sacudiéndola como si fuera un títere, la tiraba sobre el capó de un vehículo aparcado. Boca arriba, la mujer pataleaba con revuelo de faldas y chillaba. Antes de que los policías pudieran reaccionar, el hombre ya había levantado el puño derecho y lo descargaba con saña bestial sobre el rostro de la víctima.

La cabo Reme puso la primera y cruzó el semáforo en rojo, clavó el freno junto a la pareja y saltó sin dudar. También Daniel, Agustí y

Jordi salieron disparados para auxiliar a aquella persona que estaba siendo golpeada, y se formó una trifulca con el maltratador, que gritaba: «¡Dejadme, es mi mujer, no os metáis, no es cosa vuestra!».

Larry Sawyer no se lo podía creer.

Lo habían dejado solo, en el vehículo policial, con las puertas abiertas. Pensando que tal vez lo estaban sometiendo a alguna clase de prueba, se desplazó con cautela, pisó el asfalto con un pie, luego con el otro, mientras el machista desatado cargaba contra los policías y tenían que sujetarlo, al tiempo que la cabo Reme atendía a la mujer de rostro ensangrentado que lloraba de dolor, de humillación y de rabia, y llamaba para pedir asistencia médica.

El detenido probó poco a poco a alejarse del vehículo y del lugar de los hechos y, un segundo después, echó a correr y desapareció doblando la esquina más cercana.

Buscó la luz verde de un taxi libre. No se veía ninguno. Cuando distinguió un automóvil amarillo y negro, levantó los dos brazos para llamar su atención. Él solo quería levantar un brazo, pero iba esposado; «¡taxi!», y el taxi pasó de largo, porque iba ocupado y porque a lo mejor ni siquiera lo vio. Los que sí vieron al fugitivo fueron los ocupantes del coche de la Guardia Urbana que iba a socorrer a la mujer maltratada de Lepanto y Gran Vía.

—¿Has visto eso?

—¿Iba esposado?

—¡Sí! ¡Iba esposado!

Se comunicaron con su central para comprobar que ya había otros compañeros que corrían a ocuparse del alboroto en la vía pública. Cuando les dieron el afirmativo, que el caso estaba cubierto por otros indicativos que se dirigían al lugar, maniobraron para perseguir al sospechoso. Le cortaron el paso. Le ordenaron que pusiera las manos esposadas sobre el techo del coche policial.

—¿Adónde va esposado?

En su castellano precario, Larry Sawyer trató de explicar que era policía como ellos («¿Policía? ¿Como nosotros?»), agente de la DEA, de la Drug Enforcement Administration, la Agencia Antidroga norteamericana («¿Ah, sí? ¿Agente de la DEA, nada menos?»), veterano de Vietnam («¿veterano de Vietnam también?»), que participaba en un curso de formación de la Policía Autonómica de Cataluña («¿Ah, sí?», la actitud de los agentes era cada vez más escéptica), y que estaban haciendo un ejercicio práctico en una discoteca («Ah, una discoteca, ¿eh?»), una simulación, y que lo habían detenido por llevar droga («¡Ah, lo han detenido por tenencia de droga!»), que no era droga, era harina («claro, claro, harina»). Quiso acreditarse con la documentación que llevaba en el bolsillo de atrás de los pantalones, pero los dos agentes de la Guardia Urbana no habían visto nunca carnets ni documentos ni tarjetas de visita como aquellos, con sellos dorados que hacían pensar en torpes falsificaciones, y por si acaso lo llevaron a las dependencias que la Guardia Urbana de Barcelona tiene en el paseo de la Zona Franca. Allí, dieron a Larry Sawyer la oportunidad de ampliar sus declaraciones, pero, al final, acabaron escribiendo en la minuta policial que los Mossos d'Esquadra lo habían detenido por el delito de tráfico de drogas en un ejercicio de prácticas y que, aprovechando una distracción de los agentes aprendices, se había escabullido.

—Si solo era un entrenamiento, ¿por qué se ha escapado?

—¡Porque han dejado de vigilarme!

—¿Y qué? ¿No dice que solo era un simulacro?

—Sí, pero tienen que saber lo que pasa cuando te distraes.

—Se han distraído por un delito real. ¡A esa mujer le estaban pegando de verdad!

—Quería ver cómo se comportaban.

—¿Cómo se comportaban? ¿Cómo quería que se comportasen? ¡Son policías y tenían delante un caso de violencia de género!

¿Quiere decir que se portaron mal?

—Algún día, en la vida real, pueden encontrarse en una situación parecida. Un detenido y un caso de agresión. Tienen que aprender a gestionar la situación.

—¿Y qué quiere decir? ¿Por custodiarle a usted, que iba de broma, tenían que dejar que pegaran a la pobre mujer?

Aquella noche el ciudadano americano y agente federal Lawrence Sawyer durmió en el calabozo.

Al día siguiente, el jefe de la Guardia Urbana de Barcelona, de nombre Delgado, llamó enfurecido al sargento mayor Trilla, como jefe de servicios especiales de la Policía Autonómica. Por encima de Trilla solo estaba el jefe del Cuerpo. Delgado exigía explicaciones de lo que había pasado con un agente de la DEA que corría esposado por la calle Lepanto. El sargento mayor explicó que, dado que la policía estatal no aceptaba que miembros de la Policía Autonómica de Cataluña pudieran hacer el curso de estupefacientes en sus dependencias de Canillas, la Dirección General había buscado otras alternativas para su formación. Por eso, se había firmado un convenio de colaboración con los agentes de la Agencia Antidroga norteamericana destinados en la embajada a Madrid que, desde hacía un par de meses, impartían clases teóricas en el tercer piso del edificio del paseo Pujades, donde se encontraba la Dirección General, a base de vídeos, proyecciones de fotografías y clases prácticas por toda la ciudad.

Pocas horas después de esta conversación, era el gobernador civil de Barcelona quien telefoneaba a nuestro director general para quejarse enérgicamente de esas prácticas y formación. No podía ser —dijo de muy mala manera— que el Estado español no tuviera conocimiento de que unos agentes policiales extranjeros estaban instruyendo a nuestros efectivos.

Antes de mediodía, fue la propia cónsul de Estados Unidos en Barcelona quien llamó para informar a nuestro director de que no

podíamos hacer más prácticas de aquel tipo por la ciudad y que teníamos que limitarnos a la formación teórica.

No nos lo ponían fácil, no.

Nada fácil.

# 2

# La muerte de Melody

En aquel verano de 1992, yo podía por fin presumir de que acababa de obtener el grado de sargento y era jefe de la brigada Antidroga de la Policía Autonómica (exactamente, jefe del área de Salud Pública), pero lo cierto es que hasta entonces el trabajo me había mantenido pegado a una mesa de despacho, muy lejos de los cárteles de narcotraficantes, de las redadas trepidantes con peligro de tiroteo y de los cargamentos espectaculares de drogas. Todo eso era competencia del Cuerpo de la Policía Nacional.

Aquella tarde, trataba de ahogar mi aburrimiento dedicándome a un caso que nos había llegado de lejos y que se parecía más a un favor entre amigos que a una auténtica investigación policial. Y no contribuía a levantarme el ánimo el hecho de saber que la brigada de Menores estaba preparando una macrorredada en puticlubs para aquella misma noche.

Los colegas andaban yendo y viniendo atareados, hablando en voz más alta de lo que era habitual, reuniéndose para decirse cosas muy importantes, y yo mientras releía por enésima vez una noticia de *Los Angeles Times* que nos había entrado por fax el día anterior.

La fotografía de un funeral norteamericano de alta sociedad, con gente muy elegante entre la que destacaba un matrimonio negro, todos muy compungidos. Ornamentación floral de todo tipo: muchas coronas y cruces de flores, ramos de rosas blancas y rojas y cintas ostentando el pésame de quienes las habían enviado.

El ataúd, envuelto con la bandera de una escudería de coches y, encima, un casco de color blanco con el número 77, lo que parecía una pequeña manta y un oso de peluche.

Una segunda fotografía de una muchacha de catorce años vestida con un equipo de piloto de carreras.

El titular, en inglés: «El alcalde Bradley, en el funeral de Melody Coughran». El alcalde de Los Ángeles destacaba especialmente porque aquella era una de sus primeras apariciones después de los violentos incidentes raciales que se habían producido en la ciudad en abril, a consecuencia de la paliza que unos policías habían pegado a un negro llamado Rodney King. Costaba más distinguir al padre de Melody, el piloto de coches Eamon Coughran, que corría habitualmente la Nascar y ganador de las 500 millas en el Riverside International Raceway (RIR). La madre quedaba discretamente oculta detrás del famoso campeón.

Se trataba del funeral de una adolescente, celebrado en el tanatorio de Costa Mesa, condado de Orange, California. Según se nos informaba, Melody había muerto de un paro cardiaco en el CHOC (Hospital de Niños del Condado de Orange). Supongo que su defunción no habría tenido ningún tipo de trascendencia si la niña no hubiera sido hija de quien era y si a sus exequias no hubiera asistido el alcalde Bradley, pero el señor Coughran, enloquecido por la muerte de su hija, empezó a interponer denuncias a diestro y siniestro contra todos los implicados en la atención médica a la niña, desde los paramédicos que condujeron la ambulancia hasta los médicos, celadores y enfermeras que la habían atendido, pasando, por supuesto, por la cúpula directora del hospital infantil.

La policía del condado de Orange se había hecho cargo de la investigación del caso a pesar de que no parecía que hubiera nada sospechoso en aquel paro cardiaco. Los cardiólogos, tanto los que la atendieron en las urgencias del hospital como el especialista particular que hacía el seguimiento de la pequeña desde que le detectaron su anomalía, coincidían en que convivir con una arritmia suponía un riesgo de consecuencias impredecibles. No era tan extraño que se hubiera producido un infarto inesperado.

El único indicio que a los policías les pareció significativo fue que Melody había comprado su medicamento en una farmacia de México D. F. y que se trataba de un producto fabricado en España.

Eamon Coughran había viajado al país vecino para probar un vehículo en el circuito Hermanos Rodríguez y se había llevado consigo a su hija de catorce años. Estuvieron más días de los previstos, porque el coche no acababa de funcionar, y como la chica se estaba quedando sin su medicamento, compraron una caja en una farmacia que se llamaba Farmacia de Dios. Era diferente de la que adquirían habitualmente en Orange, pero les aseguraron que contenía el mismo principio activo.

Posteriormente, el especialista que llevaba a la muchacha certificó que aquel era un fármaco perfectamente eficaz para combatir las arritmias. Era muy demandado y se distribuía en algunos *drugstores*. El doctor mencionó que recientemente había visitado a dos pacientes con el mismo problema que la pequeña Melody, que se trataban con aquel fármaco y que habían superado su arritmia sin ningún inconveniente. Lo compraban en el área metropolitana de Los Ángeles, en una de las farmacias hispanas de la ciudad de Santa Ana que se mantienen al margen del circuito de las grandes cadenas farmacéuticas como Duane Reade, Rite Aid Walgreens o CVS-Pharmacy.

Mi opinión es que los investigadores del condado de Orange centraron su atención en el Amicardium para quitarse de encima un caso que suponía una presión engorrosa: pasaron la responsabilidad a la DEA, la única agencia federal norteamericana competente para la investigación de delitos relacionados con sustancias controladas fuera de los Estados Unidos. Si todo se había generado en México, ellos se lavaban las manos porque quedaba fuera de su jurisdicción. Así fue como el caso había llegado a manos del agente de la DEA y amigo mío Louis Díaz, a quien había tenido como instructor cuando estuvimos en Los Ángeles aprendiendo el oficio de policía.

También pensé entonces que a Lou no debía de hacerle ninguna gracia investigar un caso de medicamentos falsificados o en mal estado o envenenados o caducados o robados o lo que fuera. A los agentes de la DEA les gusta trabajar como encubiertos dentro de los cárteles o de las bandas de narcos, pero no les gusta ir a visitar farmacias. Si Lou Díaz se tomó el asunto en serio solo podía ser porque el medicamento era español y eso le permitía volver a ponerse en contacto con nosotros. Durante el tiempo de instrucción que pasamos en los Estados Unidos, hicimos muy buena amistad y, además, estaba en perspectiva el gran acontecimiento de los Juegos Olímpicos de 1992.

Junto con la noticia de la muerte de la pequeña Melody, Lou Díaz nos había hecho llegar por fax una fotocopia de la caja del medicamento Amicardium, de los laboratorios Angelat de Martorell, Barcelona, y una petición de ayuda (en castellano, porque lo hablaba muy bien y le gustaba practicarlo siempre que tenía ocasión). Nos hacía notar que en la caja no constaba la fecha de caducidad. Preguntaba si eso en España era normal y nos pedía que investigáramos la seriedad de los laboratorios Angelat. Suponíamos que, desde California, una medicina fabricada en Cataluña y distribuida en cantidades reducidas en farmacias hispanas de América podía suscitar la misma desconfianza que si procediera de Ruanda, y hacer que los agentes federales se imaginaran laboratorios sucios y siniestros.

Yo le había preguntado al sargento mayor Trilla, mi superior, si me permitía realizar el trámite que me pedía Lou, aunque no tuviera muy claro qué era lo que quería. Le recordé que Lou era un buen amigo y que le debíamos favores. Él torció la cabeza sin mucho interés y me autorizó a hacer «alguna gestión». Aquella misma mañana del 23 de junio, fui a visitar los laboratorios Angelat de Martorell.

Huelga decir que no eran sucios ni siniestros, sino que ofrecían un

aspecto flamante y moderno, como recién inaugurados.

Me recibió un alto ejecutivo de la empresa, de cuarenta y pocos, llamado Monteseco, Juan José Monteseco. Aunque podría haber resultado un tipo atractivo, porque era alto, de facciones agradables y actitud obsequiosa, delgado, un poco quebradizo y vestido con caras y elegantes ropas de marca, había en su expresión una pincelada de sufrimiento que daba la impresión de que algo le estaba doliendo mucho por dentro. La boca se curvaba como a punto de lanzar un berrido o un sollozo, sus ojos pedían clemencia porque no podían más; al estrecharle la mano, en lugar de «hola, cómo está usted», uno se sentía más inclinado a decirle «¿se encuentra bien? ¿Quiere que avise a un médico?». Su sonrisa era una mueca extraña.

Aunque en aquel momento no tenía la menor importancia, observé que su despacho estaba decorado con diversas muestras de cultura mexicana. En una estantería, seis reproducciones de terracotas precolombinas; enmarcado en la pared, uno de aquellos lienzos bordados con estilo naif y mucha policromía que representan escenas de la vida cotidiana, y, sobre la mesa, la curiosa imagen de un esqueleto con un hermoso vestido femenino ajustado cubierto de lentejuelas y sombrero con pluma, que luego he sabido que se llaman «Catrinas» y que me hizo pensar en la Santa Muerte.

Me ofreció un café, que acepté, y una vez informado del caso que me ocupaba, se mostró dispuesto a darme todo tipo de explicaciones.

Que el Amicardium era una amiodarona, un antiarrítmico recomendado para enfermos cardíacos, que fabricaban desde hacía tiempo con notable éxito. Tenía alguna contraindicación, como todos los fármacos, pero él no recordaba que ninguna de ellas pusiera en peligro la vida del paciente. No era normal que no se apreciara en la caja la fecha de caducidad con claridad. Me hizo notar que la reproducción obtenida a través del fax era de muy baja calidad y no

se podía distinguir si llevaba la información solicitada o no. No sabía cómo había llegado aquel medicamento a Estados Unidos, me explicó que algunos específicos, aun habiendo sido aprobados por la FDA (Food & Drug Administration), no solían estar en los *drugstores* americanos porque las pruebas de homologación se hacían en Europa y, al tener que fabricarlos siguiendo la patente europea, debían pagar por hacerlo.

—Entonces, ¿podríamos estar hablando de un caso de contrabando? —pregunté.

Monteseco torció la cara con un gesto despectivo.

—Es muy barato —me dijo—. El beneficio que proporcionaría sería mínimo. Puestos a especular, cualquiera elegiría otro producto, como la hormona del crecimiento, o la folitropina o las gonadotropinas… Pero el Amicardium, que es una amiodarona, no saldría a cuenta.

Me mostró siete u ocho cajas del medicamento para demostrar que todas llevaban su fecha de caducidad en un lugar bien visible y me despidió amablemente con un sonriente: «No sé qué más decirle; será mejor que su colega americano investigue por otro lado».

Le pedí una caja original de Amicardium para enviarla a Los Ángeles y que Lou Díaz pudiera compararla con la que tenía allí, y salí de los laboratorios con la sensación de que la gestión no había servido de nada.

Recuerdo que era 23 de junio, vigilia de San Juan, porque acababa de mecanografiar el informe de la entrevista con intención de enviárselo a Lou inmediatamente por fax, y me disponía a meter la caja del fármaco plegada en un sobre de correos urgente, cuando sonó el teléfono. Era Patricia, mi hija pequeña, de trece años.

Estaba enfadada porque el abuelo no les quería comprar, a ella y a su hermana, petardos para celebrar la verbena de aquella noche. Los niños no pueden adquirir productos de pirotecnia si no van acompañados de un adulto y, por lo visto, mi padre había decidido que él no iba a comprar a sus nietas unos productos llamados

Pepinazos y Truenos Rompevigas.

—¡Pepinazos y Truenos Rompevigas! —exclamé.

La niña me suplicó, tal como era de esperar:

—¡Va, porfa! ¡Que ya somos mayores! Que tendremos cuidado. Los enciendes tú, ¿vale? Es que, si no, es más divertido ir con las amigas…

Esa era la auténtica amenaza. Con catorce años una y trece la otra, ya se sentían bastante mayores como para querer celebrar las verbenas por su cuenta, con amigas y amigos. Y aquello me hacía menos gracia que su gusto por los petardos ruidosos.

—Vale, vale, vale, de acuerdo —accedí—. Los compraré yo de camino a casa. ¿Has dicho Pepinazos y Truenos Rompevigas?

—No hacen tan ruido como parece. Todo es publicidad.

Corté la comunicación y, al levantar la vista, me encontré con la sonrisa burlona de mi colega y amigo, el cabo Martí Román.

—¿Pepinazos y Truenos Rompevigas? —me dijo.

—Pepinazos y Truenos Rompevigas —confirmé.

Me recosté en el respaldo de la butaca de ruedas como para observar al recién llegado a distancia. Éramos amigos desde la academia de policía, la de la avenida Pearson, y hacía un tiempo que no coincidíamos. No puedo ocultar que yo le tenía un poco de envidia porque, aunque yo era sargento y él cabo, y yo era jefe del área de Salud Pública y él solo uno de los agentes de la brigada de Menores, me parecía que él ejercía más de policía que yo.

En el 92 ya hacía siete años que trabajábamos en temas de menores, desde aquel famoso caso de la secta CEIS, en 1985. Cataluña fue la primera comunidad autónoma que recibió de la Administración del Estado los traspasos en materia de protección de menores, en 1981. Es una tarea ingrata. Cuando el juez decide acordar la medida cautelar de sacar a un menor de su casa, porque se sabe que sus parientes lo maltratan, ya sea porque son toxicómanos o delincuentes, o porque el niño se ha escapado de un

centro donde estaba recluido, el enfrentamiento con la familia está asegurado. Normalmente se niegan a entregar al menor a la autoridad y a menudo se muestran muy poco dispuestos a colaborar. En las calles, la policía también se encuentra que los chicos que tienen entre catorce y dieciocho años pueden tener tanta fuerza y tan mal carácter, o más, como un adulto y los conflictos pueden llegar a ser muy duros. En las celdas del Tribunal Tutelar de Menores donde se confinaba a los incontrolables, un muchacho de quince años había llegado a arrancar de las bisagras una puerta que no había sido calculada para su fuerza. La brigada de Menores al principio solo atendía casos de protección, pero muy pronto, además, tuvo que ocuparse tanto de los menores agresores como de los menores víctimas, con todo lo que conllevaba en cuanto a enfrentamientos con padres maltratadores, explotadores o proxenetas sin entrañas. No era tan diferente de la lucha contra la delincuencia de los adultos. Implicaba cumplir las órdenes de un juez, y eso los convertía en policía judicial, que pateaba las calles, los billares, los bares, los *pubs*, para perseguir a los malos y proteger a los buenos, que es lo que le gusta hacer al policía vocacional.

Así que adopté un aire de distante indiferencia para decirle:

—Parece que hoy tenéis trabajo.

—¿Puedo contar con tus efectivos?

—Tengo la mitad en Girona, investigando lo de la intoxicación masiva.

—¿Pau Palau? —Todo el mundo echaba de menos a Pau Palau.

—Está en Girona.

Martí disimuló la contrariedad.

—La operación ha estallado hoy —dijo—. Ahora os lo explicaremos. Necesitamos a tu gente y a los de Información, a los de la brigada de Juego, los de Espectáculos y los de Patrimonio Histórico, todos los posibles… Una niña de quince años ha desaparecido y nos

tememos que la tienen en algún puticlub. Hoy es día de verbena, y hay gente de mucha pasta que quiere celebrarla por todo lo alto. Quieren algodón y esos hijos de puta van a tener algodón en todos los locales. —Hablaba sin ocultar su indignación—. Las llaman así. «Algodón». Hoy habrá ocho locales de Barcelona llenos de algodón. ¿Vendrás?

Me pilló por sorpresa. No contaba con ello, pero sí, claro que quería ir con ellos. Tenía un compromiso con mis hijas y con mis padres, y con la verbena familiar y los Pepinazos y los Truenos Rompevigas, no me podía perder de ninguna manera una macrooperación contra traficantes de menores. Así que dije que sí, que claro que quería acompañarle, y lo acompañé y fallé a mi familia y, al día siguiente, mis hijas estaban muy enfadadas conmigo, y eso no era lo que hoy quería contar.

# 3

# Las primeras hipótesis

Éramos pocos y la inminencia de los Juegos Olímpicos reclamaba continuamente nuestra presencia en lugares y misiones que no nos apetecían, acompañando a personalidades internacionales como escoltas protectores cuando se empeñaban en visitar iglesias, museos y espectáculos de porno de fama mundial. Eso hizo que no conociera a la doctora Rigall hasta ocho días después de haberle enviado el envoltorio de Amicardium al amigo Lou.

La sede del ICS, el Instituto Catalán de la Salud, en el chaflán de Gran Vía con la calle Balmes, es un edificio pretencioso que se diría levantado con el deseo de complacer a funcionarios muy orgullosos de serlo. Fui allí con la cabo Reme, recientemente asignada al área de Salud Pública. Pertenecía a la primera promoción de mujeres que entró en el cuerpo en 1985, las primeras *mosses d'esquadra* de la historia (que, para un cuerpo creado en 1719, ya era hora).

La doctora Rigall nos esperaba en su despacho del segundo piso, demasiado novecentista para una mujer joven como ella, presidido con severidad por una foto del muy honorable presidente de la Generalitat Jordi Pujol.

Rizos rubios, cara redonda de muñeca de porcelana, ojos rasgados, marrones, de pestañas tan largas que podían pasar por postizas. Y una boca pequeña, comprimida, reservada, de labios gruesos, como fruta madura. Llevaba la bata blanca abierta y, debajo, una blusa azul cielo, una falda tubo de color azul marino y unos zapatos de piel marrón. Nos estrechó la mano. Fue un apretón firme, férreo, inesperado en una mano de apariencia tan delicada.

La cabo Reme, tan delgada, parecía muy poca cosa a su lado. Le

cedí la palabra.

—Usted es la responsable de la inspección del servicio médico y farmacéutico, ¿no es así? —La doctora Rigall asintió, como si estuviese a punto de decir «lo pone en el letrero de la puerta»—. El sargento mayor Trilla nos ha dicho que tal vez usted podría ayudarnos.

—Sí, ya lo sé. Me ha telefoneado.

—Dice que usted tiene mucha experiencia en investigaciones penales, que ha colaborado con la Guardia Civil y el Cuerpo Nacional de Policía en casos en que había implicados visitadores médicos, farmacias o laboratorios.

—Sí. Es así. Es mi trabajo.

—Nos ha dicho que también podría actuar como perito, si la necesitábamos.

—Estamos desbordados —suspiró la doctora como si se le acabara la paciencia—. El ICS es la empresa pública más grande del país. Gestionamos más de ciento sesenta ambulatorios y once hospitales. Tenemos que investigar reclamaciones por mala praxis médica, por maltratos de médicos a pacientes y de pacientes a médicos. Nunca hemos dispuesto de más de dos médicos, dos, tres farmacéuticos, cinco auxiliares y dos administrativos, para atender a setenta mil personas. El número de inspectores es más que insuficiente. No damos abasto. ¿Lo entienden?

—Supongo —dije tratando de no dejarme apabullar— que ustedes también supervisan que en el medicamento conste su fecha de caducidad.

—Claro. Garantizamos todo el contenido de la ficha técnica: el etiquetado y prospecto del producto, la vía de administración, la cantidad contenida, el precio, el número del lote de fabricación, las precauciones de conservación, las condiciones de dispensación y también la fecha de caducidad, naturalmente. ¿Qué es exactamente lo que ustedes están buscando?

—Tenemos entre manos un caso de falsificación de medicamentos —dije—. Ha aparecido en México una partida de fármacos para la arritmia llamado Amicardium, que se fabrica aquí, en Cataluña, en los laboratorios Angelat. —La doctora Rigall escuchaba con atención y callaba—. Queremos saber cómo pueden haber llegado allí esos medicamentos.

La doctora se limitó a replicar con un gesto mínimo que equivalía a un «no lo sé».

La puse al corriente de nuestro caso. La muerte de la pequeña Melody, las investigaciones de la policía norteamericana y de la DEA, el envoltorio de Amicardium sin fecha de caducidad.

—¿Qué esperan de nosotros? —preguntó.

—¿Han investigado alguna vez una falsificación de medicamentos parecida a esta?

—Bueno, por lo que me cuentan, no sabemos si han sido falsificados los medicamentos o solo el envoltorio, ¿no? Tratándose de un medicamento como el Amicardium, me extrañaría que ningún laboratorio clandestino se tomara la molestia de falsificarlo. Porque el beneficio que obtendrían sería mínimo.

—Pero ustedes deben investigar falsificaciones…

—Solo recuerdo un caso. Era de medicamentos muy caros. Hormona del crecimiento, por ejemplo. Anabolizantes.

Hormona del crecimiento. El gerente de los laboratorios Angelat, el señor Monteseco, me había dicho lo mismo.

—¿Puede conseguirnos una relación de los medicamentos que los laboratorios Angelat exportan a México, por ejemplo? Fechas de los contratos y de las remesas, cantidades, nombre del producto, destinatario, no sé, todo lo que se pueda saber. ¿Qué hay que hacer para exportar al extranjero este tipo de especialidades farmacéuticas?

—Eso depende del Ministerio. De la Dirección General de Farmacia y Productos Sanitarios.

—¿Hay que notificarlo al Ministerio?

—Claro. Y pobre de ti si no lo haces. Las sanciones pueden llegar hasta los cien millones de pesetas. Las condiciones que se le ponen a un laboratorio para sacar una nueva medicina al mercado son muy estrictas, como es natural.

—¿El ICS interviene de alguna manera en ese proceso?

—No.

—Entonces, ¿a quién tenemos que dirigirnos para conocer las exportaciones de los laboratorios Angelat?

Eva Rigall tardó en responder. Estaba sopesando la posibilidad de echarnos de su despacho, pero al fin descolgó el auricular del teléfono:

—Perdónenme un momento.

—Nos interesa —le apunté— el listado de las remesas del último año, sobre todo del fármaco llamado Amicardium. En concreto, las que se han hecho a México.

Eva Rigall anotó mi solicitud en un papel. Pidió que la pusieran con alguien y esperó. Me miraba fijamente. Pidió un favor a alguien, Amicardium de Angelat, exportaciones a México. Le dijeron que esperara. Esperó sin apartar la vista de mis ojos. Al otro lado del hilo respondieron y la doctora se animó.

—¿Seguro? —dijo con mueca de satisfacción—. Está bien. —Colgó el auricular—. Los laboratorios Angelat no hacen ningún tipo de exportación a México, ni a América. Ni de Amicardium ni de ningún otro producto. Me han dicho que lo mirarían mejor, pero no aparece por ninguna parte.

—¿Hay alguna posibilidad de que alguna otra empresa, intermediaria, unos distribuidores o algo así, envíe el fármaco por su cuenta?

—No. Lo que no se exporta es el fármaco de Angelat. Da igual quien lo haga. No lo hace nadie.

Punto y final. Allí acababa la entrevista.

—Es que se exporta. —Yo me resistía.

—No legalmente —dijo la doctora.

«No legalmente». Esa era la respuesta. «No legalmente».

Nos despedimos en la puerta del despacho, con nuevo apretón de manos enfático y poderoso por su parte y sonrisa tibia, antes de que nosotros diéramos media vuelta y ella cerrara la puerta.

Después de aquel encuentro, sé que por la Dirección General corría la voz de que la doctora Eva Rigall y yo tuvimos una relación. Pero eso no es nada relevante en esta historia.

# 4

# Pesquisas en México

El teléfono sonó por primera vez cuando nos encontrábamos a oscuras y Ulises acababa de llegar a Ítaca disfrazado de mendigo viejo y miserable gracias al sortilegio de la diosa Atenea. Nadie lo reconoció salvo su perro Argos, que estaba aburrido y tirado en el suelo y, de repente, levantó la cabeza y las orejas. Era uno de los relatos que más gustaba a mis hijas, cuando se lo contaba antes de dormir. Me sentaba a los pies de una de las camas, les hacía cerrar los ojos, apagaba la luz y les susurraba el cuento con tono suave y tranquilo. Era un ritual demasiado importante para interrumpirlo, por muchos teléfonos que sonaran al otro lado del piso. Continué la narración, espaciando las explicaciones y marcando silencios cada vez más prolongados que me permitían percibir la respiración cada vez más profunda y amortiguada, hasta que las dos niñas estuvieron perfectamente dormidas.

Entonces me levanté y salí de la habitación con mucho cuidado.

Nunca les había contado cuentos de caperucitas, lobos, blancanieves y enanos. Había conseguido fascinarlas con historias sacadas de *best sellers* de todos los tiempos, como la *Ilíada*, o la *Odisea*, o incluso la Biblia. Les encantaba imaginar la llegada de Ulises a Ítaca y su enfrentamiento con los pretendientes de Penélope, o las aventuras de José, hijo de Jacob, vendido como esclavo por sus hermanos y que, gracias a sus dotes para interpretar sueños, como un precursor de Freud, llegó a ser un alto cargo en la administración faraónica.

Más tarde, cuando me permitía en el balcón el último cigarrillo del día, volvió a sonar el teléfono.

Era Lou.

Me había olvidado de él. Entre mis obligaciones con los Juegos Olímpicos y las complicaciones que presentaba el caso de la intoxicación masiva de Girona, había dejado aparcado el caso de la pobre Melody Coughran.

Durante nuestros encuentros para la formación de agentes, George Faz y Larry Sawyer me habían dicho que Lou Díaz me estaba buscando, y me había propuesto llamarlo, pero, a veces por lo inoportuno de la diferencia horaria y a veces por pura pereza, lo había ido aplazando. Además, en una ocasión, Sawyer había dicho:

—No le hagas mucho caso. Lo único que Lou quiere es que lo invitéis a venir a Barcelona para asistir a los Juegos Olímpicos. Se muere por ver boxear a Óscar de la Hoya. Está llamando a la embajada de Madrid, y al consulado de aquí, ha hablado con Faz y ha hablado conmigo…

Y allí estaba, al teléfono.

—¡Hombre, *broda*! ¿por qué no me llamas? Hace días que te busco, y tú no me haces caso. ¿Qué pasa, *broda*? —Siempre formal, pasó a preguntarme por mis hijas, por mi ex y por la salud de mis padres y, una vez enterado de que todo el mundo estaba la mar de bien, abordó el tema que realmente le interesaba—. Tengo noticias sobre el caso de la chica Melody. Y tienes que echarme una mano. Ya leí tu informe de los laboratorios españoles. Dices que todo *es okey*. —Le confirmé que todo *era okey*—. Pero hay algo, hermano, créeme, hay algo sucio, algo raro. Y muy grave, mucho más grave de lo que crees.

—Es un medicamento muy barato —alegué sin convicción—. No tiene sentido que lo falsifiquen o trafiquen con Amicardium. Beneficio cero, Lou.

—No es así. Te equivocas, comandante. En los Estados Unidos no fabrican el Amicardium. Solo se vende el de importación y les resulta muy caro. Aquí es negocio seguro. Compran barato y venden caro:

el principio de los grandes negocios.

Me contó que, después de recibir mi fax, el informe sobre los laboratorios Angelat y el envoltorio de cartón del medicamento con su correspondiente fecha de caducidad, decidió viajar a México D. F. Visitó la Farmacia de Dios donde Eamon Coughran había adquirido Amicardium para su hija Melody, consiguió acceder a las existencias del fármaco y comprobó que ninguno de los envoltorios contenía la información que debía ir grabada en la tapa. El director del establecimiento le dijo que la empresa que le proporcionaba las existencias de Amicardium era la distribuidora PFD, es decir, Proveedores Farmacéuticos Delapiedra.

Nuestro amigo de la DEA se había desplazado entonces a los almacenes de la distribuidora PFD, pero allí no pudo hablar con ningún responsable de la empresa, ni pudo acceder a los despachos ni al sitio donde tenían almacenadas las existencias de Amicardium. Ni siquiera le confirmaron que tuvieran ese medicamento en su almacén y su experiencia de policía veterano captó algún tipo de irregularidad en aquel negocio.

Un colega de la División Antidrogas de la policía federal de México D. F. confió a Lou Díaz que tenían serias sospechas de que la empresa Proveedores Farmacéuticos Delapiedra podía estar relacionada de una forma u otra con capos del narcotráfico.

El dato debió de resultar muy perturbador para Lou Díaz como agente de la DEA que era. Hacía siete años que la mafia de Guadalajara había secuestrado a otro agente de la DEA, Enrique Camarena, y lo había torturado hasta la muerte como venganza por algunos operativos exitosos que la agencia federal había hecho contra los intereses del cártel. Saber que este caso de medicamentos caseros y baratos podía estar relacionado con el crimen organizado mexicano despertó sin duda la furia de mi amigo Lou.

—¡Atención! —me decía por teléfono, muy teatral y excitado—. ¿Sabes lo que significa esto, hermano? Si el narcotráfico mexicano

se os mete en Cataluña, vais a tener un problema, *broda*. Hazme caso. Este no es un tema sin importancia. Porque es que, además, no acaba aquí.

Todavía no había emprendido el viaje de vuelta a Los Ángeles cuando su amigo de Antidroga lo llamó para comunicarle una nueva noticia. Junto a una carretera de segundo orden habían aparecido seis cajas de Amicardium. Y la empresa PFD se había puesto en contacto con la policía federal para asegurarles que no tenía nada que ver con aquel producto para la arritmia fabricado en España. Ellos no tenían tratos con laboratorios españoles.

Después de esta investigación, de nuevo en Los Ángeles, Lou Díaz hizo analizar las píldoras de Amicardium del frasco que había tomado Melody Coughran y descubrió que no contenían ni un átomo de amiodarona, el principio activo.

—Los de los laboratorios me dijeron que tal vez contuvo amiodarona en algún momento, pero ya no. El medicamento no servía para nada. Había caducado. ¡Era puro placebo! A lo mejor se había roto la cadena del frío en su conservación. El caso es que aquellas moléculas no tenían ningún poder para regular el ritmo cardíaco de nadie. Era como no tomar nada. La niña Melody y su padre creían que estaba medicada y no lo estaba.

Volvió a hablar con el cardiólogo del Hospital de Niños del Condado de Orange, y le preguntó por los otros dos pacientes que el doctor había mencionado días antes y que también tomaban Amicardium. Entonces se enteró de que, si el doctor los recordaba, era porque ellos también acudieron a urgencias debido a una arritmia alarmante. Estaban en plena crisis, como lo estaba Melody, pero ellos reaccionaron bien al tratamiento y se recuperaron. Analizaron el fármaco que tomaron y resultó que tampoco contenía ni un poquito de amiodarona. Lo que sucedió con Melody Coughran fue que compró el medicamento en México, tardó más de diez días en regresar a los Estados Unidos y, a pesar de que notaba algún

trastorno, no le dieron importancia y decidieron esperar a llegar a Los Ángeles para que la viera su médico de siempre. Estuvo demasiado tiempo sin medicarse y por eso, cuando la ingresaron, ya no llegaron a tiempo.

—¡O sea que todo viene de la puta medicina catalana! —concluía Lou Díaz.

Y aún tenía más cosas que comunicarme.

Puestos a analizar, también hizo comparar la caja de Amicardium que yo le había enviado con las cajas del medicamento que venía de México y no tenían fecha de caducidad. Y el resultado era inequívoco: ni el cartón ni las tintas eran iguales.

—Eran falsificaciones —concluyó—. O sea, que hay caso, *broda*. Tienes que investigar a esos laboratorios catalanes y ver si tienen relación con los distribuidores mexicanos PFD. Porque, te repito, si esa gente tiene relación con el narcotráfico y el narcotráfico se os mete en casa, hermano, tenéis un problema. Un problema muy gordo. Y voy a ir ahí, a Barcelona, para ayudarte a solucionar esto, hombre. ¿Sabes que voy a ir a verte?

—¿Vas a venir? ¿Ya lo has arreglado?

—¡Sí! —gritaba de contento—. ¡Ya estoy haciendo las maletas! Lo he negociado directamente con tu jefe, ¿cómo se llama?, el sargento Trilla, sin pasar por el conducto oficial. *Facka* burocracia. Trilla habló con la embajada, con Faz o con Sawyer o con los dos y ya tenemos la autorización. La DEA me paga el viaje, y vosotros os encargáis de la estancia. Calculo que en una semana ya estoy ahí.

No fue una semana, fueron dos. Llegó el 28 de julio, cuando ya se habían inaugurado los Juegos. Pero el boxeador Óscar de la Hoya todavía no había competido.

# 5

# Más de un mil por ciento

La llamada de Lou pareció ser un detonante que reactivó enérgicamente el caso que sesteaba sobre mi mesa sepultado bajo un montón de carpetas. Después de casi dos semanas de silencio, al día siguiente me llamó la doctora Eva Rigall diciéndome que tenía información sobre el caso y citándome a comer ese mismo mediodía en el conocido y selecto restaurante 7 Portes.

El hecho de que tuviera que llamarme varias veces, y hablara con la cabo Reme y con alguien más de la brigada, y que de alguna manera trascendiera que teníamos reservado un pequeño comedor llamado «Salon Rosa», alimentó los chismes sobre la doctora y yo en toda la Dirección General, pero es un tema que prefiero soslayar.

No es importante saber lo que comimos, ni si nos tuteábamos o no, ni cuáles fueron nuestros temas de conversación antes y después de entrar en materia. Lo realmente interesante era el material que Eva traía en una gruesa carpeta.

—Después de nuestra conversación estuve consultando datos. He hablado con un par de compañeros y me parece que tengo algo. —Abrió la carpeta y procedió a una exposición minuciosa y profesional, recurriendo a gráficos, informes y notas manuscritas—. Ya sabes cómo funciona nuestra Seguridad Social. Los médicos extienden las recetas, los pacientes presentan las recetas en la farmacia y reciben los medicamentos gratuitamente o a poco precio. La farmacia entrega las recetas y la facturación al Colegio de Farmacéuticos y este al Instituto Catalán de la Salud; el Instituto Catalán de la Salud paga al Colegio de Farmacéuticos de cada provincia y él se encarga de liquidar a cada farmacia todo lo que ha facturado. Ese es el

procedimiento normal. La cantidad de dinero que el ICS tiene que pagar a las farmacias va subiendo sistemáticamente, más o menos entre un dos y un cuatro por ciento anual.

»El otro día pude comprobar que el último año la subida fue mucho más alta, de casi un siete por ciento, y me llamó la atención. Pedí al departamento de informática que me hiciera el extracto de datos correspondiente a los laboratorios Angelat y, mira tú por dónde, lo que ha pagado el ICS a las farmacias por medicamentos de Angelat el último año se ha incrementado en más de un mil por ciento. —Subrayó—: Sí, sí, lo has entendido bien. Más de un mil por ciento.

Me dejé impresionar.

—Los laboratorios Angelat —me aseguré.

—Los laboratorios Angelat —repitió.

—Y esto no es nada normal.

—A ti qué te parece —confirmó—. De un año para otro las cifras pueden aumentar, pero no con una diferencia tan grande. Más aún si pensamos que Angelat no exporta sus productos, de forma que el crecimiento de las ventas solo puede producirse en el mercado interior.

—¿Y a qué se puede atribuir ese cambio tan enorme?

—Evidentemente, es una irregularidad. Por eso he pensado que tenía que interesarte.

—Tú, como jefa de inspección, serías la encargada de controlarlo, ¿verdad?

—Por eso estamos aquí hablando ahora. Y el punto de partida para nuestra investigación son las recetas.

—Deben de producirse miles de recetas cada mes.

—Millones de recetas —me corrigió—. Sí, es un proceso complejo, y enseguida nos pusimos a trabajar. Primero, hicimos una lista de los medicamentos más caros. Los de informática pusieron sobre la mesa una leuprorelina, un nimodipino, calcitoninas, ranitidinas,

gonadotropinas, un antibiótico basado en el principio activo del ciprofloxacino… Todos productos de los laboratorios Angelat. Y he pedido que comparen los datos de ventas de este año de esos medicamentos con las ventas de años anteriores.

—¿Y el Amicardium?

—También lo incluimos. Aunque es demasiado económico y sería necesario un volumen infinito de recetas de Amicardium para llegar al gasto millonario que nos ocupa. Lo incluimos porque ahí fue donde empezó todo.

—¿Y tenéis ya resultados?

—Un trabajazo, enseguida hemos empezado a recabar datos significativos. Estamos localizando los establecimientos donde se ha dispensado el mayor número de medicamentos caros. Como puedes suponer, es Barcelona. Unas cuantas farmacias en Sant Andreu, alguna de la Trinidad…, pero de momento no hagas mucho caso porque puede hacerte la receta un médico de Tarragona y tú ir a comprar el fármaco a Lleida. Lo importante es que en la receta consta la firma y el número de colegiado del médico, así como el nombre del paciente y su número de la Seguridad Social.

—¿Habéis encontrado muchas recetas?

—Unas cuantas. —Me pareció que, muy orgullosa de sus indagaciones, exhibía cierto coqueteo. «Unas cuantas», tal como lo dijo, significaba «ya verás lo que te voy a explicar ahora»—. Encontraremos más, pero, de momento, tenemos la de un odontólogo que recetó una gonadotropina, que sirve para facilitar el embarazo, a un supuesto señor de setenta años. O un par de médicos sustitutos que el año pasado casi no recetaron nada y en lo que va de año ya han recetado por valor de más de dos millones de pesetas.

—Bueno —dije, admirado—. ¿Y tenemos los nombres de esos médicos?

—Claro. Nombres de doctores que trabajan en centros de atención

primaria. Atienden a un paciente cada cinco minutos y firman muchas recetas. Y hay que añadir a los suplentes que, durante julio y agosto, ocupan los lugares de los que se van de vacaciones.

—En el ICS debéis de tener los datos de todos —supuse—. Dirección, teléfono, lugar donde trabajan, cuándo pasan visita.

—Sí, claro. En su ficha administrativa debe constar todo eso y mucho más.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando? ¿Los laboratorios les pagan alguna comisión? ¿Ellos recetan más y los laboratorios ganan más?

—A lo mejor sí —dijo ella dirigiéndome una mirada definitiva—, yo creo que es más complicado. Nuestro punto de partida tiene que ser quién se queda los medicamentos y qué hace con ellos. Porque, vamos a ver, un doctor extiende una receta por una ranitidina que cuesta seiscientas pesetas. Alguien va a la farmacia y obtiene la ranitidina sin pagar ni un céntimo, pero, después, puede volver a venderla. A seiscientas pesetas. —Le hice una señal para que continuara hablando—. Imagínate un sistema de compras masivas de este tipo de medicamentos a cargo del Instituto Catalán de la Salud. Las medicinas salen de las farmacias gratuitamente, pero no llegan a ningún paciente. Y los organizadores del trapicheo van almacenando medicamentos que luego pueden vender a precio de oro.

—Y la pregunta es: ¿dónde almacenan las medicinas? Tienen que enviarlas a América, supongo que en contenedores, sin permisos, de manera clandestina.

—No, la pregunta más importante es —me corrigió Eva—: ¿en qué condiciones las almacenan? Si todo es clandestino, dudo que tengan almacenes o contenedores refrigerados y que observen todas las precauciones necesarias.

—Así sería como los medicamentos se estropean —concluí— y se vuelven ineficaces y matan a la pobre Melody Coughran.

—Algo así. —Y sentenció la doctora—: Comparado con esto, las comisiones que puedan sacar los médicos son el chocolate del loro. Lo tienes todo aquí descrito, con todo detalle.

Hizo un gesto hacia los documentos de la carpeta que traía.

—Decías… —la animé para que continuara hablando— que tenemos los nombres de los médicos. El odontólogo que recetaba no sé qué al abuelo de setenta años, los suplentes que de repente facturaban dos millones…

—Sí, pero no te hagas ilusiones. No es tan fácil. El odontólogo y los otros dos son de Sant Andreu. Hablé con el responsable del área y me dijo que hace meses se denunció la sustracción de ochocientos talonarios de recetas. Podemos estar hablando de personas que ni siquiera son médicos que firman recetas con nombres y números inventados.

—Eso significa que tendréis que revisar las recetas una por una.

—Sí, eso es lo que significa.

—Trabajazo —dije.

En mi cintura empezó a vibrar el MensaTel.

—Es mi busca —dije innecesariamente.

El mensaje era de sala. «Ven a Base. Urgente».

—Perdóname un momento —dije.

Me levanté y el encanto de aquella comida íntima en un reservado se rompió como un cristal al recibir un puntapié.

Enfurruñado, salí al pasillo.

El camarero de chaqueta blanca con botones dorados estaba cerca de la puerta, atento a que lo reclamáramos para pedir los postres, y me miró alarmado, como si asistiera a la desbandada provocada por un incendio.

—¿Ya se van? —exclamó.

—El deber me reclama —respondí, desolado—. ¿Hay algún teléfono público a mano?

—Está en el piso de abajo. Si quiere acompañarme.

Bajé tras el camarero y me condujo justo debajo de la escalera, donde me esperaba un teléfono de pared.

—Va con monedas —me advirtió. Y, servicial, sacó un puñado de calderilla del bolsillo y me lo ofreció.

Elegí un par de monedas con dedos torpes e introduje una en la ranura del aparato. Marqué el número de Base y respondió la cabo Reme:

—¿Qué pasa?

—Trilla dice que te espera dentro de diez minutos en el hospital Clínico.

—Pero ¿qué pasa?

—Pau Palau.

# 6

# La imprudencia de Pau Palau

—Mire —dijo la señora al teléfono—, yo soy amiga, muy amiga, o sea, del señor Balboa, ¿lo conoce?, ¿le suena?, ¿lo recuerda? —Sí: Pau Palau lo recordaba—. Él me paga un piso aquí, cerca de la plaza de Sant Agustí Vell, en Ciutat Vella, ¿sabe dónde le digo? Usted le dio una tarjeta al señor Balboa y él la dejó aquí, sobre la mesita del recibidor, y yo la he visto, y me ha parecido que tenía que llamarle. Porque el señor Balboa me dio unos papeles, muchos papeles, documentos, y me dijo que los guardara y que no se los enseñara a nadie. Pero a mí me da miedo. Me parece que tiene usted que verlos. Son facturas y albaranes, con membretes de granjas de la comarca.

El sargento Pau Palau era licenciado en Farmacia y se había especializado en localizar vertidos de productos tóxicos, purines y residuos industriales, plomo, mercurio, emisiones, contaminación acústica. Elaboraba informes que eran la delicia de fiscales y jueces, abundantes en pruebas documentales, fotografías y vídeos. Alguien dijo de él una vez que «podría dar lecciones de toxicología a todos los expertos de Cataluña». Por eso, llevaba la unidad de Consumo, en el área de Salud Pública que yo dirigía, y le habían encargado que investigara la alarmante serie de intoxicaciones masivas.

Conocía muy bien a Francisco Balboa. Era un transportista, distribuidor de productos cárnicos, que había llevado carne de ternera y de cordero a la empresa Algernon, cuyo comedor era uno de los focos donde se había producido la intoxicación masiva que estaba investigando. Veintidós de las ciento sesenta y tres víctimas. Entre toda la gente que el sargento había tenido que interrogar

aquellos días, Paco Balboa destacaba porque, según él, había perdido de manera inexplicable todos los documentos de su empresa. No podía saber de dónde procedía exactamente aquella carne infectada. Pau Palau estaba convencido de que se trataba de un cortafuegos, un cabeza de turco dispuesto a aguantar lo que fuera con tal de que las investigaciones no fueran más allá. Pero, cuando la ayuda llega de forma demasiado oportuna y providencial, el policía debe desconfiar.

—Si le dijo que no se lo enseñara a nadie, ¿por qué me lo enseña a mí, que soy policía?

—Porque Paco Balboa es un hijo de puta que ahora quiere pasar de mí, que yo sé que está viendo a otra y que va diciendo que no me va a pagar más el piso donde vivo. Y, si él no paga el piso, yo me voy a la calle.

La mujer, que decía llamarse Yolanda García, no quería ir a la Dirección General ni a ninguna comisaría porque no pensaba sacar de su casa con sus propias manos aquellas cajas llenas de documentos comprometedores. Eran muy grandes, y no quería que nadie la viera trajinándolas, y mucho menos llevándolas a la policía. Que Paco Balboa tenía muy mala leche.

Quedaron en verse en el bar que había debajo de su casa.

Pau Palau acudió a la cita. No lo veía claro, porque la voz femenina en el teléfono no resultaba muy convincente. Decidió que aquello precisamente la revestía de un interés especial. La mujer estaba bien informada del caso, y probablemente lo citaba con segundas intenciones, y el sargento Palau pensó que, si tenía acceso a esas segundas intenciones, eso podía significar un salto adelante en su investigación.

—¿Pero por qué fuiste solo? —pregunté—. ¿Por qué no pediste que te acompañara alguien? Turín, o Teresa…

—Porque no podía imaginar que hubiera ningún peligro. Porque no pensaba que me las vería con el crimen organizado, con traficantes

de droga, sicarios, esbirros, y con el mismísimo Demonio de Tasmania. Hasta entonces, el caso era de delincuentes de medio pelo, carniceros, tenderos, transportistas, responsables de comedores de una fábrica, o dueños de restaurantes baratos… No había nada que me hiciera pensar que me encontraría lo que me encontré.

La mujer, Yolanda García, estaba en la terraza de un modesto bar de barrio, bajo un toldo azul, tomando un té. Parecida tímida, cohibida. Vestía una bata de estar en casa floreada y chanclas de dedo, pero el peinado era de peluquería y su maquillaje un poco excesivo, un poco prostibulario, con labios reventones de color granate, colorete e incluso pestañas postizas en los ojos esquivos.

Sentados a una de las mesas de la acera, frente al bar, repitió lo que había dicho por teléfono. Paco Balboa le había confiado unas cajas de documentos y, como era un cabrón que la quería traicionar, ella había decidido acudir a la policía.

—¿Y dónde están las cajas?

—Arriba —dijo la mujer—. En mi piso. Segundo segunda.

Con el gesto indicaba que el piso se encontraba en aquel mismo edificio, por encima del bar.

—Si sube, se los enseño.

Pau Palau subió.

—¿Cómo que subiste? —se exasperaba el sargento mayor Trilla en el Clínico.

—¡No podía sospechar lo que me esperaba!

Lo que le esperaba era un decorado de película surrealista. Pau Palau lo definió como buñueliano.

Un piso pequeño de alquiler, agobiante, con muebles baratos y poco habitado. Muy caluroso y sin aire acondicionado, el comedor tenía la ventana abierta. Un comedor con las paredes decoradas con santa cena, payaso, caballos y bodegón. Sobre la mesa demasiado grande, tres bandejas de repostería caótica demostraban que

quienes las habían comprado no tenían ni idea de las costumbres gastronómicas de este país. Se mezclaban las selectas pastas de té y hojaldre con matutinos cruasanes, chuchos, dónuts azucarados, magdalenas y bizcochos de bollería industrial envueltos en celofán. Que no faltara de nada y bien dulce. Y, alineadas al borde, dos botellas de vino tinto, una de cava rosado, tequila y *whisky* y vasos de cartón.

Una torpe puesta en escena.

Lo recibió un hombre que, con su corpulencia, hacía el comedor más pequeño. Más bajo que Pau Palau, con un tórax como un barril y una musculatura pavorosa, muy peludo, cabello negro, abundante y grasiento, frente minúscula y unas patillas enormes que cubrían las mejillas.

—Tendrá que disculpar esta encerrona —dijo empeñándose en sonreír, aunque no sabía—. Queríamos hablar con usted en privado y solo se nos ha ocurrido este sistema. No se preocupe, amigo, porque hoy es su día de suerte. Siéntese, por favor. Tenemos que hablar de negocios.

Por su forma de hablar, enseguida lo reconoció como mexicano. «Güey, chota, carnal, no mames». Se doblaba en reverencia palaciega. Confundía la amabilidad con la zalamería y la adulación.

En su primera reacción de retroceso, el sargento descubrió que había un segundo tipo, más alto que él y más estilizado y fibroso que el de las patillas. Calvo y pálido, con mirada despectiva y remilgada, como si estuviera preparando un salivazo con el que dejar claras sus opiniones. Estaba detrás de la puerta, la había cerrado y ahora le cortaba la retirada.

Iban en mangas de camisa los dos, corbatas flojas y los botones del cuello desabrochados.

—Siéntese, por favor.

Con la adrenalina invadiendo ya todo su sistema nervioso, Pau Palau tomó asiento en uno de los sillones del tresillo que había más

allá de la mesa del comedor, junto a la ventana. No se recriminaba haberse metido en la trampa: contemplaba la posibilidad de acumular mucha más información en aquella entrevista de la que había conseguido desde que asumió el caso. Debería haber pedido a los dos sujetos que se identificaran y hacer valer su condición de policía, pero se contuvo. Si querían hablar, lo mejor sería limitarse a escuchar. Cuando pica un pez gordo, lo mejor es largar sedal. Y Pau Palau sabía que acababan de picar dos peces gordos.

—Ustedes dirán —dijo relajado y receptivo.

—Mi amigo y yo —empezó el patillas como si hablara con un niño tonto— trabajamos para un *lobby* muy importante de México que tiene intereses en este país. Y hemos sabido que usted está realizando una investigación que podría afectar a esos intereses…

Habría sido el momento de preguntar cómo se habían enterado de eso, pero Pau Palau también se abstuvo. Dejó que el otro continuara desahogándose.

—… de manera que, para no perjudicarnos y acabar arruinando el negocio, se nos ha ocurrido que sería conveniente que nos aliáramos, usted y nosotros. Usted nos proporciona toda la información que consideremos necesaria para nuestro beneficio, y nosotros procuramos por el beneficio de usted. Ya sabe. Las personas con las que habla, lo que le dicen, lo que le piden sus jefes, con qué se les puede dejar satisfechos… —En este punto, el sargento Palau ya se permitió una media sonrisa de incredulidad—. Nosotros le ayudaremos, confirmando lo que sea verdad y desmintiendo falacias, que la gente es muy mala.

—¿Cómo ha dado conmigo? ¿Es amigo de Paco Balboa?

—Espere. Y usted se preguntará, lógicamente, ¿y qué saco yo con este trato?

Era un charlatán de feria, de los que consideran que dar gato por liebre es propio de personas inteligentes. Metió la mano en el bolsillo de atrás del pantalón y sacó un fajo de billetes de mil. A juzgar por

su grosor, debía de haber más de doscientos o trescientos billetes. Como había deducido Pau nada más ver la selección de repostería, los tipos no conocían ninguna de las reglas del juego de este país. Creían que la estrategia que servía en México también había de ser útil aquí, y hay que decir que la aplicaban de la manera más zafia y torpe posible.

—Así es como lo hacemos con la policía de mi país. Y todo va muy bien. Me han contado que el cuerpo de policía al que pertenece es nuevo, joven, inexperto. Que no tiene la veteranía ni la perspicacia de la Guardia Civil. Ya sé que necesitan demostrar que saben hacer su trabajo, que son muy honrados y que no tienen vicios, pero ser policía es otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Hágame caso. He conocido a muchos policías. Los de mi país ganan más pesos al mes que usted en todo un año, y tienen guapas mujeres siempre que lo desean… Y ricos manjares.

El sargento Palau no podía parar de reír. Sin duda, era lo que se llama una risa nerviosa.

—Manjares, ricos manjares —repitió.

El mexicano, en cambio, había perdido su sonrisa. No sabía reír y no le gustaba que los otros se rieran. Le parecía que se burlaban de él.

—Ya le he dicho que hoy era su día de suerte. Mire a su alrededor.

Pau Palau le hizo caso. Se volvió, sobre todo para controlar dónde estaba el gigante y lo que estaba haciendo. Se encontró con un panorama tan grotesco que no pudo evitar la carcajada.

La mujer, que seguro que no se llamaba Yolanda García, se había quitado la bata estampada y se exhibía en ropa interior. Y se había calzado zapatos de tacón de aguja.

Era demasiado burdo.

Pau Palau se puso en pie como quien da por acabada una visita de compromiso y pasó detrás del sillón para poder controlar al gigante

calvo y pálido y para que el mueble le sirviera de parapeto. La situación le parecía tan increíble que subestimó al enemigo.

Dijo:

—Pues, señores, deben saber que esto que están haciendo ustedes, en este país, es un delito. Se llama intento de soborno. Y, como soy policía, no me va a quedar más remedio que arrestarles.

El mexicano de las patillas se quedó quieto, volvió a forzar la sonrisa y miró a su compañero como preguntándole «¿tú has oído eso?».

—Señor, usted se equivoca conmigo. Se equivoca demasiado. Piense en las consecuencias que va a tener su comportamiento.

—Mire, señor, esto no es Tijuana y aquí no aceptamos presiones ni sobornos.

—A todo el mundo le gusta la feria. Y, si sabe algo de Tijuana, conocerá el dicho: o plomo o plata. ¡No sabe dónde se está metiendo!

—¿Podrían ustedes identificarse, por favor, para saber con quién estoy hablando?

Ese fue su error. Él también pensó que la estrategia que funcionaba aquí con cualquier delincuente de aquí había de ser igualmente eficaz con dos malhechores mexicanos. Y se equivocaba.

La sonrisa crispada del mexicano de las patillas ya era una mueca.

—No se me ponga de policía, amigo. Nuestra identidad no importa…

—Esto que están haciendo ustedes es un delito —repitió. Echó mano de las esposas y se las mostró—. Señores, están ustedes detenidos.

—¡No mame…!

—¡He dicho que están ustedes detenidos! —gritó Palau.

El de las patillas le sobresaltó aullando como una fiera que defendiera a sus cachorros:

—¡Hijo de la chingada! ¡No me interrumpa cuando hablo! ¡Usted

no sabe quién soy yo!

Aquel berrido salvaje hizo que Pau Palau aceptara finalmente la situación. Con disimulo, se ciñó las esposas al puño e hizo ademán de dirigirse a la puerta.

—Está bien, tendrán noticias mías —dijo al tiempo que sentía cómo lo atenazaba el miedo.

Eso fue lo que desató el estallido de cólera.

Conoció al Demonio.

—¡Me vale verga la tira!

El patillas apartó el sillón, que salió volando por encima de la mesa del comedor hasta el otro lado de la sala, empujó a Palau con la mano izquierda y le clavó el puño en el vientre. El policía, que lo esperaba, endureció los abdominales para amortiguar el golpe y el dolor y disparó el puño blindado con las esposas a la cara de su agresor. No lo vio caer porque, en ese mismo instante, le estalló la cabeza. De alguna manera, mientras se desplomaba, entendió que el gigantón le había dado con un puño americano.

Fue a parar al suelo, sobre la blanda barriga del patillas, y este reaccionó como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Pataleó y braceó tratando de ponerse sobre él y agarrarlo, y Pau Palau pataleó y braceó para zafarse y alejarse de él. El mexicano se aferraba a su ropa, le lanzaba puñetazos desesperados, como si se hubiera vuelto loco. Confuso, Palau se vio debajo de la mesa del comedor. El otro lo agarró del pelo y tiró de él. Se volcó la mesa con toda la repostería y el estrépito de las botellas de vino, cava, tequila y *whisky*. El sargento se encontró con una botella en la mano y lanzó mandobles a ciegas con ferocidad. Recibió dos puñetazos en el lado izquierdo del rostro que le parecieron blandos en comparación con el nuevo cañonazo de hierro del puño americano.

Se vio proyectado contra la pared, debajo de la ventana, y se acurrucó tratando, ingenuamente, inútilmente, de protegerse de los golpes y los puntapiés.

El patillas chillaba que le iba a arrancar los ojos, y Pau Palau estaba convencido de que realmente se disponía a hacerlo. El patillas decía «te voy a descuartizar», y Palau sabía que no era una frase hecha. El patillas era literal, concreto, incapaz de figuras retóricas.

—¡Tú ya estás muerto, cabrón, y cuando tus compañeros te encuentren, pinche cabrón, verán quiénes somos nosotros! ¡Y el próximo que traigamos aquí se lo pensará dos veces antes de reírse, huevón!

Para asegurarse de que su víctima lo escuchaba, el mexicano tuvo que hacer un alto en su arrebato. Pau Palau estaba encogido de lado en el suelo, sobre su brazo derecho, con las rodillas a la altura del pecho, la cabeza entre los hombros, y en esa postura pudo empuñar el revólver que llevaba en el tobillo; lo sacó de su funda y disparó.

Disparó una vez, y otra, y otra, y las explosiones formaron un vacío a su alrededor.

—Mientras disparaba —nos comentó—, me pasaba por la cabeza, fíjate tú qué tontería, cuidado, a ver si le voy a hacer daño a alguien.

No sabía qué había sido de la mujer que no se llamaba Yolanda García; no la oyó gritar, como si estuviera acostumbrada a situaciones como aquella, y no volvió a verla, como si no hubiera existido nunca.

Oyó cómo blasfemaban los mexicanos, apartándose instintivamente de él, agachándose para esquivar las balas que rebotaban en las paredes, y actuó sin pensar, por instinto, impulsado por la necesidad de poner distancia entre él y los monstruos.

Se incorporó agarrándose al alféizar de la ventana, asomó el cuerpo afuera, vio que el bar de dos pisos más abajo tenía un toldo azul, y se dejó caer.

Dos pisos.

Rebotó en el toldo y su cuerpo impactó contra la acera, desparramando a su alrededor mesas, sillas y clientes.

—Perdí el conocimiento —concluyó respirando fatigado por el

esfuerzo del relato—. Pero sé que antes de desvanecerme pensé: ojalá que no le haya hecho daño a nadie. O a lo mejor lo soñé.

# 7

# El caso de Margarita

Llegué al Clínico en tiempo récord y tan deprisa y consternado que dejé el coche mal aparcado y se me olvidó poner el cartel de policía de servicio en el salpicadero y, cuando salí con Trilla, se lo había llevado la grúa. En su interior, la pesada carpeta de gomas que me había entregado Eva Rigall en 7 Portes.

El sargento mayor Trilla me esperaba en medio del pasillo, frente a la puerta de la habitación de Pau Palau. Le acompañaban dos conocidos inspectores de Homicidios de la Policía Nacional. Salinas el Joven, no confundir con Salinas el Viejo, y la morenaza siempre hermosa, fuerte y simpática Margarita González.

—Margarita se va a encargar del caso —me anunció Trilla nada más verme.

—¿Cómo está? —pregunté refiriéndome a Palau y dedicando un saludo breve a la inspectora.

—Milagrosamente bien. Ha estado en un tris.

—¿Puedo verle?

—Ahora entramos. Te estaba esperando.

—Decidle que tenemos que hablar con él —pidió Margarita, severa.

Me hubiera gustado intercambiar algunas impresiones con ella, pero la preocupación por la salud de mi amigo me impedía prestarle la debida atención.

Llamé con los nudillos, abrí y entré. Trilla me siguió.

Pau Palau tenía el rostro casi completamente cubierto por un vendaje, como el hombre invisible, y una pierna en alto. Le habían roto el pómulo, tenía dañado el ojo izquierdo y fracturados el fémur y la rótula de la pierna derecha.

—Me han partido la cara. —Hablaba a través del vendaje con dificultad.

—Creía que no podías hablar —comentó Trilla contrariado.

—No podía hablar con los chapas —respondió Palau refiriéndose a los inspectores de la Policía Nacional que esperaban fuera.

—Mal hecho —le reprochó Trilla.

El sargento Palau nos contó entonces lo que le había sucedido. He redactado el capítulo anterior con lo que nos refirió entonces, y la narración más completa, elaborada y dramatizada de días posteriores, cuando ya se había repuesto.

Conservaba su sentido del humor.

—Fue horroroso, lo nunca visto, aquel tío era el Demonio de Tasmania de Bugs Bunny.

Mientras avanzaba el relato, de vez en cuando al sargento mayor Trilla y a mí se nos escapaba un «pero, Pau…» que reprimíamos para no agobiarlo con recriminaciones obvias, «¿cómo pudiste caer en la trampa?», «¿cómo no tomaste precauciones?», «¿cómo fuiste tan ingenuo?», «¿cómo fuiste solo?», «¿cómo fuiste?». No lo dijimos y Pau lo entendió perfectamente; notábamos que se sentía abrumado por la vergüenza.

—Bueno —dijo Trilla al fin—, pues ahora se lo cuentas a Margarita y a Salinas.

—No —protestó Palau con toda la energía de que era capaz.

—Sí, Palau.

—No. El caso es nuestro.

—No, Palau.

—A esos mexicanos tenemos que pillarlos nosotros.

—No, Palau —se impuso su superior—. No podemos. A ver, nuestro director, Barranco, ha intervenido y ha conseguido que uno de nosotros se incorpore a su equipo de investigación, pero un intento de asesinato lo investigan los chapas, y tú lo sabes. Además, entre los servicios que exigen los Juegos Olímpicos y los dos casos que

tenemos entre manos, no tenemos personal. O sea, que ahora entrarán Salinas y Margarita…

—Estoy muy cansado —gimió Pau Palau.

—Entrarán Salinas y Margarita —Trilla levantó la voz para imponer su autoridad— y les contarás todo lo que nos has contado a nosotros. Y todos los detalles del caso de Girona que sean necesarios. Ellos tienen que investigar lo que te han hecho y perseguir a quienes lo han hecho. Ellos van a trincar a los mexicanos. Es el caso de Margarita, y sabes que ella lo conseguirá. —Se volvió hacia mí—: Tú llevarás a partir de ahora la investigación de Palau. Léete el informe con detenimiento porque no es fácil de entender. Ya sabes cómo es Palau, tú mejor que yo. Tanto él como Turín con su cámara de vídeo, como Teresa Requena con su empuje y su energía, han estado haciendo un gran trabajo. Han ido a los hospitales, a las casas de las víctimas para tomarles declaración, una por una. —Me entregó la carpeta que llevaba bajo el brazo—. Aquí está todo. Encontrarás dentro el nombre de un doctor y un número de teléfono. Doctor Brossa. Él te proporcionará toda la ayuda que necesites. Sabes de qué se trata, ¿verdad?

Claro que sabía de qué se trataba. Pau Palau reportaba conmigo.

—Ciento sesenta y tres personas —dije— hospitalizadas por haber consumido carne de ternera.

Pau Palau dijo algo que la venda me impidió entender bien. Le pedí que repitiera y Trilla lo hizo por él.

—Hígado. Prácticamente la totalidad de los intoxicados tomaron hígado o algún plato a base de entrañas. Porque es en esos órganos donde se acumula más el clembuterol. —Hice gesto de a ver, repita —. Clembuterol. —En ese momento, yo no había oído aún aquella palabra—: Una mierda que dan al ganado para hacer que engorde artificialmente. Cada vez hay más porquería en los productos destinados al consumo humano. Esa mierda se llama clembuterol. Hay deportistas que lo toman porque con él pierden peso y

aumentan la masa muscular. Culturistas, por ejemplo. También lo toman algunas mujeres para adelgazar. Lo llaman la droga de las modelos.

»Si le das un poco a una ternera, la ternera se intoxica un poco, come poco, engorda mucho y su carne adquiere un color más rojo, más vistoso, parece más apetitosa. La normativa europea y un real decreto español de 1987 prohibieron esta práctica castigándola con sanciones penales, pero los beneficios económicos que comporta tarde o temprano tenían que encender la codicia de los desaprensivos. De forma que algunos ganaderos vieron en el producto una fuente de ingresos importante. Pueden llegar a ganar hasta veinte mil pesetas más por ternera. Tú comes esa carne, te envenenas un poco y nadie se entera. Si se pasan con la dosis de clembuterol que le dan a la ternera, ella se intoxica mucho y tú te envenenas mucho. Calambres, te sube la presión arterial, dolor de cabeza, ahogos, fiebre, desmayos, vómitos y, según cómo estés de salud, paro cardiorrespiratorio. En este caso, alguien se pasó con la dosis y envió a ciento sesenta y tres personas al hospital.

—Clembuterol —repetí, para aprendérmelo.

—Es como la heroína. Un gramo vale una fortuna y los traficantes se comportan como los traficantes de drogas.

—Tenemos —intervino Pau Palau tras la máscara— que encontrar de qué puta granja salieron todos esos hígados infectados con clembuterol. Turín y Teresa Requena están en ello. Son buenos.

Salimos de la habitación y Trilla notificó a los dos inspectores de Homicidios que podían entrar, que parecía que Pau Palau ya se encontraba un poco mejor y podría hacer una declaración.

—Le decía a tu jefe —Margarita me miraba de aquella manera irresistible— que estaría bien que te incorporases a nuestro equipo con todo lo que sepas del caso del clembuterol…

—Y tu jefe le ha dicho —intervino mi jefe el aguafiestas— que tú no vas a poder porque tienes que hacerte cargo del caso en lugar de

Palau, y es un caso muy complicado, y además tienes entre manos el asunto de las farmacias, y algún día te van a reclamar para hacer algún servicio en el Centro de Coordinación de Seguridad Olímpica, o sea que no va a poder ser. He pensado que quizá Turín o Teresa…

—Los voy a necesitar —dije. Y sugerí—: Martí Román. Tiene más experiencia que yo en la calle, y ahora lleva un caso chungo que no avanza, y está bastante desanimado. Enseguida se pondrá al corriente de todo. Lo hará bien.

—Sí, lo hará bien —aceptó Margarita, que conocía a Martí. Y, para quedar bien conmigo, añadió—: Me hubiera gustado más trabajar contigo, pero Martí Román lo hará muy bien.

Salimos y, como mi coche se lo había llevado la grúa, fuimos a la Dirección General en el coche del sargento mayor Trilla.

—Tendrás que entenderte con Barranco —me notificó durante el trayecto— porque yo no voy a estar aquí estos días.

Julián Barranco tenía el cargo de subdirector operativo, pero era el auténtico director del cuerpo. Por encima de él había otro cargo político que ni siquiera era policía. Barranco venía del Grupo de Estupefacientes del Cuerpo Superior de Policía, los famosos «Estupas». Un veterano con toda la solvencia que da la experiencia.

—¿Adónde vas? —me interesé.

—A Estados Unidos. Cuatro semanas.

—¿Otra vez con la DEA?

—No, ahora no. Voy a la National Academy para hacer un curso de gestión para mandos policiales.

Después de comer, estimulado por dos o tres cafés, me dediqué a estudiar el exhaustivo e impecable informe de Pau Palau.

Ciento sesenta y tres personas intoxicadas por hígados comprados, en su mayoría, en puestos de mercados, carnicerías o supermercados. Otras víctimas lo habían consumido en varios restaurantes gerundenses, en una clínica o en el comedor colectivo de la conocida empresa Algernon. Durante más de dos meses, Palau

y los suyos habían visitado a casi todas las víctimas de la intoxicación, las habían escuchado y tomado declaración, habían recogido muestras de carne infectada que llevaron a analizar y habían plasmado los resultados sobre papel con exactitud obsesiva. Habían alertado a las autoridades españolas y así habíamos podido localizar a más afectados en Palma de Mallorca y Valladolid. Los médicos coincidían en el diagnóstico: intoxicación por ingesta de clembuterol.

A media tarde, me interrumpió el teléfono.

Era la doctora Eva Rigall.

—Acaba de llamarme una de las farmacéuticas con las que hablaron mis hombres. Tiene una farmacia en la calle Pedro IV de Barcelona y esta mañana han atendido a un hombre que ha presentado cinco recetas de la Seguridad Social. Tres para comprar Ranitidina Angelat y dos para adquirir Cipros, que es el nombre comercial del ciprofloxacino que fabrica Angelat. Ese paciente dice llamarse Arribas, Jordi Arribas Tánger. Ambos medicamentos son carísimos y no muy frecuentes. No los tenían en existencias y los ha encargado para mañana. Le he pedido que me enviara por fax fotocopias de las recetas que ha dejado el tal Arribas y, mira por dónde, están firmadas por un tal Esteban Vilalta. ¿Sabes quién es?

—No.

—El odontólogo.

—¿El odontólogo? ¿El que recetó hormonas para facilitar el embarazo a un señor de setenta años?

—Exacto. He pensado que te interesaría.

—Claro que me interesa. ¿A qué hora tiene que pasar mañana a recoger el pedido?

—No lo sé. El pedido llegará a primera hora de la mañana. Pongamos que a las nueve. Y él puede pasar a cualquier hora del día. O al día siguiente. O al otro.

—Bueno. Muchas gracias. Tengo unas doce horas para montar el

operativo.

—¿El operativo?

—Reunir tantos agentes como sea posible para vigilar la farmacia, seguir al señor Arribas y ver adónde nos lleva y adónde lleva los medicamentos que habrá adquirido. Comprobaremos si el tal Arribas es solo un recolector de medicamentos, que hace pedidos por cuenta ajena sin saber por qué lo hace, o si se trata de un ladrón de talonarios de recetas o alguien que ha comprado recetas en blanco. Luego, con todos los datos obtenidos habrá que convencer al juez y entonces podremos pasar a la acción.

—O sea, que te acabo de dar mucho trabajo.

—Me acabas de dar una pista para terminarlo antes de lo que preveía. Gracias.

Colgué, salté de mi butaca y comenzó el zafarrancho de combate.

# 8

# Luis

La operación de seguimiento había comenzado a las nueve de la mañana, cuando se abrió la farmacia.

Yo me incorporé sobre las cuatro de la tarde, después de una mañana de formalidades, papeleo y conversaciones protocolarias con el subdirector Barranco, abrumado por la sensación de estar perdiendo el tiempo miserablemente.

A la hora de comer, recibí una llamada de la cabo Reme, que dirigía el operativo y aseguraba tener novedades. Pasé del estofado al café y salí corriendo.

Me acompañaba el enorme Pastrana, un agente más veterano que yo que había decidido quedarse como patrullero y nunca tuvo la menor intención de ponerse galones. Decía que el auténtico policía es el de Seguridad Ciudadana, el de la calle, el que cada día se encuentra con los problemas de la gente y tiene que solucionarlos inmediatamente. Venía vestido de paisano y quienes lo conocíamos no nos acostumbrábamos a verlo sin uniforme: era como si vistiera un disfraz que no engañaba a nadie.

Nos esperaban cerca de la estación de metro de Fabra i Puig y de la estación de tren de Sant Andreu Arenal, donde se encuentra el centro de atención primaria del barrio de Sant Andreu. Enseguida reconocí la Roberta, nuestra furgoneta, camuflada con distintivos de una empresa de pinturas. Estaba estacionada en la calzada lateral de aquella vía, una de las más grandes y más feas de la ciudad.

Pasamos de largo, buscando un espacio vacío, y no pudimos detenernos hasta la siguiente esquina. Hay que ir con mucho cuidado a la hora de aparcar durante un seguimiento. Los coches

mal aparcados llaman la atención.

Reme salió de la furgoneta y corrió hacia nosotros para darme novedades.

Primero, se dirigió a Pastrana:

—¿Traes el *pocket*? —le preguntó, refiriéndose al mini *walkie-talkie* personal. Pastrana lo llevaba—. ¿Y pilas? —También—. Pues sintoniza el canal dos. En la furgoneta te espera Félix, que te dirá lo que tienes que hacer.

Félix debía de sentirse importante rodeado de pantallas y auriculares que le darían la impresión de estar controlándolo todo. Por una vez, no se podía quejar.

—¿Cómo ha ido? —pregunté.

—Como esperábamos —dijo Reme. No necesitó consultar ninguna nota—: A las once cero cinco, Luis ha llegado a la farmacia Ramelleres de Pedro IV y ha pedido los medicamentos que había encargado el señor Arribas. Agustí estaba dentro del local, como un cliente más que esperase para tomarse la presión.

—O sea, que Luis puede reconocer a Agustí.

—Agustí era del primer turno y ya se ha ido a su casa. Cuando Luis ha salido de la farmacia, lo ha seguido Carmen. Ha visto cómo tiraba a una papelera los comprobantes de las recetas de los medicamentos que había comprado.

—Y los habéis cogido.

—Claro.

—Ha ido a buscar su coche, que tenía aparcado dos calles más allá. Y había estacionamiento de sobra, o sea que lo ha dejado lejos a propósito. Nos ha parecido significativo. —A mí también me lo parecía—. No quiere que nadie reconozca su coche. O sea, que toma precauciones. Un BMW azul oscuro con matrícula de Barcelona. Se ha trasladado con él a la rambla del Poble Nou por la calle Bilbao y luego Pujades. Segunda farmacia. Ha hecho lo mismo. Ha aparcado en Pujades con Roc Boronat y ha retrocedido hasta la rambla.

—Vale —la interrumpí—. Abrevia. ¿Cuántas farmacias?

—Quince. Siempre lo mismo. Sale con la bolsita y tira los comprobantes a una papelera o a un contenedor. Los hemos recopilado todos. También hemos entrado en las farmacias para preguntar por el nombre que ha usado para el pedido. En cada establecimiento ha dado un nombre diferente. O sea, que no se llama Jordi Arribas.

—Por eso le llamamos «Luis». —Los perseguidos siempre son Luis —. Continúa.

—Hemos comprado un paquete de cien sobres blancos y hemos ido guardando en ellos los resguardos y las copias de las recetas que tiraba. Antes de que me lo digas: con guantes de látex para no borrar posibles huellas dactilares y en escrupuloso orden. En la parte delantera de cada sobre hemos escrito el nombre y la dirección de la farmacia de donde han salido los papeles, el número del TIP del agente que los ha recogido, el día y la hora. Hemos hecho muchas fotografías, desde todos los ángulos, tanto cuando Luis salía de las farmacias como cuando se desprendía de los papeles.

—¿Seguro que no os ha visto?

—Seguro que no nos ha visto; mira: somos pocos, tenemos pocos medios y nos falta formación.

—Lo habéis hecho muy bien —traté de salir al paso de las previsibles reclamaciones.

—Sí, muy bien, pero tendríamos que hacer un curso de seguimientos.

Esquivé el tema:

—Bueno, y ahora, ¿en qué punto estamos?

—Quince farmacias después, lleva en una bolsa de deporte sesenta medicamentos valorados en más de doscientas veinticinco mil pesetas. Hacia las doce y media, ha venido aquí y ha dejado el BMW ahí enfrente. —Reme indicaba una serie de coches alineados en batería en la calzada central de la Meridiana. Destacaba el BMW azul

—. Ha ido a comer a aquel fránkfurt de allí. No ha estado ni media hora. Un bocata rápido con una cerveza y, a continuación, se ha metido en el centro de salud. Hasta ahora. Podemos suponer que trabaja aquí.

—¿No habéis ido a preguntar a información o recepción quién era el hombre que acababa de entrar? —Pregunta trampa.

—Claro que no —replicó Reme, como esperaba.

—Perfecto.

Los trabajadores que están en la recepción de estos lugares luego pueden hablar con aquellos que ven cada día: «Vinieron unos señores preguntando por ti».

—En recepción —continuó la cabo— tienen un listado de los médicos que trabajan en el centro y hemos copiado todos los nombres. Claro que nuestro Luis puede no ser médico, sino enfermero, administrativo o el encargado de mantenimiento, pero por si acaso.

—Habéis hecho bien.

—Daniel también se ha encargado de tomar nota de las matrículas, marca y modelo de todos los coches que están aparcados en batería junto al BMW, porque probablemente son de gente que trabaja en el centro de salud.

—Muy bien —aprobaba yo. Sonreí, satisfecho—. Decididamente, no necesitas ningún cursillo de seguimiento.

—Sí que lo necesito.

—No lo necesitas.

—¿Sabes lo que necesito? —Reme me miraba a la cara como si estuviese hablando en serio—. Que me paguen un viaje a Quantico, Virginia, y a Los Ángeles y a San Francisco, California, para recibir instrucción de los agentes federales de Estados Unidos.

Reí como si me lo tomara en broma.

El *pocket* de Reme sonó de improviso:

—Atención, Velero Éter y Éter Siete. Aquí Éter Cinco. Cambio.

Era Daniel cara de malo mal afeitado, que estaba con Elvira ojos cristalinos observando desde la Vespa.

—Adelante para Éter Cinco, cambio —dijo Reme a su transmisor.

Y casi al mismo tiempo, la voz de Félix desde la Roberta:

—Adelante para Éter Cinco, cambio.

Pastrana conducía y Félix era quien se encargaba ahora de la emisora de la furgoneta camuflada.

—Aquí Éter Cinco. Luis ha salido del centro. Va a buscar su coche.

Lo localizamos enseguida.

—Es aquel —dijo Reme.

Cuarenta y muchos, cincuenta y pocos, metro ochenta, pasado de peso, barrigón, poco pelo mal peinado, camisa blanca, pantalones negros, mocasines de marca sucios y una bolsa de deporte Puma. Llegó hasta su vehículo.

Félix continuaba hablando.

—Toma el lateral de la Meridiana. Iniciamos el acompañamiento, cambio.

—Aquí Velero Éter. Recibido, Éter Cinco —dijo Reme—. Ahora vamos con vosotros. No lo perdáis, cambio.

Subí al Ford Escort blanco. Cuando me sentaba al volante, Reme ya ocupaba el lugar del copiloto.

—Yo también voy.

—Pero estarás cansada. Te has hecho todo el primer turno.

—Si caigo desmayada, le dices al sargento Trilla que nos falta personal.

Molestando a algunos coches que protestaron un poco, nos metimos en la calzada central de la Meridiana, donde el tráfico es más intenso.

Carraspeó la radio y oímos:

—Atención, Éter Siete para Velero Éter. —Éter Siete era la furgoneta camuflada y Velero Éter éramos nosotros. El líder indispensable en todo seguimiento, el responsable que toma las

decisiones y ordena relevos y cambios—. Luis está haciendo cosas raras. Está dando la vuelta a la manzana. Y acelera de forma imprudente. Cambio.

Se me escapó una palabrota.

—Velero Éter para Éter Siete —mascullé por radio—. Nos ha mordido. Abortado, Roberta.

—Se salta un semáforo en ámbar. Se escapa…

—¡Que abortéis de una puta vez! —grité.

—Ahora, solo queda la Vespa —dijo Reme con timidez como subordinada ante la furia del jefe.

Procuré contenerme para responder.

—Si ha mordido la Roberta, también habrá mordido la Vespa. Que nos lo dejen a nosotros. ¿Dónde están?

La cabo Reme habló por radio:

—Velero Éter para Éter Cinco. —Éter Cinco era la Vespa con la que corrían Daniel y Elvira—. Abortad. ¿Dónde estáis? Cambio.

—Éter Cinco para Velero Éter —sonó la voz de Elvira, que iba de paquete—. Salimos de Barcelona por la autopista A7 dirección Girona. Luis debe de ir a más de ciento treinta o ciento cuarenta aproximadamente. —Una vez, Elvira, con aquella forma de hablar tan suya, había dicho que un suceso se había producido a las «cinco horas, veinticuatro minutos y treinta y tres segundos *aproximadamente*»—. Lo habríamos perdido de todas formas. Abortamos. Cambio.

Aceleré.

—La furgoneta canta como un desfile de Carnaval —rezongué—. Toda la mañana siguiéndolo la furgoneta y la moto, la moto y la furgoneta; basta que se hayan entretenido hablando mientras esperaban en una esquina, y el tío los haya visto, para que se haya mosqueado.

—Pero eso significa que Luis está muy atento —dijo la cabo Reme, con ánimo de calmarme—. Si se ha fijado en eso, y huye, quiere

decir que tiene miedo de que le sigamos, de que le descubramos, o sea que es como si se delatara.

Habíamos puesto la señal luminosa en el techo y conectado la sirena y nos abríamos paso entre coches, motos, autobuses y peatones desvalidos. El ritmo cardíaco se me había acelerado.

—Tenemos que hacer un curso de seguimientos —reiteró Reme.

—Es muy difícil —respondí, tan contrariado como ella—. ¿Dónde lo harías? El Ministerio del Interior no nos lo va a permitir y hacerlo en Alemania, Estados Unidos o Gran Bretaña sería demasiado caro. Y tendríamos que dejar de trabajar porque estos cursos se hacen por equipos y nosotros no podemos irnos todos a la vez.

—Seguro que encontráis una solución. Necesitamos un cursillo en Quantico y también necesitamos coches un poco más decentes que este cacharro.

Con el motor de nuestro vehículo chirriando y vibrando como si estuviera a punto de estallar, llegamos a una autopista de viernes por la tarde, atascada de honrados ciudadanos que se dirigían a un plácido fin de semana reparador.

Ni rastro del BMW.

Levanté el pie del acelerador.

—Lo hemos perdido —dijo la cabo Reme, procurando que la sentencia no pareciera un reproche.

—Lo hemos perdido —acepté.

Tragaba maldiciones, sapos y culebras, pero creo que el jefe de una operación siempre debe transmitir serenidad, inmune a cualquier sombra de derrota, y forcé los músculos del rostro para que reflejaran una estoica indiferencia.

—No te preocupes —dije—. Ya tenemos lo que necesitábamos.

—¿Tú crees?

—Yo creo. Sabemos que el tipo es un estafador y que utiliza nombres falsos, sabemos dónde trabaja, cuál es su coche y cuál es su matrícula. Con todo eso, no será difícil saber cómo se llama. Todo

va bien.

Aunque yo sabía que no iba bien. No iba nada bien porque, debido a nuestra torpeza, los malos ya sabían que la policía les pisaba los talones, y eso cambiaría las cosas radicalmente. Por si fuera poco, Reme hizo el comentario inoportuno:

—Nosotros no tenemos acceso a las matrículas de los coches… Eso es cosa de la Policial Nacional. Y ya sabes que las bases de datos de la Policía Nacional y de la Guardia Civil solo son para la Policía Nacional y la Guardia Civil. A nosotros ni agua.

—Tengo contactos —zanjé la conversación, enigmático.

Cuando llegué a la Dirección General, marqué un número de teléfono en la mesa de mi despacho.

Me pusieron con Margarita González.

—Hombre —dijo—. ¿Me echabas de menos? ¿Has decidido que quieres colaborar con nosotros?

—No, pero necesito que vosotros colaboréis conmigo.

—Vaya.

—Los titulares de tres matrículas de coche.

—Bueno.

Le facilité la matricula del BMW y añadí dos placas más de vehículos que habían salido del estacionamiento cerca del centro de atención primaria de Sant Andreu.

—¿Y cuál de los tres coches es el que te interesa?

—Los tres.

—Vamos, anda. No me vaciles. ¿No te fías de mí?

—Claro que me fío de ti.

—No. Me das tres matrículas porque, si se me ocurriera investigar al tío para ver qué pasa y quitarte el caso, tendría el triple de trabajo que tú.

—¿Cómo puedes pensar eso? Eres tú quien no se fía de mí.

—Si mis jefes se enteran de que te facilito estos datos, me meten un puro que me arruinan la vida.

—Ya lo sé, Margarita. Es un gran favor.

Al final, me dio la información que necesitaba. El propietario del BMW azul oscuro era Santiago Bueno Cardona, domiciliado en Barcelona, en la calle de Abajo número 226, 3.º, 2.ª Blanco, nada pendiente, o sea, sin antecedentes.

Consulté la lista de médicos que trabajaban en el centro de atención primaria de Sant Andreu. Enseguida encontré al doctor Santiago Bueno Cardona, de medicina general.

Bueno, menos mal. Al menos, eso.

# 9

# El inconveniente de la informática

Fuimos a ver a la magistrada el lunes siguiente.

La persecución e identificación del doctor Bueno Cardona se había efectuado el viernes, y la cabo Reme y yo dedicamos el fin de semana a preparar el papeleo de todo lo que habíamos conseguido hasta entonces para convencer a la jueza y al fiscal de que se estaba perpetrando una estafa muy importante al ICS y que sería conveniente una inmediata intervención telefónica. Ya hacía tiempo que la estafa estaba dando beneficios, los malos ya sabían que los estábamos persiguiendo y estarían tramando algo para librarse de nosotros, y teníamos que acabar con el asunto cuanto antes.

Salimos deprisa hacia el juzgado de incidencias de Barcelona, en la calle Lluís Companys.

La magistrada que nos recibió era una señora de buen ver, de unos treinta y pocos años. Se llamaba Lorenzana Fresno, María Lorenzana Fresno. Se puso unas gafas, estudió con detenimiento toda la documentación, muy profesional, con copia para el ministerio fiscal, prestando especial atención a los sobres con las recetas recogidas en papeleras, y se mostró favorable a nuestras intenciones. Le hizo gracia lo del odontólogo que recetaba hormonas para el embarazo a un señor de setenta años y decidió que autorizaría la intervención telefónica del dentista Esteban Vilalta Gómez además del doctor Santiago Bueno Cardona, a quien habíamos pillado prácticamente in fraganti.

Todo iba sobre ruedas hasta que llegó al oficio donde solicitábamos la intervención telefónica.

—¿Qué es esto del sistema Teletrón?

Ya se me había ocurrido que podía ser un inconveniente.

—Es un sistema nuevo, muy moderno —dije, tratando de ser simpático y convincente—. Lo adquirimos cuando preparábamos los Juegos Olímpicos. Es una maravilla. No graba en una casete magnetofónica, como hasta ahora. Graba en digital, toda la información se recoge en unos y ceros. Cuando el objetivo marca en su teléfono, las cifras del receptor ya nos aparecen automáticamente en el aparato. Y saca un listado de todas las llamadas haciendo constar el día, la hora, la duración, qué número ha llamado, cuántos tonos han dejado sonar antes de responder, y podemos escuchar cada conversación tantas veces como sea necesario. La tecnología avanza, señoría. No hay quien la pare.

Me escuchaba como si pensara que estaba tratando de venderle algún tipo de electrodoméstico.

—¿Teletrón? —arrugaba el rostro como si la palabra tuviera regusto amargo.

—Un sistema digital —resumí.

—¿Digital?

Era el año 1992. Como si estuviéramos hablando de ciencia-ficción.

—Informática —dije—. Ordenador. Computadoras. Cerebros electrónicos.

Se rindió.

—Bueno, háganlo como quieran. Mientras me traigan el original…

Lo que me temía.

—No, no. Ese es el problema.

—¿Hay un problema? —preguntó ella arqueando las cejas y quitándose las gafas.

—Bueno, no. La conversación se graba en el disco duro.

—¿Disco duro? ¿Qué es un disco duro?

—Nosotros le entregaremos una reproducción de todas las conversaciones, en el soporte que usted desee…

Me interrumpió ella:

—No. Ustedes tienen que traerme la grabación original.

—Es que el sistema digital funciona con un ordenador, y los datos de la grabación forman parte del conjunto de la información del disco duro del aparato. Estos datos podemos reproducirlos en el formato que usted prefiera. En casete, si quiere, como hasta ahora…

—¿Pero me está diciendo que el original se lo quedarán ustedes?

—El original será la grabación que le traigamos.

La jueza tenía mucho que hacer y se estaba cansando de hablar de cosas absurdas.

—¿Y a partir de ahora tenemos que hacerlo siempre así? Ni la Policía Nacional ni la Guardia Civil me han hablado nunca de esto.

—Es que ellos todavía no lo tienen. Es muy moderno. Ya sabe que el Ministerio del Interior nos ha cerrado las puertas de las academias y de los medios técnicos de la Policía Nacional y la Guardia Civil, y hemos tenido que buscarnos la vida. Hemos aprendido de los norteamericanos, de los alemanes, de los ingleses… Nuevas tecnologías. La informática es el futuro, señoría. Los ordenadores. Hemos invertido mucho dinero y algún día tenemos que empezar a usarlo. Es para los Juegos Olímpicos, para disponer de una tecnología punta que nos garantice la seguridad absoluta.

No me estaba escuchando. Me estaba soportando, cabizbaja, mirando con insistencia algún detalle del escritorio. Interrumpí mi discurso publicitario y quedé en suspenso, como paralizado sobre la cuerda floja, casi sin respirar, esperando la reacción de la magistrada.

Ella pareció despertar de un sueño.

Descolgó el teléfono y ordenó al oficial que hiciera pasar al secretario judicial, que se llamaba Roger.

En los segundos siguientes, el silencio se hizo tan espeso que empecé a notar un principio de asfixia. Si el secretario hubiera tardado un minuto más, nos habría encontrado a todos muertos.

Roger era muy joven y sonreía tranquilizador.

—A ti te gusta mucho la informática, ¿verdad? —le dijo la jueza con tono acusatorio—. Todo eso de lo digital, y los discos duros y esas cosas.

—Es el futuro, señoría —dijo el joven, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Pues mira a ver qué nos explican estos señores, que yo no entiendo nada.

El secretario se dirigió a mí con mirada limpia y talante receptivo.

Le explicamos lo que ya habíamos expuesto a la magistrada: el Teletrón, el disco duro, sus ventajas. Le contagiamos nuestro entusiasmo. El secretario se convirtió en nuestro cómplice y mediador. Quedó patente que tenía tantas ganas de ver el Teletrón en funcionamiento como nosotros.

—No les puede pedir el disco duro porque es como si les pidiera el aparato entero. Tendrían que traerle aquí toda la máquina.

—¿Entonces? —se desesperaba la mujer.

—Entonces, se me ocurre una idea. Yo puedo ir al lugar donde tienen instalado el aparato y redactar una diligencia haciendo constar lo que veo y cómo funciona, y certifico que hay un cable que va del Teletrón a la casete y que la casete solo puede grabar lo que sale del Teletrón.

—Está bien —cedió la jueza—. Probémoslo. Si tú, que eres el secretario y el experto en estas cosas informáticas, dices que sí, pues yo también.

—La informática es el futuro —repitió Roger—. Esta iniciativa es histórica, créame.

# 10

# Colaborador espontáneo

Ese mismo lunes, después de comer, nos reunimos el equipo de Palau que llevaba lo del clembuterol (Turín, Teresa Requena, Xavier y Miquel), Eva Rigall en representación del ICS, Margarita González, Salinas el Joven (no confundir con Salinas el Viejo), Martí Román y yo en eso que ahora se llama *briefing* y que había de ser punto de partida de la nueva fase de la investigación.

Había una buena noticia y elaboramos algunas conjeturas interesantes.

La noticia era que habían localizado al fin al mayorista que proporcionó la carne intoxicada a las tiendas, restaurantes y a la fábrica Algernon. La empresa se llamaba Suministros Cárnicos BLAE, S. A., y se dedicaba al despiece y al almacenamiento frigorífico de productos cárnicos. El gerente estaba dispuesto a recibirnos y a revelarnos de qué matadero provenían las partidas de carne tóxicas. Y, de allí, si todo iba bien, llegaríamos a las granjas.

Las conjeturas se generaron a partir de una pregunta que formuló Margarita:

—¿Y qué coño tienen que ver los mexicanos en todo esto?

Teresa Requena respondió de inmediato, como si hubiera estado reflexionando sobre el tema y hubiera llegado a conclusiones definitivas:

—El clembuterol se vende libremente en México. Allí se consigue barato y aquí se paga caro. Si trafican con cocaína, más fácilmente traficarán con un producto autorizado.

Añadió Turín, de aspecto infantil y desvalido:

—Sabemos que hay fabricantes de pienso y medicamentos para

animales que hacen visitas a las granjas y ofrecen «cosas que van bien para las bestias».

—¿«Cosas que van bien para las bestias»?

—Cosas. Nadie sabe cuáles son los suplementos alimentarios que se dan a los terneros o a los pollos, o a los corderos.

—¿Y se sabe qué fabricantes son esos?

—Nadie habla claro. Y se supone que todo es legal.

—O sea —concluyó Margarita—, que es posible que los proveedores del clembuterol asesino sean los mexicanos.

—Además —intervine yo—, el caso de la estafa de medicamentos empezó en México. Mi amigo Lou Díaz, que lo investigó allí, dijo que había posibilidades de que los sospechosos estuvieran en contacto con algún grupo de narcotraficantes.

—¡Eh! —exclamó Margarita, hablando en nombre de su cuerpo policial—: ¡Eso es cosa nuestra!

Cuando acabó la reunión, Reme me salió al paso para hablarme en voz baja:

—Me parece que tenemos un confidente. Te está esperando en la salita.

La salita era una habitación que había enfrente de los ascensores, destinada a recibir a visitas de compromiso y decorada de manera que no hiciera pensar en una sala de interrogatorios, ni en el despacho donde se recibían denuncias y declaraciones ni en nada que recordara que estábamos en una sede policial. Muebles de diseño, ventana con vistas al parque de la Ciutadella y dos cuadros con motivos marinos.

Entré con mi bloc de notas y un bolígrafo, que el visitante miró con aprensión.

Pálido y pecoso, con un flequillo alborotado y alzado, se parecía al Pájaro Loco y se mostraba tan nervioso y balbuceante como el dibujo animado. Vestía una arrugada chaqueta de lino blanca, camisa roja y vaqueros, y se abrazaba a un portafolios como si eso

le impidiera caer desmayado.

—¿Usted es el que lleva una investigación sobre recetas del Amicardium?

Solo después de asegurarse de mi nombre y de mi graduación, aceptó tomar asiento. Traía preparado un discurso, pero no sabía cómo empezar, o no se atrevía. Sin embargo, cuando se lanzó, hizo alarde de una verborrea que parecía inagotable.

—Yo me llamo Gabriel Gavilán, Gabriel Gavilán Estoril, y trabajo en los laboratorios Angelat. Soy visitador médico. Aunque me paso la vida viajando y deambulando por la ciudad, tengo despacho en la sede central de Martorell y estoy en nómina. Quiero decir que no trabajo por mi cuenta, no soy autónomo: tengo un buen cargo en la empresa, con un buen sueldo y con posibilidades de ascender, y… Bueno, lo que quiero decirle es que creo que me la estoy jugando. Tengo miedo de que, después de lo que pueda decirle a usted y de lo que ustedes puedan hacer o dejar de hacer… No sé cómo decírselo… —Y ahí soltó con énfasis, como un escupitajo—: Me echen.

Con gesto neutro traté de expresar que, de momento, no podía comprometerme a nada, solo a continuar escuchando.

—Lo digo… —continuó él, y tuvo que hacer un alto como si se quedara sin aliento; le habría venido bien un vaso de agua.

Abrí el bloc y me dispuse a tomar notas. Gabriel Gavilán continuaba mirándome con angustia.

—… lo digo porque se trata de uno de los directivos, concretamente del responsable de mi departamento, que sé que ha hablado con ustedes en representación de los laboratorios…

—Mire —repliqué, con el tono expeditivo e impaciente que se nos supone a los policías—: Ahora, ya ha dado el gran paso. Ha venido hasta aquí, ha preguntado por mí, ha tenido la paciencia de esperar, y aquí estoy. Le ha sobrado tiempo para pensar todos los pros y los contras, y ha decidido que debía decirme lo que sea que tenga que

decirme. Así que más vale que empiece por el principio y luego ya veremos qué hacemos con esa información. Naturalmente, procuraremos que no le perjudique a usted en nada.

Tragó saliva. Reflexionó con la vista fija en la nada, cogió aire, hinchó los pulmones y empezó:

—Estoy hablando del señor Monteseco, Juan José Monteseco. —Procuré mantener inexpresiva mi cara de póquer—. No, bueno; después de que ustedes hablaran con él, vino a los laboratorios una inspectora del ICS y mantuvo una larga entrevista con el señor Monteseco, y luego nos reunieron a unos cuantos de nosotros, bueno, empleados, personal, y nos pusieron al corriente de unas irregularidades que se han cometido con recetas de la Seguridad Social referentes a medicamentos de los que fabricamos nosotros, como el Cipros, la Ranitidina, el Amicardium y otros. Yo, claro, como comprenderá, visitador médico, soy uno de los encargados de recomendar los productos que fabrican mis laboratorios para que los médicos los receten, pero no soy responsable de si los recetan o no, o cuántas veces los recetan, o si los administran al paciente adecuado o si matan mosquitos a cañonazos, no sé si me explico.

—Se explica —le aseguré.

—El caso es que este viernes pasado, o sea, hace dos días, encontré un dato que me pareció sospechoso, o digamos curioso, y decidí consultarlo con el señor Monteseco. Dejé pasar este fin de semana y hoy he ido a primera hora a su despacho. Su secretaria no estaba, y la puerta estaba entornada. Me disponía a llamar y entrar, cuando he oído que dentro dos personas estaban discutiendo. El señor Monteseco hablaba con alguien en voz más alta de lo normal y con cierta, cómo diría, intemperancia. —Yo forzaba mi imaginación. Veía el despacho decorado con terracotas precolombinas y con una figura que me recordaba a la Santa Muerte. Conexión mexicana, conexión con los narcotraficantes. Asentí para animarlo a proseguir —. El señor Monteseco estaba diciendo algo así como «Yo no voy a

meter una maleta con cien millones en mi casa. Yo no tengo nada en mi casa que me pueda incriminar, no lo he tenido nunca y no lo voy a tener ahora, mucho menos si me dices que te han estado siguiendo». —Hizo una pausa y repitió con énfasis, para que no se me escapara la trascendencia de aquellas palabras—: «Mucho menos si me dices que te han estado siguiendo».

Escribí.

—¿Esas fueron sus palabras exactas?

—Bueno… Exactas, exactas, no sé. Aproximadas.

—¿Me las podría repetir, por favor?

Titubeó, sintiendo que lo ponía a prueba, que todo lo que dijera podía ser utilizado en su contra. Su rostro estaba casi tan colorado como su camisa y le temblaban las manos.

—Más o menos: «Yo no quiero eso en mi casa, una maleta con cien millones… Yo no tengo nada en casa que me pueda comprometer, no lo he tenido nunca», eso sí que lo recuerdo, «no lo he tenido nunca y no lo voy a tener ahora, mucho menos si me dices que la policía te está siguiendo».

—¿La policía? ¿Habló de la policía?

—Sí. Me parece que sí…

—Antes no ha citado a la policía.

—Bueno, dijo «me están siguiendo», no sé, quizá lo interpreté… No sé… —Casi estaba enfermando de ansiedad.

—¿Usted qué entendió?

—¿Qué entendí? ¿Cómo que qué entendí?

—Sí. Antes le he pedido que reprodujera las palabras textuales. Ahora le pregunto por el significado, por lo que usted entendió.

—Bueno, no sé. ¿Qué entendí? Pues lo que dicen las palabras. El visitante llevaba consigo un maletín, parece que lleno de dinero, cien millones dijo, y quería dárselo al señor Monteseco, como para quitárselo de encima, como si fuera un estorbo, algo muy comprometedor. Y al señor Monteseco también se lo parecía y no lo

quería aceptar, porque dijo que, en su casa, nunca había tenido nada tan comprometedor.

—¿Y qué más dijeron?

—Yo no oí nada más. Monteseco estaba de cara a la puerta y supongo que vio que estaba entornada, y que alguien podía oírlos; no creo que me viera a mí, no me dijo nada. Oí que se acercaba a la puerta, yo me eché a un lado, me pareció que iba a salir y temí que me pillara allí, escuchando; se limitó a cerrar bruscamente, con un portazo.

—¿Y luego?

—Volví a mi despacho. Estaba atento, con la puerta medio abierta, y vi que un doctor, bueno, un hombre con un maletín se dirigía a los ascensores y se iba. Desde mi despacho puedo ver los ascensores. Y me pareció que el hombre venía del despacho de Monteseco, o sea, de aquella dirección…

—¿Le pareció o está seguro?

—No lo sé con precisión, aunque estoy bastante seguro.

—¿Lo juraría delante de un tribunal?

Gavilán volvió a dudar y movió la cabeza, agobiado, como si considerase que le estaba pidiendo demasiado. Pero terminó comprometiéndose.

—Sí.

—¿Y quién era el hombre del maletín?

—¿Quién era?

—Sí. Ha dicho que era un doctor, de manera que interpreto que lo reconoció.

—Ah, sí, era un médico, sí. Lo he visitado más de una vez en su consulta del centro de atención primaria de Sant Andreu.

—¿Y cómo se llama?

—Santiago Bueno Cardona.

Anoté el nombre completo como si no lo hubiera oído en mi vida.

Accioné el botón del bolígrafo, clic-clac, clic-clac, escondiendo y

sacando la punta.

Gavilán se frotaba las manos y suspiró a punto de pronunciar el «bueno, pues» de despedida.

—¿Y qué era eso que había descubierto y que le iba a contar al señor Monteseco?

Movió la cabeza como si no hubiera entendido bien y yo meneé la mía porque consideraba que no era necesario repetir. Ya me había oído.

—Ah, sí. —Volvió a coger carrerilla—. Sí. A partir de lo que nos dijo aquella inspectora del ICS, la doctora Rigall, estuve pensando y me acordé de un médico que…

Se interrumpió, indeciso.

—Sí —le apremié—. Qué.

—Pues que recordé a un médico que… Claro, yo conozco a muchos médicos. Es mi trabajo. Y enseguida me vino a la cabeza uno al que me parece que le han abierto un expediente. En realidad, le han echado de su puesto en el centro de atención primaria de Sant Andreu. Y comprobé que en las farmacias de la zona se han vendido muchas, pero quien dice muchas dice miles, unidades de Amicardium, Cipros y Ranitidina. Y casi todas, bueno, muchas con recetas firmadas por él. Manuel Toló. Me pareció que no podía ser una coincidencia y quería comentarlo con el señor Monteseco para…

—¿Y cuál es el nombre de ese doctor expedientado?

—Manuel Toló Mirabet. —Mientras yo anotaba el nombre, Gabriel Gavilán se inclinó hacia mí, acodándose en las rodillas—: ¿Lo estaban investigando?

Negué con la cabeza instintivamente y enseguida me arrepentí de haber proporcionado información de forma innecesaria. El Pájaro Loco seguía hablando:

—Porque estaba yo pensando que podríamos, a lo mejor, no sé qué le parecerá a usted, se me ocurrió que yo podría, a lo mejor, hacer una lista de doctores, clientes míos, ubicándolos en sus

lugares de trabajo, centros de atención primaria, clínicas, hospitales, consultas privadas, para cotejarlos con un estudio de ventas de determinados medicamentos en determinadas zonas de Barcelona. ¿Qué le parecería?

—Sería útil —reconocí.

—Entonces, si ustedes tienen una lista de…, no sé, posibles sospechosos, o gente a la que estén investigando, podríamos comparar mi lista de médicos con la suya, para ver si coinciden algunos nombres…

Lo miré y se interrumpió en seco, quizá con la sensación de haber traspasado alguna raya.

—No —dije—. Nosotros no tenemos ninguna lista. En todo caso, me gustará ver la suya.

Él se echó hacia atrás, irguiéndose para buscar el respaldo de su asiento.

—Claro —respondió—. En cuanto la tenga. De momento, es solo una idea, pero… Tengo una agenda muy amplia. No quisiera crear problemas a ningún inocente por actuar de manera precipitada. No se vayan a creer que, porque yo sugiero algunos nombres de médicos, los estoy acusando de nada. Se me ha ocurrido la idea justo este fin de semana. En cuanto tenga la lista, le aviso.

—De acuerdo —concedí—. Tómese el tiempo que haga falta. Ahora, vamos a poner todo esto por escrito y me lo firmará.

Una vez cumplidas las formalidades necesarias, me estrechó la mano, aferrado con la izquierda a su portafolios como si fuera un osito de peluche salvador, y noté que la tenía húmeda de sudor.

—Cuento con usted y su lista —le dije ya en el vestíbulo.

# 11

# Cualquiera que te oiga

El martes, 21 de julio, Félix se sentó delante de la pantalla del Teletrón en una habitación estrecha y sin ventanas, claustrofóbica, sin aire acondicionado y con un ventilador insuficiente, lo que desde entonces se llamó el cuarto de las escuchas, que le habíamos destinado. Se puso unos voluminosos auriculares y se enfrentó al teclado y a la pantalla como los personajes del *2001* de Kubrick ante el monolito. Un técnico acababa de hacer todas las conexiones y de impartir los consejos pertinentes y no quedaba más que esperar la primera llamada e interceptarla. A su lado, el secretario judicial estaba a punto para redactar la diligencia que certificaba que los cables que salían del Teletrón estaban conectados a la grabadora Sanyo cuya casete había de llegar a manos de la jueza. De momento, solo teníamos intervenidos dos números de teléfono, el del doctor Bueno Cardona y el del odontólogo Esteban Vilalta.

Fue en ese momento, y no antes, cuando le pusimos nombre a la operación. Hasta entonces, era como si no supiéramos exactamente a qué estábamos jugando. Fue Daniel, un fanático estudioso de la historia de nuestro cuerpo de policía, quien sugirió que la llamáramos «Operación Mandri» en recuerdo de aquel médico, de apellido Mandri, que, en 1737, en el pueblo de Falset, se había compinchado con un boticario y se dedicaban a estafar y asesinar a los vecinos ricos de la comarca para quedarse con sus herencias. Fue uno de los primeros casos famosos resueltos por los Mossos d'Esquadra.

Los agentes que circulaban por el pasillo se detenían para asomarse y ver el prodigioso artilugio. Incluso el subdirector, Julián

Barranco, bajó de su despacho a curiosear.

Tal vez porque habíamos depositado expectativas desmesuradas en nuestro juguete nuevo, al principio resultó decepcionante.

Pensábamos que, después de que el doctor Bueno descubriera que le seguíamos, se produciría una tormenta de pánico, una desbandada, una violenta discusión entre los cómplices ante la inminente perspectiva de ser descubiertos, identificados, detenidos, interrogados, encarcelados. Empezarían a telefonearse los unos a los otros y se delatarían como pardillos. Nosotros grabaríamos sus involuntarias confesiones, haríamos escuchar los suculentos diálogos a la jueza Lorenzana y cerraríamos brillantemente el caso.

Pero no fue así.

Desde el primer día, el teléfono de la consulta del doctor Santiago Bueno transmitió una noticia desalentadora:

—No, el doctor Bueno no está —anunciaba una secretaria de voz mecánica—. No visitará hasta el mes de septiembre. Sí, ya sé que tenía usted hora, pero se ha ausentado de manera inevitable. Puedo darle hora para el lunes, día siete…

Y a su teléfono particular solo llegaban llamadas intrascendentes, «hola, ¿está Nuria?», por ejemplo —Nuria era su hija adolescente—; o alguna referente a la instalación de unas cortinas que no tenían las dimensiones previstas.

El odontólogo Esteban Vilalta sí estaba, y daba horas de visita, aunque el teléfono de su consulta resultó tan estéril como el de Bueno durante tres días. La primera conversación significativa llegó el viernes 24, cuando en el altavoz sonó una voz masculina, grave y enérgica.

—Hola, ¿qué tal, amigo? Soy yo. —No dejó espacio para preguntar «¿quién eres tú?», y eso significaba que no estaba permitido el uso de nombres propios—. Que he estado hablando con Papá, que ha oído que andas diciendo que vas a cerrar el chiringuito y no sé qué otras tonterías. —Deduje que el tal Papá debía de ser el jefe de la

trama, el director Monteseco de los laboratorios Angelat—. ¿De qué coño de chiringuito hablas? Desde luego, cualquiera que te oiga. Papá no entiende nada, y yo tampoco. —Enseguida nos dimos cuenta de que aquel no era un diálogo amistoso, sino una consigna, una severa recomendación de todo lo que había que decir y lo que no—. A ver si nos entendemos: que todos somos víctimas, tío, que nosotros no hemos hecho nada, que somos inocentes. Nuestro amigo común se ha largado con un maletín lleno de pasta, dicen que cien millones, y lo ha robado con nuestras recetas y nuestras firmas, sí, pero ¿qué culpa tenemos nosotros? ¿Qué beneficio has sacado tú? Desde luego, cualquiera que te oiga. —La voz gruesa y autoritaria no permitía que Vilalta hablase para que no metiera la pata. Ya sabían ellos quién era «nuestro común amigo», se daba por supuesto que la respuesta a «¿qué beneficio has sacado tú?» era «ninguno», y la expresión «cualquiera que te oiga» era una alusión a nosotros, los polis—. Nos ha robado las recetas y ha puesto firmas que se parecen a las nuestras, es verdad: ¿qué culpa tienes tú, o yo, o nadie, de que haya falsificado las firmas? ¿Cuánto dinero has sacado tú de esto? Ni un céntimo, a que no. Como yo. Yo tampoco. Y, si la policía se presenta en tu casa y la registra, ¿encontrará algo que te comprometa? A que no. Ni en la mía tampoco. Bueno, a menos que tú te hayas metido en algo sucio con nuestro común amigo, que espero que no. No, ¿verdad? Entonces, ¿a qué viene ese pánico y ese «que yo me borro, que yo no quiero saber nada»? Yo solo te aviso porque, con esta actitud absurda, casi pareces culpable, un chorizo como nuestro común amigo, y yo quiero creer que tú eres tan inocente como yo. Desde luego, cualquiera que te oiga.

—¡Los cartones, coño! —dijo entonces Vilalta—. Que lo que a mí me preocupa son los cartones.

—¿Cartones? ¿De qué cartones me hablas? ¿De esos cartones que han aparecido en algunos contenedores de basura? ¿De esos

cartones? ¿Y qué coño tienen que ver contigo o conmigo esos cartones?

—Bueno, ¿y Manolo?

—No te preocupes ahora por Manolo. Ya nos hemos librado de él, ¿verdad? Ya no está. ¿Qué te pasa ahora con Manolo?

—Que no es de los nuestros y no sabemos lo que sabe. Si le preguntan…

—No te preocupes por Manolo. Ya no te molestará.

El Teletrón nos reveló que la llamada procedía de un número del centro de atención primaria de Sant Andreu y que, por tanto, debía de corresponder a cualquiera de los médicos que constaban en el tablón del vestíbulo, pero no podíamos saber cuál.

Nos quedó clara la estratagema de los estafadores y tuvimos que aceptar que, con aquella grabación, no íbamos a conseguir mucho más apoyo de la jueza Lorenzana. Era prácticamente una declaración de inocencia.

Aproveché uno de mis encuentros con Eva Rigall —en aquella época nos veíamos con frecuencia— para preguntarle por el tal Manolo.

—Al doctor Vilalta le molestaba un tal Manolo, y este Manolo ya no estorba. Gabriel Gavilán nos habló de un Manuel Toló, del centro de salud de Sant Andreu, que había firmado muchas, miles dijo él, recetas de Amicardium, Cipros y Ranitidina. ¿Te suena de algo lo que te digo?

Respondió que algo le sonaba, que ya me lo miraría cuando fuera el momento oportuno. Recuerdo que se lo pregunté en un momento que no era oportuno.

Entró una llamada al domicilio del doctor Bueno Cardona. Contestó su esposa, que se llamaba Charo.

—No, no está. El doctor Bueno ha salido de vacaciones, hasta septiembre.

—¿De vacaciones? —replicó sorprendido el que llamaba—. ¿Tú no

eres Charo?

—Sí.

—Ah, pues yo soy amigo de Santi. ¿Te acuerdas de aquel día que fuimos a cenar y al cine Borrás, a ver *El príncipe de las mareas*?

—Ah, sí.

—¿Que Santi se enfadó cuando dije que te parecías a Barbra Streisand? Y luego estuvimos cenando en aquella taberna de la plaza de Urquinaona… —A todos nos pareció obvio que el comunicante no quería decir su nombre.

—Ah, sí, sí.

—¿Santi se ha ido de vacaciones sin ti?

—Bueno, sí. Estaba muy cansado porque estos últimos días ha tenido mucho trabajo y quería descansar.

Los policías estamos acostumbrados a que nos mientan y traten de engañarnos. Los delincuentes por motivos obvios, pero incluso la gente honrada lo intenta con frecuencia. A veces, porque creen que adornando la verdad los entenderemos mejor; a veces, porque quieren ocultarnos determinados detalles de su vida privada; a veces, para proteger a alguien, de buena fe. Eso hace que, con el tiempo, se nos desarrolle un sexto sentido para captar pequeños detalles difíciles de precisar que de pronto disparan las alarmas.

Todos pensamos que aquella mujer estaba mintiendo.

—¿Y adónde se ha ido?

—No me lo dijo. —No sabía qué responder—. Estaba un poco raro. Me dijo: «Ya te llamaré».

—Ya. ¿Y te ha llamado?

—No.

No sabía dónde estaba su marido y eso la angustiaba.

—Bueno…

Incómoda y desasosegada, Charo quería cortar la conversación cuanto antes.

—¿Llevaba un maletín?

—¿Cómo?

—Cuando se fue. Supongo que le despedirías. Además del equipaje normal, ¿llevaba un maletín?

—Ah, bueno, no, no sé, no me fijé.

El que llamaba no dijo su nombre, pero su número nos remitió al teléfono particular de un tal Arturo San Telmo, titular de una farmacia de Horta, próxima al centro de salud de Sant Andreu.

—Ah, sí, Manuel Toló —dijo de pronto Eva, como si fuera una anécdota divertida—. Tiene que ver con tu caso, no con tu estafa. —Se explicó—: Ni lo han expedientado ni lo han echado de su cargo. Solo lo han cambiado de puesto de trabajo, y ha sido por solicitud propia. Se llama Manuel Toló Mirabet. Descubrieron que había estado instalando cámaras en consultas del centro donde trabajaba. Podría haber sido un escándalo porque en las consultas médicas hay gente que se desnuda para los reconocimientos, y se dio por supuesto que Toló era una especie de sátiro *voyeur* o algo por el estilo. Lo denunciaron, aunque la cosa no transcendió porque declaró que solo estaba preocupado por la desaparición de talonarios de recetas, que consideraba que se estaba convirtiendo en un problema. Le habían desaparecido un montón de recetas de las que tenía asignadas a su nombre y daba por supuesto que era obra de una banda de drogadictos que se hacían con los talonarios, aprovechando los descuidos de los médicos, para conseguir medicinas paliativas de su adicción. Se pudo demostrar que Manuel Toló no era un depravado sexual, pero se había organizado tanto follón que consideramos mejor trasladarlo a otro centro.

Le dije a Reme:

—Localizad a Manuel Toló y hablad con él. Qué es eso de que puso cámaras para sorprender a los ladrones de talonarios de recetas. Ah, y haced como si no supiéramos nada de recetas falsificadas ni de compra clandestina de medicamentos. Solo estamos procurando que no se cometa con él ninguna injusticia.

Reme cumplía esta clase de encargos a la perfección.

Más adelante, llamó un tal José Luis (luego sabríamos que era José Luis Silveira, anestesista), asfixiado por la premura:

—Oye, Charo, ¿es verdad que Santi se fue de casa con un maletín lleno de dinero?

—¡Qué dices! No, no, ni hablar. ¿De dónde has sacado eso?

En días sucesivos fueron entrando llamadas similares:

—Me han hablado de un maletín… —Miguel Estepona, farmacéutico.

—No, no, que no, que no.

O hablando de cartones.

—¿Todavía tienes cartones en casa?

—No, no, no, no. —El énfasis de Charo dejaba claro que sabía perfectamente de qué cartones se trataba—. No, no, ¿qué cartones? Yo no sé nada de cartones.

Hasta que fue Charo quien tomó la iniciativa de telefonear a una tal Alicia Ramis, pediatra:

—Alicia, por el amor de Dios, ¿qué sabes de Santi? ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? ¿Adónde se ha ido? ¡No me puedo callar! ¡Se fue sin decirme nada!

Y la respuesta afilada y crispada de la tal Alicia:

—Cálmate, Charo. Cálmate y dime, ¿es verdad que se llevó un maletín con cien millones de pesetas?

En medio del vértigo de las intervenciones telefónicas, en uno de nuestros encuentros por los pasillos, Turín y Teresa Requena me informaron de que el gerente de Suministros Cárnicos BLAE, S. A. ya les había proporcionado referencias de los mataderos y las granjas ganaderas de donde podría haber salido la carne tóxica y se estaban preparando para iniciar un operativo en cuanto pasara el terremoto de la inauguración de los Juegos Olímpicos.

Y Charo:

—Que me han llamado de la imprenta.

—¿La imprenta?

—Que qué pasa con la factura.

—¿Factura de qué?

—De los cartones.

—¿Cartones?

—De los cartones, sí. No preguntes más.

—Pues tú no me llames más.

En el Teletrón se imprimían en horizontal folios donde constaba el nombre de la operación (Mandri), el número de teléfono que interveníamos, la fecha, la hora, el número de donde provenía la llamada y un breve resumen del diálogo interceptado. Las conversaciones que no tenían interés para el caso estaban marcadas con color azul, solo había que escuchar las señaladas con rojo.

La lista de implicados se iba haciendo cada vez más larga. Descartado Manuel Toló Mirabet, a los nombres de Santiago Bueno Cardona y Esteban Vilalta había que añadir los mencionados por el espontáneo Gabriel Gavilán: Juan José Monteseco, el Papá, a quien empezábamos a considerar jefe de la banda, además de los que habían ido apareciendo en la pantalla del Teletrón con mensajes sospechosos, como el endocrino Alfonso Terrado, el anestesista José Luis Silveira, los farmacéuticos Miguel Estepona y Arturo San Telmo, la pediatra Alicia Ramis, el médico de familia Ernesto Altisent… Solicitamos más autorizaciones judiciales, pero no hubo suerte. De momento, la magistrada consideró que no habíamos reunido suficientes pruebas para ello.

Esteban Vilalta recibió otra llamada de otra voz, esta cortante como un puñal e irritada, temblorosa e insegura.

—Oye, Esteban… ¿Esteban?

—¿Quién es? —respondía Vilalta, contrariado, dispuesto a añadir «no, se equivoca».

—¡Esteban, joder! ¡Que soy David! —El Teletrón nos permitiría saber que se trataba de David Mercader, neurólogo—. ¿Que qué

pasa con los cartones?

—¿Qué cartones?

—¿Cómo que qué cartones? Tengo cincuenta planchas de cartón troqueladas, que significan diez mil cajas de cartón. ¿Sabes cuál es el precio medio de cada medicamento? Mil o dos mil pesetas. Por diez mil cajas, estamos hablando como mínimo de diez o veinte millones de pesetas. ¿Quieres que tire veinte millones de pesetas a la basura?

—Yo no quiero nada. Yo no sé…

—Cien planchas, que eran veinte mil cajas. Cincuenta ya las utilizamos y bien que nos fue. Hice imprimir cien porque era más barato que imprimir diez, ¡por eso lo hice!

—No sé de qué me estás hablando —balbuceaba Vilalta, recordando las consignas que le habían transmitido—. No quiero hablar de eso.

—¿Cómo que no quieres hablar de eso?

—Cartones. —La cabo Reme levantó la vista del informe correspondiente a ese día. Y me miraba a los ojos como preguntándome «¿entiendes lo mismo que yo?».

Sí: los dos pensábamos lo mismo.

Cuando se adquiere un medicamento con receta de la Seguridad Social, el farmacéutico recorta el código de barras de la caja como justificante, y eso significaba que el envoltorio quedaba estropeado e inservible para revender el producto. Así que tenían que fabricar cajas de cartón idénticas a las originales, pero, como eran copia, todas llevarían el mismo código de barras, el mismo número de referencia, y, como la fecha de caducidad se imprimía en relieve, no se reproducía en la falsificación.

Así estaban las cosas, demasiado verdes aún como para obtener más autorizaciones de intervención o registro de la judicatura, en un descorazonador estado de paciencia menguante, cuando nos sorprendió la inauguración de los Juegos Olímpicos y tuvimos que

colgar la investigación para ir al Centro de Coordinación de Seguridad Olímpico, que estaba situado debajo del Fórum, y lucir uniformes, saludar militarmente, sonreír como diplomáticos, acompañar a altos dignatarios a los bajos fondos, protegerlos de atracos y violaciones en callejones apestosos, practicar nuestro inglés, o francés, o alemán, dando imagen de buenos policías precisamente cuando estábamos en plena dejación de nuestras funciones; y aplaudimos, y reímos, y ayudamos a caminar a políticos que habían bebido más de la cuenta, y yo regresaba a casa para contar maravillosas aventuras sin importancia a mis hijas y, antes de dormir, me desesperaba dando vueltas a los dos casos que tenía entre manos.

El único que no se movió de la Dirección General fue Félix, plantado ante su Teletrón. Hacía honor a su nombre, feliz como unas castañuelas, ante la pantalla verde, el teclado y con aquellos auriculares de piloto de avión. Creo que fue entonces cuando Félix descubrió su auténtica vocación de técnico en escuchas.

(Bueno, y la cabo Reme, que siempre conseguía que alguien la sustituyera en eventos oficiales).

Finalmente, el 28 de julio, llegó Louis Díaz.

# SEGUNDA PARTE
# Operación Clembuterol

# 12

# El agente federal, el maestro

Louis Díaz llegó a Barcelona a media mañana después de dieciocho horas de viaje.

Había viajado de Los Ángeles a Atlanta, de allí a Madrid y, con el puente aéreo, hasta Barcelona.

Yo lo estaba esperando desde hacía rato en la terminal C, y recordaba cuando nos conocimos, con motivo del viaje que hicimos a los Estados Unidos. La literatura, el cine y la televisión nos habían hecho pensar que no había ninguna policía como la de los Estados Unidos, y no podíamos tener un maestro mejor que Louis.

Hijo de un asturiano que huyó de España cuando triunfaron los fascistas, se educó en las calles de Brooklyn, donde reinaba la mafia de los Gambino y donde corría otro niño que después sería famoso: Joe Gotti. Un día me contó que tenía una abuela que lo había educado con tres consejos esenciales: «No te chives nunca; no me vengas llorando; y si te pega alguien más fuerte que tú, compensa la diferencia con un palo».

Pertenecía a las primeras promociones de la DEA, los del 75. En 1977 estuvo infiltrado más de un año en una organización mafiosa, pasando por un mediocre contrabandista de tabaco. Durante aquel tiempo reunió todas las pruebas necesarias para encarcelar al famoso traficante de heroína Nicky Barnes, conocido como Mr. Untouchable. Fue el primer caso en que un jurado anónimo pudo actuar sin restricciones. Otro de sus operativos memorables fue cuando colaboró con Scotland Yard, en Londres, y atrapó a uno de los miembros de la banda de los atracadores del tren de Glasgow, al que pilló con unos cuantos kilos de heroína.

En 1988, actuó en San Javier, Bolivia, en colaboración con el UMOPAR, donde desarticuló unos cuantos laboratorios de narcotraficantes en la selva amazónica.

Él me paseó por el puerto de Los Ángeles, donde asistimos a registros de barcos y de personas que llegaban a aquellas terminales, y todavía recuerdo el viaje a Tijuana donde lo vi actuar directamente en la barra de un bar haciéndose pasar por un adicto medio loco que necesitaba su dosis de cocaína. Él fue el referente que no teníamos en casa, el maestro, el veterano que te enseña el oficio.

«Lo más importante es que tú te creas tu papel y que hagas siempre lo que no está en el guion, lo no previsto, lo que no haría una persona normal», decía, por ejemplo.

O bien:

«Si buscas gramos, encuentras gramos, y si buscas kilos, encuentras kilos, y al final lo que nos interesa es sacar toneladas de ese veneno que va a nuestras calles».

Siempre lo había conocido vestido de traje y corbata, serio, formal y responsable, y por eso me sorprendió cuando lo reconocí en lo alto de la escalera mecánica peleándose con una maleta marrón muy voluminosa. Llevaba una camisa de manga corta estampada con enormes flores rojas y amarillas y hojas verdes, bermudas color caqui, una riñonera de donde sobresalía su pasaporte, calcetines blancos hasta las rodillas y sandalias. Gafas de sol Ray Ban y, lo que lo hacía inconfundible, los cabellos negros carbón peinados hacia atrás y pegados al cráneo con una buena dosis de brillantina.

No era muy alto, pero tenía unos hombros, un tórax y unos brazos descomunales obtenidos en severas sesiones de gimnasio y halterofilia. Las dificultades que tenía para trajinar la maleta me hicieron pensar que yo sería incapaz de mover aquel equipaje ni siquiera un milímetro. Antes de llegar al pie de la escalera, me hizo una señal que anunciaba que me había reconocido.

Se plantó ante mí sonriente y desenvuelto, dejó caer la carga demasiado cerca de mis pies y me dio un fuerte abrazo en el que pude comprobar que sus músculos eran duros como piedras.

—¿Qué hay de nuevo, comandante? —fueron sus primeras palabras.

—¿Quieres que te ayude? —pregunté, solícito, solo por probar.

—No podrás —dijo sencillamente.

—¿Qué tal el viaje?

—¿Qué viaje? —bromeó. Yo sabía que no le gustaba volar—. No he notado nada. Yo no me entero del viaje. Cuando monto en el avión, le pido a la azafata un par de botellines de vodka, me los tomo con un par de pastillas para dormir y me pasa el vuelo rápidamente. El *jet lag* no existe para mí, amigo.

Fuimos andando hasta el aparcamiento, él delante cargando la maleta que pesaba toneladas, hablando muy animado.

—¿Cómo van los Juegos? Vi por televisión la ceremonia de inauguración y fue magnífica. Creo que jamás se podrá olvidar lo de la flecha con el fuego sagrado que encendió el pebetero, igual que no hemos olvidado la de Guillermo Tell. Todos aquellos chicos y chicas que hicieron la palabra «¡hola!». Y las voces de la diva Caballé, los tenores Carreras, Plácido Domingo, Kraus, y alguno más que no recuerdo, y el apoteósico final con aquella bailarina que se fue montada a caballo… ¡Fantástico, *broda*! Pero tendrán mucho lío con la seguridad, supongo. Cuando se mueven los profesionales de la NBA, los guardaespaldas y los policías privados que los vigilan seguro que piden muchas medidas complementarias. Y tus muchachos, ¿qué tal están?

Montamos en el vehículo oficial, conecté la emisora, di la salida desde el aeropuerto indicando que nuestro destino era el centro de Barcelona y me puse en marcha. Esperé unos momentos antes de animarme a decirle:

—Tú conociste a Pau Palau, ¿verdad?

—Sí —celebró—. El científico. Ese casi sabía más de drogas que yo.

—Pues le han dado una paliza que casi lo matan. Le rompieron una pierna y le desfiguraron la cara.

Se produjo la reacción que me temía.

—*Oh, my God!* ¿Pero qué me dices? ¿Dónde está? ¿En el hospital? ¡Quiero ir a verlo!

—Ya he pensado en eso —respondí—. Estoy preparando un operativo para mañana; tú, después de comer, si quieres, por la tarde puedes pasar a verlo al Clínico. Se está reponiendo. Puede hablar y se alegrará de verte.

Enfilamos la insuficiente Ronda del Litoral, recién estrenada y ya colapsada.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Pues detener a quienes lo hicieron. Neutralizarlos. No nos corresponde a nosotros. Es cosa de la Policía Nacional.

—¿Que no…? —se escandalizó—. Pero es un compañero vuestro, comandante. ¡Claro que os corresponde a vosotros! —Calló y reaccionó, cada vez más indignado—. Oye… ¿Quién lo ha hecho? —Yo me resistía a contestar—. Oye: ¿no habrán sido mexicanos? Te dije que iban a venir. Te dije que, si se os metían en casa, ibais a tener un problema grande. ¿Han sido ellos? —Asentí, aunque sabía que mi afirmación iba a convocar el recuerdo inevitable de las torturas infinitas que en 1985 los narcos habían infligido al agente federal Enrique Camarena, colega de Lou. Los narcos mexicanos eran los enemigos viscerales de Louis Díaz. Estalló de rabia—. ¡Entonces, también es mi problema, amigo! No podemos permitir que el narco desembarque aquí. Arrasarán la ciudad, te lo digo yo…

—Lou —traté de frenar su acometida—, lo están investigando. Los están buscando y los encontrarán…

—¡No son de los tuyos! ¿Cómo es eso? ¿Ellos son como los federales y vosotros la *city police*?

—Algo así.

—Sí, ya me lo has contado alguna vez. No se puede tolerar. Si pegan a un policía y no les pasa nada, esto será un caos…

—Hay uno de los nuestros en la investigación, colaborando con el Cuerpo Nacional…

—Pero ellos solo los encontrarán, y, ¿cómo dices tú?, los *neutrizarán*…

—Neutralizarán.

—¡No hay que *neutrizarlos*! ¡Hay que destrozarlos, arrancarles la cabeza! Tiene que ser un, ¿cómo se dice?, un *punishment, a lesson*, ¡que todos los narcos del mundo aprendan que no se puede tocar a un policía catalán! ¡Hay que desollarlos vivos, colgarlos de los huevos!

—Vale, vale, Lou. Vale. Tranquilo.

Quedó rezongando.

—Perdona mi reacción, amigo, me ha dolido. Me ha dolido mucho. No se puede tolerar. ¿Era nuestro caso? ¿El de la niña Melody?

—No, aunque puede estar conectado. —Le hablé del caso del clembuterol y sus efectos. Las intoxicaciones masivas por comer hígado infectado—. Por lo visto, en tu país es legal utilizar ese producto para el engorde de los animales.

—No sé, desconozco ese mundo. Es cosa de la Agencia de Alimentos. Pero me extraña que allí se permita un producto tóxico que aquí está prohibido.

—Es así. Y en Europa se aceptan productos farmacológicos que en tu país no están permitidos.

—O sea, que cada uno tenemos nuestra propia mierda. —Una de las cosas que más le gustaba a Lou del uso del castellano era el uso de palabras gruesas. «Mierda», «puta», «joder» le llenaban la boca con un volumen y un peso especiales.

—Así, la carne de Europa no se puede vender en los Estados y la carne de los Estados no se puede vender en Europa, y no nos hacemos la competencia.

—Todo es lo mismo —refunfuñó—. Dinero, dinero. Todo se resume en intereses económicos.

—En el mundo de la alimentación hay gente sin escrúpulos que hace trampas y más trampas buscando el máximo beneficio. Los antibióticos que dan a los pollos para que no cojan ningún virus y que acaban haciendo que los consumidores sean inmunes a ellos. Ese bistec que al freírlo te llena la sartén de agua y la carne parece más hervida que a la plancha. Los llamamos terroristas alimentarios…

—Qué hijos de puta —comentó con la mirada clavada en el paisaje y los pensamientos concentrados en los mexicanos del narcotráfico.

—Y puede ser —añadí con toda la intención— que los mexicanos que se aprovechan en México de la estafa de aquí sean los que proporcionan ese clembuterol con que los ganaderos envenenan la carne.

—Qué hijos de puta —repitió.

Traté de distraerlo con otro tema.

—Te he conseguido una entrada para el combate de Óscar de la Hoya contra un brasileño llamado Adilson Rosa Silva, para pasado mañana, jueves.

—Oh, okey, gracias —repuso sin entusiasmo.

—¿Querrás echarte una siesta antes de ir a ver a Palau?

—No. Llévame al hotel y espérame. Bajo enseguida. Deshago la maleta y nos vamos a comer algo, ¿qué te parece? Luego iré a ver a Palau.

El hotel donde le habíamos reservado habitación estaba en la calle Caspe, delante del teatro Tívoli y de Radio Barcelona y junto a un local de ocio donde había unos famosos billares.

Salimos de la Ronda del Litoral en Drassanes y subí por las ramblas para mostrarle un poco del paisaje típico barcelonés. Estacioné el coche delante del hotel, colocando el cartel de plástico que informaba de que era un vehículo policial de servicio, y Louis Díaz

arrastró la pesada maleta hasta la recepción.

Crucé la calzada para esperarlo en la terraza del Bracafé, junto a Radio Barcelona. Pedí la Coca-Cola más fría que tuvieran, con hielo y limón, y disfruté de un par de cigarrillos. Pagué la consumición en el mismo momento en que el camarero me puso la bebida, siguiendo las normas que enseñaban en la escuela de policía: siempre tienes que poder dejar tu asiento y salir disparado sin que un camarero te persiga pegando gritos. Localicé a un par de carteristas que buscaban una oportunidad, pero, afortunadamente, mientras yo miraba no encontraron ninguna.

Lou salió a la calle pasado un rato, tan vivaracho y relajado como si acabara de echarse una siesta. Desde mi lugar de vigilancia vi cómo tomaba una foto del hotel con una pequeña cámara fotográfica.

Con el coche, fuimos hasta Arco de Triunfo y aparqué delante de la Dirección General, en las plazas que teníamos reservadas en la calle Pujades.

El comedor de Base estaba atestado, como casi todos los días a aquella hora, salvo los viernes. En cuanto abrí la puerta localicé a Martí Román, que levantaba la cabeza y nos hacía señas para que nos sentáramos a su mesa, al fondo. Estaba terminando el primer plato, solo y alejado de otros agentes de Menores que estaban allí. Lo interpreté como un indicio de que mi colega estaba desanimado. No era su mejor día.

Nos acercamos.

—¿Qué te pasa, Martí? ¿Problemas personales o profesionales?

—Profesionales. Hoy la hemos cagado estrepitosamente. Bueno, la he cagado yo.

—Te presento a Lou Díaz. Ya te he hablado de él. Él es el cabo Martí Román, de la brigada de Menores. ¿Te he dicho que uno de los nuestros colabora con el Cuerpo Nacional de Policía para encontrar a esos mex? Pues es el cabo Martí Román.

Me acerqué al mostrador donde bregaban Ciscu y Rosita para saciar el apetito de más funcionarios de los que podían. Conocía los gustos gastronómicos de Lou, que, a pesar de su ascendencia asturiana, era más norteamericano, que significa sencillo, de pastas, arroces, hamburguesas, bistecs y carne empanada. Pedí para él bistec con patatas y huevos rotos, todo bien aliñado con salsa de tomate, y para mí pedí escalivada y salchichas con patatas fritas, lo mismo que estaba comiendo Martí.

—Le preguntaba —me explicó Lou cuando me reuní con ellos— si su preocupación era por nuestro caso, el de la pequeña Melody, pero dice que no.

—No —dijo Martí mientras me sentaba—, eso sigue adelante. Ya sabes que Margarita trabaja bien.

—Entonces, ¿habéis localizado a los mexicanos? ¿Los habéis identificado?

—No. Ni rastro. No llegaron por avión ni por barco a ninguno de los puertos o aeropuertos españoles. Suponemos que volaron a alguna capital europea y vinieron en un coche alquilado. Lo están mirando, va para largo. Y respecto a su identificación, ya os podéis imaginar que deben de traer consigo cuatro o cinco pasaportes. Pero, de momento, hemos enviado sus retratos robot a México D. F., a la División Antidroga que habló con usted…

Se refirió a Lou Díaz con un gesto y él le respondió con un meneo pesimista de cabeza:

—Nada que hacer por ese lado. Mis amigos de la División Antidrogas de la Policía Federal me dijeron que probablemente los Proveedores Farmacéuticos Delapiedra estaban relacionados con los capos del narcotráfico y, enseguida, me agradecieron la visita, me dieron unas palmaditas en la espalda, muy amables, y me prometieron tenerme informado. «Nosotros nos encargamos de eso», y «adiós, adiós», «no nos telefonee usted, ya le telefonearemos nosotros», y me enviaron a casa. Cuando aparece el

narcotráfico, amigo, hay policías que se retiran.

—Bueno, no sé —se resistió Martí, tozudo—. No creo. Cuando supieron que habían agredido a un compañero, que casi lo matan, me aseguraron que se lo tomarían en serio. —Ante la actitud pesimista de Lou, se dirigió a mí—: Margarita ha activado sus redes de confidentes en el supuesto de que la gentuza extranjera siempre se acaba encontrando con la gentuza local. Y a esperar.

—Tenéis que machacarlos, ¿me oyes? —Lou agachaba la cabeza y cuchicheaba como si estuviera planeando un crimen—. Haceros respetar. Reventarles la cabeza, ¿me entiendes? Si no, todos los delincuentes del mundo pensarán que vuestra policía es una mierda. Os perderán el respeto.

Martí Román y yo nos mirábamos abrumados por la resignación.

—Ahora —dije—, me parece que Martí está preocupado por otro caso.

—¡Olvida ese otro caso! —protestó Lou—. Lo de Pau Palau tiene que ser prioritario. Primero, acabad con esos narcos, luego, ya vendrá lo demás.

—Se trata de una menor desaparecida —subrayé—. Secuestrada.

—Oh —exclamó el americano, como si hubiera chocado con una pared invisible.

—¿Cómo lo lleváis? —pregunté.

Entonces, Martí contó a Lou la historia de Esther Campillo, la hija de un matrimonio burgués que llamó a un taxi y pidió que la llevara a un puticlub llamado Las Brujas. Entró en él y no la habían vuelto a ver. En una macrorredada, Martí y los suyos detuvieron al dueño del establecimiento, un tal Dalfonso, y liberaron a unas cuantas menores, pero Esther no estaba entre ellas.

—Últimamente, estamos siguiendo otra línea de investigación. Creemos que no tienen a la chica en venta. Empezamos a pensar que alguien la tiene para disfrute propio. Claro que existe la posibilidad de que la hayan matado y hecho desaparecer, pero de

momento no lo contemplamos, queremos creer que la tienen prisionera. El otro día nos llegó un soplo. Un tío con un garaje cerrado, solitario, antecedentes con menores; bien, pues resulta que, en un tendedero, una vecina vio y fotografió ropa interior de chica. Tangas y sujetadores no precisamente de algodón. Lo seguimos. Era amigo de algunos de los amigos de Dalfonso. Sumamos dos más dos. Blanco y en botella. Estaba seguro de que tenían a Esther allí. Lo hablé con el juez y me dio la razón y una orden de detención y entrada y registro. Anoche entramos, detuvimos al menda, registramos el garaje y la casa —pausa—, y nada. No hemos encontrado nada. Tenía ropa interior femenina, sí, pero ninguna menor escondida por ninguna parte; y la posesión de tangas y sujetadores no es delito. Y había tarjetas de los bares de Dalfonso, aunque eso tampoco es delito. Y no hemos podido sacarle nada.

—¿Lo habéis interrogado? —intervino Lou con gesto severo.

—Claro que lo hemos interrogado, pero se ha negado a decir nada.

—¿Se ha negado a decir nada? —repitió Lou incrédulo.

—Seguía el consejo de su abogado. Que se negara a declarar, y se ha negado a declarar. Y nos hemos encontrado con las manos vacías. Y si ese tipo está relacionado con los amigos de Dalfonso, ahora ya saben lo que buscamos y lo que sabemos. Lo tenemos jodido.

Llegó al final de su discurso al mismo tiempo que bebía el último trago de café. Y tenía prisa por irse de allí.

—Me tendréis que perdonar…

Me dio una palmada amistosa en el hombro y se fue apresurando el paso como quien huye. Lou lo despidió con una sonrisa para quedar bien y se tragó algo que tenía en la punta de la lengua. Se volvió hacia mí y continuamos con el segundo plato. Durante unos instantes, guardamos silencio, pensando los dos en lo que acababa de contarnos Martí. Deglutido el bistec, Lou miró hacia la puerta,

como asegurándose de que mi amigo no se había quedado observándonos, y entonces percibí en él una determinación que ya le había visto en otra ocasión, en los Estados Unidos, cuando nos relataba cómo había esposado a Nicky Barnes, Mr. Untouchable. Se inclinó sobre la mesa como si se quisiera abrir paso por encima del plato, entre botellas, vasos y la cesta del pan.

—¿Dice este amigo tuyo que ha cometido un error? ¡Y bien gordo que lo ha cometido! —Parecía desbordado por la indignación y hacía un esfuerzo por no ofenderme al hablar de un amigo mío—. Me ha extrañado que no le corrigieras.

—¿Corregirle? —pregunté como si no supiera por dónde iba.

—¡Por favor! ¿Nadie le ha enseñado a tu colega que hay que evitar a los abogados como al demonio? Nunca sacarás nada a un detenido si está presente su abogado porque los abogados siempre son un estorbo. Conocen todos los trucos para atarte de pies y manos. ¿Cómo puedes interrogar a un sospechoso si está el abogado delante?

Tomamos flan de postre. Y café.

—Y ahora yo te pregunto —contraataqué—: ¿Cómo puedes interrogar a un sospechoso si no está el abogado delante? —Me miró como si mi pregunta le pareciera indignante. Antes de que me pudiera replicar, añadí—: Nuestra Constitución así lo exige. ¿Vuestras leyes de procedimiento no dan derecho al detenido a tener la asistencia de un abogado?

—Sí, claro, pero antes, bueno, nosotros hablamos con el detenido y le ofrecemos las ventajas de explicarnos lo que sucedió para poder pactar con él alguna medida. Luego se lo transmitimos al fiscal y él decide. El secreto está en el pacto. Tú nos ayudas, nosotros te ayudamos. Así conseguimos más datos, más números. Incluso conseguimos confidentes. Eso, con un abogado delante, no se puede hacer.

—Nosotros no podemos hacerlo de ninguna manera.

—Detenéis a un tipo, lo tenéis ahí, con su abogado; el abogado le dice «no declaras», y él no declara, ¿y vosotros no podéis hacer nada?

—Exacto.

—¿No podéis ofrecer al detenido ningún trato?

—Eso solo corresponde al fiscal y al juez, que tienen potestad para conceder beneficios o exenciones o pedir una pena y no otra. Nosotros estamos a sus órdenes, como policía judicial. Solo somos su *lunga* mano, como decía mi profesor de Derecho Penal.

Lou resoplaba y cabeceaba.

—La próxima vez que tengas que interrogar a un tipo de esos, si estoy aquí, me llamáis y yo hablo con él. Le doy unos toques y le aconsejo que declare con vosotros y sin abogado. Si quiere voluntariamente, podrá hacerlo, ¿no?

—No. No puede ser, Lou. Ni voluntariamente ni nada. Cuando fuera a declarar delante del juez y del fiscal, diría que lo hemos coaccionado y de inmediato el juez lo pondría en libertad, nos acusarían a nosotros y él quedaría libre, y no podríamos utilizar nada en su contra.

—*Fuck!* —Lou estaba agobiado, no sabía qué decir—. ¿Y no tenéis cámaras que graban la declaración para que el juez y el fiscal vean que ha declarado voluntariamente?

—No, nosotros no tenemos cámaras en las salas de declaración. También nos dirían que eso es ilegal. Sin orden del juez, no podemos grabar a nadie. Lo que aquí prima son los derechos constitucionales del detenido. La presunción de inocencia. Tenemos un sistema jurídico muy garantista.

—¿Y los derechos de las víctimas y vuestras obligaciones para resolver los casos? —protestaba Lou, encendido—. ¿La eficacia policial? ¿Qué dice la gente?

—Lou —dije, calmado y conciliador—, ya sé que estás alterado por lo que le hicieron a Pau Palau. Yo también lo estoy. Lo

solucionaremos. Tú me enseñaste que la principal virtud del policía es la paciencia. Ahora, te pido que tengas paciencia y te relajes. Los buenos siempre ganan, ¿te acuerdas?

Lou Díaz me miró, sorprendido por mi infinita sabiduría, arqueó las cejas con expresión de payaso torpe y suspiró. De repente, recuperó su sonrisa y dijo:

—¿Me puedes conseguir una pistola?

Respondí, benévolo pero tajante:

—No. No te puedo conseguir una pistola.

—Bueno —se excusó—. Tenía que intentarlo.

Y nos echamos a reír como en los viejos tiempos.

# 13

# El destino de los hígados

Cuando sonó el despertador y abrí los ojos, me sentí profundamente fatigado, como si no hubiera descansado nada. En realidad, había descansado poco, porque la noche con Eva se había alargado más de lo previsto.

Me concedí cinco minutos más, esos cinco minutos se prolongaron cinco minutitos más y diez y veinte y, de pronto, tuve que saltar de la cama como quien se tira a la piscina del mundo. Me duché y me vestí con precipitación imprudente, salí a la calle, subí al coche y fui a trabajar con prisas y un alto nivel de estrés.

Entré en el comedor de la Dirección General con la necesidad de tomar el imprescindible café, pero alguien me dijo «te esperan arriba» y la mala conciencia me obligó a dar media vuelta y subir las escaleras de tres en tres hasta el tercer piso.

Reme estaba esperándome como si no se hubiera movido de la oficina y la noche en vela no le hubiera afectado en absoluto.

—Turín y Teresa Requena ya se han ido. Te esperan en L'Ametlla, cerca del matadero, a las diez. Por la nacional 152 no tienes más de media hora.

Me entregó un papel donde había anotado la dirección del matadero.

—Bien. Ponte en contacto con Louis Díaz, en su hotel. Le dices que…

—Díselo tú mismo. Está aquí.

Con un gesto de la mano, Reme señaló a Lou, que estaba escuchándonos tranquilamente sentado en mi butaca, un poco oculto por la columna.

—*Hello, broda*.

—Ya nos hemos presentado —dijo la cabo, muy orgullosa. Había oído hablar del agente federal con admiración y estaba encantada de conocerlo al fin personalmente. Y añadió en un inglés muy americano para demostrar su nivel—: *We have already become friends and colleagues and he has already taught me a few lessons, right, brother?*

No se entretuvo ni un segundo más de lo necesario. Siempre ajetreada y eficiente, quería notificarme que había tratado de hablar con el doctor Manuel Toló, pero no lo había conseguido. Su mujer le había dicho que hacía diez días que no sabía nada de él, que había puesto una denuncia en la comisaría de Vía Layetana y que, de momento, no tenía ninguna noticia.

Aproveché para preguntarle por Gabriel Gavilán.

—¿Qué sabemos de él? Dijo que estaba elaborando una lista de médicos potencialmente implicados en la trama y que se pondría en contacto con nosotros; ya han pasado más de veinte días y no sabemos nada.

—Lo llamo —respondió la cabo antes de desaparecer corriendo.

—Estupenda, esta Reme —la valoró Lou—. ¿Cómo es su nombre?

—Reme. Remedios, pero la llamamos Reme. Te hablé de ella.

—Fantástica. *Wonderful* mujer. Qué delgada, ¿esta era la que hacía taekwondo?

—Campeona de España. Dice que dentro de cuatro años a lo mejor la vemos en los Juegos de Atlanta.

—Cómo me gustaría. ¿No te han dicho en el bar que te esperaba aquí?

—Ah, no, no he pasado por el bar —reconocí aturullado—. Hoy no podré atenderte, Lou, porque tengo que ir…

—Ya lo sé. La cabo me lo ha contado. A un matadero. Me gustaría acompañarte, amigo. Nunca he visto un matadero español por dentro. Quiero ver cómo trabajáis con estas leyes tan raras. Y

echarte una mano, si la necesitas.

—Claro que sí. Por mi parte, estupendo. ¿Seguro que no prefieres ir a disfrutar de los Juegos?

—Prefiero la acción si puedo participar en ella.

—Pues vamos, que ya es tarde. Me están esperando allí.

Me tenían preparado un Ford Escort blanco en bastante buenas condiciones.

Salí por la Ronda del Litoral y me desvié hacia Montornés y Granollers.

Por el camino, Lou Díaz iba charlando y saltando de un tema a otro, como hacía siempre:

—Gavilán es un pájaro, ¿verdad? ¿Cómo se diría en inglés? ¿Como un *hawk*? Buen nombre para un policía.

—Este no es policía. Es un confidente. Trabaja para los laboratorios Angelat y nos ha dado muy buena información.

—Vaya, un confidente. Veo que aprendiste la lección. Son la base de nuestro trabajo. ¿Y cómo lo conseguiste?

—Vino él. Observó unos movimientos sospechosos en su empresa y le pareció que nos lo tenía que contar.

—Vino él, ¿eh? Cuidado con eso, amigo. Recuerda lo que te dije. Los malos también necesitan información y, a veces, tratan de cambiar información por información. ¿Estáis seguros de que no le dijisteis más cosas de las que os dijo él? —No respondí—. Fui a ver a Pau Palau. Qué valiente. Está bien, habla bien, siempre en forma. Es fuerte. Me lo contó todo. Hay que hacer algo contra esos tipos, amigo. Devolverles golpe por golpe. Estoy seguro de que podéis hacer mucho más de lo que hacéis. Las leyes tienen muchas caras, como un dado. Hay que darles alguna vuelta, y ponerlas de vuestra parte.

El matadero estaba en un extremo de un polígono industrial de L'Ametlla del Vallès, a la izquierda de la carretera. Antes de llegar, en un descampado, junto a su coche, nos esperaban Turín, tan delgado

y de aspecto extremadamente joven, casi infantil, y Teresa Requena, que con menos de treinta ya parecía su madre. Casi chocaba que fuera él quien llevara la voz cantante.

—Suministros Cárnicos BLAE, o sea, los mayoristas, compraron la carne a este matadero. Lo hemos comprobado estos días por los libros de contabilidad y las facturas, y ya sabemos qué día exacto les entró la carne con clembuterol. Ahora nos dirán de qué granja o granjas provenían los animales que sacrificaron aquel día.

Nos metimos los cuatro en mi vehículo y nos dirigimos a la barrera que había que cruzar para acceder al complejo industrial.

El vigilante de seguridad salió de su garita y se acercó sin disimular su disgusto por las visitas inesperadas. Para mejorarle el humor, lo recibí con la placa y el carnet profesional.

—Queremos hablar con el responsable —dije.

No hubo cambio en su expresión. Más bien se le curvó la boca en una mueca de asco. Dio media vuelta y volvió a la garita. No levantó la barrera; vimos cómo descolgaba el auricular de un teléfono y esperaba a que se estableciera la comunicación.

—¿Es policía? —preguntó Lou, el más impaciente de los cuatro que llenábamos el coche.

—Privado. Guardia de seguridad —respondí.

—¿Y no te está faltando al respeto?

Pensé que tal vez mi maestro tuviera razón. Saqué la luz prioritaria de debajo del asiento y la puse sobre el techo. Accioné el interruptor y el parpadeo azul y un toque de sirena como un ladrido transmitieron un mensaje claro: abra la barrera si no quiere tener problemas.

El vigilante uniformado tuvo un visible sobresalto y fue capaz de abrir la barrera sin dejar de hablar por teléfono.

Arranqué y me aproximé a la garita.

Delante de nosotros, los dos carriles de la carretera continuaban en línea recta unos quinientos metros más antes de trazar un giro a la

izquierda. A ambos lados se alineaba una serie de naves industriales que me pareció interminable.

El hombre del uniforme nos habló con cierta insolencia, para dejar claro que no le gustaba que le presionaran.

—El encargado está abajo, en el módulo dos. Ahora viene. Tendrán que esperar aquí.

—¿Dónde dejamos el coche? —repliqué, duro como Gene Hackman en *The French Connection*.

Me entregó un folio plastificado donde ponía «Plaza 14», y me señaló un aparcamiento cubierto que había a unos cincuenta metros, repleto de automóviles en batería.

—Allí. Plaza catorce.

—Salid —dije—. Ya aparco yo.

Lou, Turín y Teresa se apearon.

Dejé el coche en el espacio vacío que se me ofrecía y, bajo un sol implacable, volví a la caseta donde Turín, Lou, Teresa y el guardia uniformado estaban encendiendo cigarrillos.

En aquel mínimo lapso de tiempo, pude observar que la tensión había disminuido notablemente y enseguida supe que era Lou quien había contribuido a ello. Él, que me había hecho notar la arrogancia de aquel hombre, ¿ahora estaba contemporizando con él?

—Trabajaba en la construcción y me quedé en el paro —estaba diciendo el empleado del matadero cuando ya pude oírlos—. Me ofrecieron este puesto antes de que se aprobara la ley de seguridad privada.

—¿Y qué tal? —se interesaba Lou.

Me di cuenta de que tanto Turín como Teresa estaban muy atentos al comportamiento del agente federal. Incluso tuve la sensación de que mi amigo americano les dedicaba su actuación con intención didáctica.

—Bueno, está bien cuando me toca el turno de día. La noche se hace muy pesada.

—La noche siempre es muy pesada. ¿Muchos robos?

—No, no muchos. Yo no he vivido ninguno. Pero, al principio, iba de cráneo con todos los papeles que hay que rellenar cada vez que entra un camión o que viene una visita. Ahora ya lo domino. Mire, por ejemplo. —Un tráiler cargado de terneros se había detenido en la barrera de entrada—. Este viene dos o tres de veces por semana.

Se metió en la garita, levantó la barrera y salió con una carpeta. El conductor del camión le facilitó unos papeles y en pocos minutos el gran vehículo emprendía la recta y lo perdimos de vista cuando giró a la izquierda, entre dos naves.

—¿Muchos camiones? —preguntó Lou.

—Oh, sí. No paran. A primera hora de la mañana o a última hora de la tarde pueden pasar seis o siete camiones seguidos. Parece que se pongan de acuerdo para llegar todos a la misma hora y entonces tienen que hacer cola y esperar. Se ponen nerviosos, tocan la bocina. Aquí se trabaja veinticuatro horas al día. Tres turnos de trabajo. Los únicos días de fiesta son Navidad y el día de Año Nuevo.

—¿Cuánta gente trabaja aquí?

—No lo sé seguro, unos trescientos si contamos a los de administración. Usted no es de aquí, ¿verdad?

Intervine:

—El señor Díaz es norteamericano. Experto ganadero texano que nos ayuda en las inspecciones e investigaciones que hacemos con ganado.

Se nos acercaba una chica joven con actitud hospitalaria. El guardia nos miraba ahora con respeto casi reverencial y, entonces, Lou Díaz decidió que ya lo tenía a punto. Le entregó una de sus tarjetas.

—Me gusta su capacidad de observación. Eso hace de usted un buen policía.

—Bueno, policía, policía… —se resistía con modestia el vigilante, maravillado ante aquella tarjeta que ostentaba un escudo dorado en

relieve.

—Todos estamos en el mismo equipo —dogmatizó el americano, exigiéndole que no renunciara a su dignidad—. Usted trabaja como portero y nosotros somos delanteros, pero todos queremos que ganen los buenos, ¿no es así? —Y se dirigió a mí—. Dale tú también una tarjeta a este hombre tan profesional. Si prospera esta investigación, seguramente necesitarás su ayuda.

Obediente, saqué de detrás del carnet una de las viejas tarjetas de la unidad de Salud Pública.

—¿Me pueden acompañar al edificio de dirección? —nos invitó la chica.

—Sí, un momentito, por favor —dijo Lou, que todavía no había terminado con el vigilante—. ¿Nos das una tarjeta tuya?

—¡Ah! No. —Al hombre se le veía halagado y confuso—. Yo no tengo tarjeta de visita.

—Pues escribe en un trozo de papel tu nombre, dirección y teléfono, por si te necesitamos.

El vigilante entró en la garita y salió con una hoja de papel donde había garabateado sus datos. Como si le estuviera infinitamente agradecido, Lou estrechó la mano del guardia y esto forzó que Turín, Teresa y yo hiciéramos lo mismo.

Por fin, pudimos dedicar nuestra atención a la chica, que abrió la marcha. Mientras la seguíamos, Lou cerró la lección en voz baja:

—Nunca hay que despreciar la colaboración de los guardias de seguridad privados. Tarde o temprano, habrá que colaborar con ellos porque están siempre en lugares privilegiados y estratégicos. —Y añadió, como resumen—: Un policía siempre tiene que estar atento para localizar confidentes y colaboradores. Nosotros estamos fuera y no nos dejan entrar. —Me venían a la cabeza las lecciones de Louis Díaz en Los Ángeles, casi literales—. Lo más importante para un policía es la información, y la información hay que salir a buscarla. No viene sola a tu despacho. Te la dan los que están metidos, los

que están dentro. Tienes que conseguir que alguno de los que sacan la basura de la banda coma en tu mano, y eso solo lo hará si está bien motivado, si confía en ti o si tiene mucho que perder si no está a bien contigo.

Entramos en el edificio noble de la factoría, que destacaba como un palacio entre chabolas, y nuestra anfitriona nos pidió que esperásemos en una sala dotada de sofás y decorada con fotografías que ilustraban el pasado y el presente de la explotación. Una vista aérea mostraba la inmensidad del complejo. Un par de corrales llenos de ganado, siete u ocho naves industriales de más de cien metros cada una, el detalle distinguido del edificio donde nos encontrábamos, la carretera que unía todo ello y el muro perimetral que rodeaba el terreno. Otras instantáneas mostraban un ambiente aséptico como un quirófano, probablemente frigorífico, con innumerables piezas de carne colgadas del techo, donde trabajaban unos obreros con impecables batas blancas, como médicos.

El hombre que nos recibió no ofrecía en absoluto el aspecto que podíamos esperar de alguien que trabaja en un matadero. Debajo de su bata inmaculadamente blanca, como recién salida de un anuncio de detergente, llevaba una camisa que parecía a estrenar y una corbata de nudo perfecto. Tenía cabellos blancos y abundantes y una sonrisa hipnótica.

Se presentó como Pere Lluís Prats, gerente de la empresa, y enseguida manifestó su preocupación:

—Vienen por lo de la intoxicación de mayo, ¿verdad?

El pequeño Turín dio un paso al frente y tomó la palabra. Él y Teresa conocían todos los detalles del caso mejor que yo y, por tanto, era lógico que tomaran el mando.

—Ustedes proveen a la sociedad anónima BLAE, ¿no es cierto?

—Es uno de nuestros clientes, sí.

—Tenemos orden del Juzgado de Instrucción n.º 15 de Girona de investigar la carne de ternera, concretamente los hígados, que

intoxicaron a aquellas personas. Ahora, lo que hay que averiguar aquí es de qué granjas procedían esos productos.

—Si me dicen el día y la hora que ingresaron aquí los animales, se lo diré con mucho gusto.

—Aquí tenemos los datos. El día y la hora en que llegaron a los almacenes de BLAE y el número de las remesas.

—Ningún problema. Si subimos al departamento de administración, tendrán acceso a los archivos y documentos que necesiten.

Nos miramos, dispuestos a empezar a trabajar.

Intervine:

—Del tema de documentos, facturas y todo eso, podéis encargaros tú y Teresa, ¿verdad? —Y volviéndome hacia el gerente y refiriéndome al Lou y a mí—. Nosotros dos querríamos supervisar el trayecto de los hígados. Quiero decir, seguir el proceso industrial desde que entra la ternera viva por una puerta hasta que su hígado sale por otra.

El hombre distinguido y canoso se mostró un poco incómodo.

—Bueno… Es un proceso un poco desagradable…

La reticencia, la resistencia, eso es lo que buscamos los policías. Hasta aquel momento, salvo el recelo inicial del guardia de seguridad, todo me parecía demasiado correcto. No me quitaba de la cabeza que por allí habían pasado animales infectados que habían provocado una intoxicación masiva y una auténtica crisis en el sector ganadero. Estaba convencido de que alguna responsabilidad tendrían los mataderos en el proceso.

—Hay que hacerlo —acepté sin perder la sonrisa, resignándome a los gajes del oficio.

Prats también se resignó, a regañadientes.

—Esperen aquí. Llamaré al encargado para que se lo enseñe todo. —Le habría gustado añadir algo más, encontrar un pretexto, convencernos para que desistiéramos, pero no encontró la fórmula adecuada y lo dejó correr—. Un momento.

Abrió una puerta y salió, con Turín y Teresa Requena.

—Esta Teresa —dijo Lou con actitud de experto— es muy buena. Se fija, observa. Y solo abre la boca si tiene algo que decir.

Tuvimos que esperar el rato de un cigarrillo.

Se rio Lou:

—Es la primera vez en mi carrera que tengo que seguirle la pista a un hígado.

Cuando el responsable entró en la sala, tanto Lou como yo estábamos apagando las colillas en el cenicero.

Era un hombre corpulento, con una cabeza como una pelota de fútbol, calvo, con cara de pocos amigos y las manos excesivamente grandes. Vestía un mono blanco de plástico arrugado y holgado, que se había puesto sobre la ropa de calle.

—Vengan conmigo —ordenó desde la puerta.

Cuando nos levantamos, nos miró desafiante, como si no se acabara de creer nuestro atrevimiento.

—¿Están seguros de que quieren visitar el matadero?

Lo decía de una manera que invitaba a echarse atrás.

—Sí, estamos seguros. Hay que hacerlo. No queda otro remedio.

—Está bien.

—¿Qué quiere decir? —pregunté mientras salíamos al pasillo—. ¿Que los animales sufren mucho?

El encargado volvió hacia mí su cabezota y levantó una ceja en una expresión sarcástica que nos clasificaba como personas de esas que se preocupan por el sufrimiento de los animales.

—No —dijo—. A nosotros no nos interesa que los animales sufran. Necesitamos que la carne tenga buen color. Si el animal sufre, la carne se vuelve negra o de un rojo que a la gente no le gusta y no la compra.

Nos precedió.

Salimos del edificio por la parte de atrás y subimos a un pequeño vehículo eléctrico como los que corren por los campos de golf. El

hombre conducía delante y nosotros íbamos detrás encarados a su espalda enorme.

—¿Hace mucho que trabaja aquí, amigo? —preguntó Lou.

El hombre no lo oyó o no quiso responder.

Bordeamos los grandes corrales llenos de vacas y terneros que habíamos visto en la fotografía aérea que había en la sala. El olor era denso e intenso. Allí estaba el camión que había llegado al matadero unos minutos antes. Todavía descargaba terneros bajo aquel sol de treinta y siete grados.

—¿Quién controla la calidad de los animales que llegan? —inquirí por encima de la espalda del guía, cerca de su oído, para que no pudiera fingir que no me oía—. Que no estén enfermos, que tengan buen aspecto…

—Aparte del veterinario oficial del Departamento de Agricultura que controla el ganado cuando llega, tenemos un departamento de veterinaria en la empresa. Si hay algún animal que no está bien, lo sacan de la cadena.

—En esa descarga que acabamos de ver, ¿estaba presente un veterinario?

—Sí.

—No me ha parecido verlo…

—Pues estaba.

—¿Y pueden descubrir a simple vista si un animal viene infectado de clembuterol?

—Si viene tan infectado como para causar una intoxicación masiva, sí. Se nota enseguida. Como si vieras a un borracho o a alguien que se acaba de chutar heroína.

Detuvo el vehículo y bordeamos el corral repleto de terneros hasta una pequeña puerta sin distintivos que daba acceso a una de las naves.

—¿Para qué sirven estos plásticos que llevan los animales en las orejas? —continué mi interrogatorio.

—Los llamamos «crótalos». Son para identificarlos.

—Para saber de qué explotación ganadera provienen, supongo.

Atrapada en un ángulo de la valla, había una de aquellas piezas, un crótalo. Lo cogí con dos dedos y comprobé que tenía pelos pegados con sangre.

—Sí —dijo nuestro acompañante sin esperar la pregunta y sin darle importancia—. A veces, el crótalo se engancha y el animal pega tirones hasta que se libera o se le rompe la oreja. Pequeños accidentes que pasan. Tendrán que ponerse un protector como este —se refería a su mono de plástico blanco.

Entramos en un vestuario que no tenía nada de aséptico. Había tres hileras de taquillas metálicas, muchas de ellas abiertas, dos pegadas a las paredes, a derecha e izquierda, y una en el medio formando dos pasillos estrechos aún más estrangulados por unos bancos de madera. Sobre los bancos, toallas sucias que tal vez se estaban secando y pantalones arrugados; debajo de los bancos, zapatos y zapatillas deportivas abandonadas. No había miedo de los ladrones porque nadie iba a robar unas prendas de ropa como aquellas. Al fondo, una ventana con rejas quería ventilar la estancia.

—Si quiere —me sugirió el encargado—, puede dejar su mochila aquí…

—No, gracias. La mochila viene conmigo.

Me ahorré decirle que dentro de la mochila llevaba mi pistola.

Mientras nos embutíamos en los monos blancos, iba hablando como un guía turístico:

—No crean que esto puede hacerlo cualquiera. Si no se hace el trabajo con mucha exactitud, las pérdidas pueden ser incalculables. No se puede devolver al propietario un ternero mal sacrificado, ni podremos descuartizarlo correctamente porque nadie compraría su carne. Hay que sangrar a los animales como es debido. Tenemos auténticos maestros del cuchillo que saben cómo cortar con precisión de cirujano. Incluso usan sierras eléctricas, que son

máquinas muy peligrosas. —La palabra «peligrosas» en sus labios sonaba como una amenaza.

Para que las cosas estuvieran claras en todo momento, me colgué la placa del cuello por encima del mono. El encargado la miró como los vampiros miran a las cruces. Nos proporcionó tapones para los oídos.

—Hay mucho ruido.

Abandonamos el vestuario, pasamos ante una hilera de duchas y lavabos, atravesamos una especie de distribuidor con muchas puertas donde se afanaban empleados con monos manchados de sangre.

De repente había mucho ruido, mucho. Los mugidos desesperados de los animales que del corral exterior entraban atropelladamente a la nave, y el estruendo de sus pezuñas sobre alguna superficie metálica. Eran gritos de pánico, agudos y desgarradores; la masa de ganado parecía sometida a una vibración electrizante y el olor saturaba el ambiente en forma de una especie de humareda acre. Los terneros estaban apretujados, apoyándose y empujándose unos contra otros para no caer, quizás para no sentir el temblor del miedo de los de al lado, que se contagia.

Subimos unas escaleras casi verticales y llegamos a una plataforma de rejilla con barandillas a ambos lados que sobrevolaba toda la nave y nos permitía contemplar desde arriba los diferentes compartimentos que debían recorrer los animales camino del sacrificio.

—Aquí tienen —nos dijo el encargado levantando mucho la voz para hacerse oír—, todo el proceso de la matanza. Desde aquí, cuando el animal entra y lo matamos, hasta aquel extremo donde recogemos las vísceras, el hígado, el corazón, los pulmones, las tripas, en unos recipientes de plástico. —Lou y yo teníamos que prestar mucha atención para entender lo que decía—. Supongo que eso es lo que más les interesa, ¿verdad? El hígado, ¿verdad?

Le dijimos que sí, que eran los hígados lo que nos interesaba, pero antes de llegar al fondo, teníamos que recorrer toda la galería elevada asistiendo, paso a paso, a cada una de las estaciones del necesario viacrucis que convertía a un rumiante vivo en unos kilos de comida para el ciudadano.

Resultaba conmovedora la resistencia que oponían a entrar al segundo cubículo, como si supieran qué era lo que les esperaba. Tenían que hacerlo uno por uno y manifestaban la oposición al aislamiento con ojos despavoridos.

Uno se resistía a entrar, meneaba la cabeza en sentido negativo, clavaba las patas y se empeñaba en retroceder. Su volumen y la estrechez del pasillo no le permitía darse la vuelta como quería. Uno de los empleados, con un bastón eléctrico, le aplicaba una descarga que impelía al pobre animal hacia su destino.

Otro ser humano vestido con el mismo mono blanco que nosotros, encaramado en la parte de arriba de la barandilla de la esclusa, les daba un golpe en la testuz con una herramienta cilíndrica que les provocaba la muerte instantánea.

Hacía mucho frío. Todos los departamentos del matadero estaban refrigerados para evitar infecciones y contagios.

Si todo iba bien, el animal se derrumbaba, fulminado, y a su lado se abría una compuerta basculante y una palanca lo proyectaba hacia el compartimento siguiente, donde una cinta transportadora lo arrastraba hacia un hombre que le ataba una cadena a la pata, pulsaba un mando de color amarillo y el ternero se elevaba patas arriba colgando de un raíl del techo que se lo llevaba, con siniestro balanceo, en una tétrica hilera formada por los cuerpos anteriores y los que venían después, hacia lo que podríamos llamar la «cadena de desmontaje». El sangrado, el destripamiento y el descuartizamiento. Era el turno de los maestros del cuchillo, que, con movimientos firmes y seguros, iban cortando el cuello de las bestias, abriéndoles el vientre, vaciándolas, cortándolas en pedazos.

La ley de la gravedad hacía que la sangre fluyera a través de un metálico enrejado hacia las profundidades subterráneas.

La sangre era la gran protagonista, lo ensuciaba todo: las paredes y los monos de los trabajadores, las manos protegidas por guantes de látex y los cuchillos empapados. Sangre y vísceras que se unían a las deposiciones incontenibles de las bestias para incrementar la pestilencia ambiente hasta unos niveles insoportables. Se me irritaron los ojos, me lagrimeaban, y el hedor se me instaló en el fondo del paladar como presagio de náusea. Traté de neutralizar el asco y la angustia partiendo un cigarrillo y poniéndome una mitad en cada fosa nasal.

Estaba contemplando con el corazón en un puño la llegada de la siguiente víctima, cuando la descarga del cilindro en la testuz de no dio en el punto preciso y el animal no murió. No cayó fulminado como se esperaba: le flaquearon las piernas, se tambaleó aturdido, cayó de costado y no se pudo apoyar en la pared, que cedió, y la palanca lo empujó hacia la cinta transportadora, porque la máquina es insensible a las vibraciones vitales. El ternero en movimiento llegó a manos del hombre que tenía que ponerle la argolla en la pata, y se la puso porque no podía hacer otra cosa, porque la velocidad del mecanismo impedía que tanto el animal como el hombre reaccionaran a tiempo, y lo que se izó hacia el raíl que circulaba por el techo no fue el peso muerto de un cadáver, sino un animal frenético que se resistía a morir y pegaba coces y retorcía el cuello, y temblaba de frío y pavor. Vimos cómo pataleaba y oímos cómo berreaba de manera agónica mientras se acercaba al maestro del cuchillo, y cómo este no sabía qué hacer. No era lo mismo cortarle el cuello a una pieza inerte que a un ser vivo en movimiento.

Ante aquella hecatombe, el encargado se olvidó de nosotros. Se inclinó sobre la barandilla de la galería y se puso a gritar enfurecido. Se detuvo el raíl transportador, se detuvo todo, todo el mundo paralizado, el animal que estaba a punto de recibir la descarga

mortal, los que le seguían y no querían seguir; todo quieto menos el ternero que se convulsionaba colgando del techo.

Fue entonces cuando Lou me tocó el brazo. No parecía nada afectado por la confusión creada por el incidente. Acababa de localizar a un individuo que llevaba en las manos un recipiente de plástico blanco lleno de una masa gelatinosa y oscura que solo podían ser hígados. Lo estaba volcando en un cubo enorme medio lleno de la misma masa gelatinosa y oscura.

—¡Los hígados! —gritó Lou.

El hombre de barba negra y ojos grandes y asustados se volvió y nos miró, como si le hubiese oído. Puesto que eso era imposible, debido al estruendo reinante, deduje que ya nos había visto y nos tenía controlados, sabía que éramos policías porque yo llevaba visible mi placa, y le espantó que Lou lo estuviera señalando a él, precisamente a él. Experimentó un visible sobresalto y se encogió como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago. Impelido por el miedo, habló con uno de sus compañeros, probablemente comunicándole que una urgencia le impedía continuar trabajando, y se abrió paso con precipitación iniciando una fuga descarada.

Antes de que llegara a la puerta que salía de la cadena de despiece, Lou ya corría hacia aquel extremo de la galería y me arrastraba con él. El encargado no se fijó en nosotros porque todavía estaba abroncando a los hombres que bailaban alrededor del ternero agonizante.

Desde lo alto de la escalera pudimos ver a nuestro hombre cruzar el distribuidor corriendo como si lo persiguiera el demonio y meterse por la puerta que conducía al vestuario.

Formidable la agilidad y rapidez con que Lou se lanzó escaleras abajo. Lo seguí por inercia, sin saber por qué corríamos, pero también porque habría hecho cualquier cosa para huir de aquel escenario infernal.

Irrumpimos en el vestuario como una explosión. El hombre de la

barba negra se estaba quitando el mono blanco, pegó un grito al vernos, se arrancó la prenda de ropa de las piernas como pudo y continuó su carrera enloquecida.

—¡Yo controlo la otra puerta! —gritó el agente federal lanzándose por el corredor que formaban las taquillas metálicas a la derecha.

Nuestro objetivo huyó en la misma dirección por el corredor de la izquierda. Yo fui detrás de él. Desesperado, cargó contra las taquillas en un intento de volcarlas y entorpecer la carrera de Lou. No lo consiguió y, además, se entretuvo lo suficiente como para que yo lo alcanzara. Descargué mis manos con fuerza sobre sus hombros con un golpe seco que lo clavó en el suelo.

Se detuvo, se encogió, y yo me pregunté por qué estábamos persiguiendo a aquel pobre hombre.

Lou llegó hasta nosotros y agarró al hombre de la muñeca con aquellos dedos que parecían de hierro. Recordé el abrazo que me había dado en el aeropuerto y se me ocurrió que en ese momento no debía de circular la sangre por aquella extremidad enclenque.

Cedí la palabra a mi amigo porque no sabía qué decir.

—¿De dónde salían esos hígados que llevabas? —soltó Lou.

El hombre delgado de la barba negra y los ojos inmensos no podía responder. Su corazón todavía estaba por encima de las ciento cuarenta pulsaciones por minuto. Sus pulmones necesitaban oxígeno y trataba de absorber por la boca todo el aire que era capaz de inspirar. Miraba a Lou asombrado y desconcertado. Movía los labios y no le salía ningún sonido. Al fin, balbució:

—De… de las vacas, señor.

—¿Pero de qué vacas? ¿Cómo se puede saber de qué vaca ha salido cada hígado?

El hombre temblaba, azorado. Movía la cabeza en sentido negativo; con la mirada parecía buscar la respuesta por el suelo.

—No sé, señor. No se puede. Todos se mezclan.

—¿Todos los hígados se mezclan?

—Sí, señor.

—¿Qué estabas haciendo mal?

—Nada, señor.

—¿Por qué corrías? ¿Qué te pasa?

Con lágrimas en los ojos, el hombre suspiró y dijo lo que necesitaba decir:

—Por favor, tengo esposa y dos hijos.

—Documentación —pedí, por costumbre.

El hombre me miró espantado.

—No la llevo encima —dijo en un castellano muy precario.

—¿De dónde eres? —preguntó Lou con un sutil cambio de tono.

—Soy de Marruecos, señor.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Hace dos años, señor. Vine con el bus de Roma.

—¿Con el bus de Roma?

—Hay una línea regular de Rabat a Nápoles que sale diariamente y es la forma más sencilla para llegar a Barcelona.

—¿Y por qué te escapabas? ¿Por qué huías? —intervine, empezando a entender cuáles eran las intenciones del agente federal—. En cuanto has visto que éramos policías, te ha entrado el canguelo. ¿Qué tienes que esconder?

—Nada.

—¿Nos lo cuentas aquí o nos lo cuentas en la comisaría?

—Señor, hace siete meses que trabajo aquí, entro a las cinco de la mañana y salgo a las cinco de la tarde y algunos días más tarde.

—¿Nos lo cuentas aquí o nos lo cuentas en la comisaría?

Claudicó.

—No tengo papeles y no debería estar trabajando. —Ahora ya sabíamos por qué corría—. Si me expulsan de España es mi ruina para mí y para mi familia. Por favor. Cuesta mucho encontrar un trabajo. —Muy angustiado, miraba hacia la puerta—. Por favor, señor. Si el jefe piensa que tengo problemas con la policía, me

despedirá. Si me pone las esposas, me despedirá.

Lou se relajó y aflojó la presa.

—Mírame. Anda, mírame. —Movió los dedos de la mano derecha entre los dos rostros para atraer su mirada. El otro obedeció, derrotado y sumiso—. ¿Cómo te llamas?

—Mohamed, señor.

—Mira, Mohamed: te vamos a dar un número de teléfono donde podrás llamarnos. Piensa en algo que pueda interesarnos de este matadero, algo que ellos no quieran que sepa la policía, y llamarás al sargento —se refería a mí— y se lo dirás. ¿Me has entendido? Nadie lo sabrá. Y, si podemos, el sargento te echará una mano para que consigas tus documentos. ¿Verdad, sargento?

Yo estaba detrás del hombre, que no pudo verme responder a Lou con una mueca de duda. No me gusta comprometerme si no estoy seguro de poder cumplir.

—El permiso de trabajo —dije con timidez.

Lou continuó como si hubiera hecho un juramento solemne.

—¿Lo ves? —Los tres teníamos la atención puesta en las dos puertas de acceso al vestuario. Supuse que estaban entretenidos con el ternero sobreviviente y alborotador. Ninguno de nosotros quería que nadie interrumpiera nuestra conversación. Hablábamos deprisa—. Ahora, diremos que te hemos confundido con otra persona y aquí no ha pasado nada. Hablaremos luego. Pero, si no nos ayudas, no podrás continuar matando vacas en este maravilloso lugar.

—Pueden confiar en mí. Quiero ser su amigo.

—Nosotros no queremos un amigo, Mohamed. Queremos un policía. ¿Tú quieres ser policía? Te podemos pagar dinero dependiendo de los casos que resuelvas. Te haremos un contrato y lo vas a firmar. ¿Lo has entendido bien? Un contrato. —Le entregué una de mis tarjetas—. Llamarás al sargento en cuanto sepas alguna cosa interesante del matadero. ¿Entendido? Venga, repite lo que te

he dicho, a ver si lo has entendido.

La puerta que daba al infierno de los sacrificios se abrió y un trabajador entró fingiendo que iba a lo suyo, pero la mirada que nos dedicó hacía pensar que afuera quizás empezaban a hacerse preguntas. Teníamos que acabar la entrevista.

El magrebí repitió las palabras del americano. Había entendido que ahora trabajaría para la policía, que firmaría un contrato y que me telefonearía si veía algo raro en el matadero. Lou sacó de su chaqueta un bolígrafo y un cuaderno y se lo dio.

—Pon aquí tu nombre, la dirección donde vives y un número de teléfono donde podamos llamarte. Que se entienda.

Mientras escribía, Mohamed hablaba deprisa.

—Vivo en Manlleu, con mi familia, en los pisos García. Señor, aquí me necesitan. Hago bien mi trabajo. Sé matar los animales como regula nuestra religión. Cada vez hay más clientes que quieren carnicerías halal, musulmanes, y tenemos que sacrificar los corderos de una manera especial. Yo soy el único del matadero que lo sabe hacer.

Minutos después, nos reuníamos con Turín y Teresa Requena y nos despedíamos de Pere Lluís Prats, el gerente canoso, que todavía parecía preocupado.

—Me han dicho que han tenido un problema con uno de nuestros trabajadores…

—No, no, de ninguna manera. Ha sido un malentendido. Culpa nuestra.

Abandonó el tema automáticamente. Le interesaba mucho que las cosas continuaran como estaban.

Salimos los cuatro policías y fuimos hacia el coche que había dejado en la plaza catorce.

—Tenemos localizadas tres granjas de donde pueden haber salido las terneras infectadas —comentó Teresa por el camino—. Mañana nos pondremos a ello. Danos tiempo —añadió, como si le hubiera

metido prisa—. Somos pocos y no podremos hacer una entrada y registro en las tres a la vez. Y en cuanto entremos en una, las otras se van a enterar. Así que tenemos que estudiar muy bien la situación y andar con cuidado.

—Por lo que nosotros hemos podido ver —informé—, los hígados y el resto de las vísceras de todas las terneras sacrificadas van a parar a unos recipientes de plástico, todo mezclado, sin ninguna referencia que indique a qué animal corresponde cada uno de los órganos.

Cabeceamos todos porque no era una buena noticia.

Salimos del recinto del matadero y, una vez fuera, Turín y Teresa fueron a buscar su coche. Quedamos en que nos encontraríamos en la Dirección General.

En cuanto arranqué dirección Barcelona, Lou exclamó, muy satisfecho de sí mismo y de las lecciones que impartía:

—El confidente. Siempre hay que buscar al confidente. El que está dentro y lo sabe todo. Nosotros estamos fuera y no sabemos nada. Cuando he visto cómo nos miraba Mohamed, he sabido que nos iba a contar todo lo que nadie nos iba a contar. Si Mohamed no te telefonea, lo llamas tú y lo primero que tienes que decirle es que necesitas saberlo todo. Todo es todo. Él no sabe lo que es importante y lo que no, así que va a tener que contártelo todo. Cómo se llama la mujer de su compañero, qué hace su jefe tanto tiempo en el lavabo y a qué colegio lleva a los niños. Todo.

—Verás, Lou, tienes razón, así es como se hace en tu país —dije, prudente—. Pero aquí… Yo no voy a firmar un contrato con este confidente, ni le voy a pagar un dinero, ni me voy a comprometer a nada con él. No puedo garantizarle un permiso de trabajo.

Me miró un poco contrariado.

—¿Ah, no? ¿Ustedes no tienen informantes?

—No nos dejan negociar con los delincuentes.

—En los Estados, a un tío como Mohamed le hacemos firmar un contrato donde aparecen las condiciones de su colaboración. Cuánto

va a cobrar, cuánto tiempo va a trabajar con nosotros, que no puede cobrar dinero de otra agencia del Estado, que no puede mentir ni inventarse nada, que si tiene que cometer un delito nos lo tiene que comunicar inmediatamente, cosas así.

—Aquí, los servicios jurídicos dicen que, si firmamos un contrato en esas condiciones, al tipo en cuestión lo estamos haciendo funcionario. Tendría derecho a carnet de paro, y a cotizar la jubilación…

—Estáis locos. —Me contemplaba condescendiente desde la cumbre de su veteranía—. Así nadie querrá colaborar —sentenció.

—Ya te dije que aquí es muy diferente de tu país.

# 14

# Segunda explosión de violencia

El malcarado Daniel, que parecía tener vocación de poli malo, se acercó por detrás y dijo:

—Otra vez los mexicanos.

Segunda interrupción irritante de la mañana.

La primera interrupción irritante la había protagonizado la cabo Reme cuando yo estaba concentrado en el estudio de las intervenciones telefónicas, elaborando un organigrama en la pizarra. Había escrito los nombres de los comunicantes presididos, en el centro, por la misteriosa figura de Juan José Monteseco, aquella presencia que identificábamos con Papá, que no había querido aceptar cien millones en su casa porque aseguraba que ni tenía, ni había tenido, ni quería tener nada que lo involucrase en nada. Con líneas rectas que se entrecruzaban y formaban una telaraña, había conectado unos nombres con otros, puntualizando quién le había dicho qué a quién y probando si la suma de medias verdades daba como resultado una certeza convincente que la jueza nos aceptara para seguir avanzando; y en ese proceso me desconcertó la voz cantarina de Reme.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres ahora? —La recibí contrariado porque no me aclaraba.

Que había telefoneado a casa de Gabriel Gavilán y no había podido hablar con él, sino con su esposa, una mujer muy nerviosa, más que nerviosa, histérica, que le había dicho que Gabriel no estaba, que ella no sabía dónde se encontraba, que había desaparecido y que la culpa de su desaparición era nuestra.

La afirmación hizo que mi mente se desprendiera definitivamente

del organigrama y se centrara en lo que me contaba la cabo.

—Sí, que la culpa es nuestra porque le pedimos que se arriesgara; había estado trabajando para nosotros, se había metido donde no le llamaban y ahora «vete tú a saber lo que le ha pasado».

—A ver, a ver —la frené, solicitando calma y detalles.

—Su marido le había dicho que estaba elaborando una lista de médicos estafadores para nosotros. Que se la habíamos pedido. Ella ya le avisó de que se estaba metiendo en camisa de once varas, pero él que no y que no, y que tenía la obligación de colaborar con la policía, así que siguió con aquella lista. Y el viernes 24, salió para traernos la maldita lista y ya no volvió. El sábado 25, el día de la inauguración de los Juegos, la mujer, que se llama Lourdes, fue a buscarlo a la segunda residencia que tienen en Arenys de Munt, en una urbanización en construcción que se llama Sol y Sal, y allí no estaba. Casi ha pasado una semana, no sabe nada de Gabriel y está convencida de que le ha pasado algo grave, y de que es por culpa de nosotros, que le obligamos a colaborar en una investigación criminal.

—Bueno, le preguntarías…

—Le he preguntado todo lo preguntable, no he sacado nada. Que ella no tiene ni idea de lo que estaba haciendo su marido, ni de lo que nos contó de Monteseco ni del maletín, ni de en qué consistía la lista que elaboraba. Lo único que tiene claro es que la culpa es nuestra.

Entonces fue cuando llegó el malcarado Daniel por detrás, segunda interrupción irritante de la mañana, y soltó:

—Otra vez los mexicanos.

—¿Los han pillado? —pregunté.

—No.

—¿Los han identificado?

—No.

Daniel lo resumió en un titular:

—Han atropellado a un agente de la Guardia Urbana, que está ingresado grave, pronóstico reservado, y han disparado contra otro en Poblenou.

—¿Disparado?

—Ráfaga de subfusil.

Luego, hablé con Martí Román y, más tarde, con Margarita. Al fin, nos reunimos los tres a la hora de la comida y pude reconstruir la historia.

El día 29, mientras nosotros estábamos en el matadero, Margarita González había recibido un soplo. El confidente no era cualquiera: se trataba del hijo mayor de la Abuela Klimovski, uno al que llamaban «Miño» porque decían que había sido engendrado en Orense. A otro de sus hermanos lo llamaban «Ebro» y a otro «Guada», por Guadalquivir.

A Miño le habían llegado noticias de que la policía andaba buscando a un par de peligrosos mexicanos, y empezó diciendo que él «a lo mejor sabía algo».

Margarita se avino a negociar, y él le contó que un amigo de un amigo le había dicho que por la ciudad andaban un par de mexicanos con actitud arrogante y exigente, que al parecer venían del cártel de Guadalajara y estaban haciendo un estudio de mercado. A los Klimovski, que toleraban mal la competencia y menos la de grandes multinacionales, no les interesaba que anduvieran revoloteando por aquí. Que, si Margarita quería, se los podían ofrecer en bandeja envueltos en celofán y con un lacito rosa.

Margarita quería, claro que sí, y entonces Miño le aseguró que, en la noche siguiente, la del jueves 30 al viernes 31 de julio, de madrugada, los dos mexicanos pasarían con toda seguridad por el puente de Vallcarca en un Mercedes W140 matrícula B-1846-MX.

—Y, si necesitáis un motivo para detenerlos —añadió Miño después de una pausa—, yo os daré uno. Tenencia ilícita de armas.

—¿Van armados? —se extrañó Margarita.

—Sí, andaos con cuidado porque tienen, al menos, dos fuscas limpias: una Glock 22 del calibre 40 y un revólver Ruger SP101 calibre 357 mágnum. Y me parece que también tienen un subfusil Uzi Mini del 9×19 mm Parabellum. O sea, que ojo con ellos.

—Los mexicanos que buscamos no andaban armados —dijo la inspectora, suspicaz.

—Pues ahora ya lo están. Por eso te digo que más vale que les paréis los pies.

Miño Pertierra —su madre era Klimovski y se había casado con uno de los Pertierra de San Roque— cortó la comunicación. Margarita lo maldijo y enseguida ató cabos. Se volvió hacia Salinas el Joven.

—Un representante de la familia de traficantes de armas más importante de la ciudad me llama para decirme que los mexicanos ya están armados; y, además, sabe qué armas tienen, de qué marca, de qué modelo y de qué calibre. ¿Qué te hace pensar eso?

—Que saben dónde estarán los mexicanos, a qué hora y en qué coche porque el jueves por la noche les van a vender las armas. No quieren perder el negocio, pero no les interesa tener a competidores del cártel de Guadalajara corriendo armados por su ciudad. Así que les dan las fuscas, cobran la pasta y cuentan con que nosotros los apartemos de circulación. ¿Los vamos a apartar de circulación? —preguntó Salinas.

—A los mexicanos y al puto Miño Pertierra, si las cosas nos salen bien.

Así que Margarita montó un operativo descomunal en los alrededores del viaducto de Vallcarca en la noche del 30 al 31 de julio. Un destacamento camuflado se puso al acecho en el mismo puente; una serie de coches Z se desplegaron por la maraña de calles y callejuelas que hay alrededor de la plaza Mons, donde calcularon que se iba a realizar la transacción de compraventa de armas.

La cosa salió mal. De una forma u otra, una furgoneta Volkswagen

T4 con los dos mexicanos se escabulló entre tanta vigilancia, porque los agentes estaban esperando un Mercedes W140 matrícula B-1846-MX. Y porque, sobre las cuatro de la madrugada, localizaron el Mercedes W140 matrícula B-1846-MX circulando por la Travessera de Dalt, cerca de la plaza Lesseps, y todos los efectivos se movilizaron en aquella dirección.

Bloquearon el vehículo, saltaron a la calzada un montón de agentes protegidos con chalecos antibalas y empuñando pistolas, dispuestos al tiroteo, y Margarita, en primera línea de fuego, se cagó en todo cuando vio que del Mercedes se apeaba Miño Pertierra manos arriba y diciendo «no disparen, no disparen, que soy yo».

Una Margarita enfurecida cayó sobre él y le ciñó las esposas diciéndole: «Hoy pringas, por mi madre que pringas, te lo digo yo que pringas». Miño Pertierra protestaba: «Pero ¿por qué?, ¿qué he hecho?, si yo no he hecho nada».

Lo llevaron a la central de Vía Layetana, y allí se aclaró todo. Convencido de que no podían hacerle nada porque no tenían pruebas de nada, porque delante del juez podía decir que la policía se lo inventaba todo y porque en cualquier caso contaría con la asistencia de un buen abogado, Miño Pertierra reconoció que se había encontrado con los mexicanos en un callejón próximo al viaducto de Vallcarca y que estos se la habían jugado.

Los mexicanos habían acudido a la cita y traían mucho dinero, más del convenido. Y una vez zanjado el arreglo que tenían que hacer (y que Miño no precisó en ningún momento), uno de los dos mexicanos, bajito y panzudo, con grandes patillas y un apósito en la mejilla izquierda, dijo:

—No me gustó que me preguntara usted cuál era la marca y la placa del carro en que íbamos a venir.

—Tenía que saber a quién vendía el material y usted no quiso decirme su nombre.

—Está bien. Cada cual tiene sus métodos. ¿Sabe una cosa? Yo

siempre digo que, cuando una situación huele a trampa, suele ser una trampa. De manera que le propongo un trato al que no se podrá negar. Yo le doy el triple del dinero que usted me pidió y me llevo su camioneta. Y usted se queda con mi Mercedes, que es de alquiler. Así, seguro que no hay trampa, y yo me voy tranquilo.

Los dos mexicanos se fueron en la furgoneta Volkswagen T4 de los Klimovski.

Evidentemente, en el Mercedes que le dejaron a Miño no había ni armas, ni dinero, ni nada comprometedor. Había sido alquilado en Barcelona por un tal Juan Ignacio Bordón, de nacionalidad mexicana.

Bueno, al menos teníamos un nombre, aunque probablemente falso. Juan Ignacio Bordón. Y sabíamos que Pau Palau le había roto la cara a uno de sus dos contrincantes.

Mientras se desarrollaba el interrogatorio de Miño Pertierra en Vía Layetana, a las cinco menos veinte de la mañana, una furgoneta Volkswagen T4 doblaba una esquina de la calle Roger de Flor y se metía por la calle de Alí Bei a contradirección. Evidentemente, fue un error nada premeditado, un incidente sin importancia, no circulaban coches y el conductor se detuvo con la intención de dar marcha atrás o hacer un giro, pero había un agente de la Guardia Urbana en la acera, vio la maniobra y salió corriendo a la calzada haciendo aspavientos para indicar que se estaban equivocando. Y el conductor, en lugar de rectificar, pisó el acelerador, embistió al policía y continuó a toda velocidad en dirección contraria. El otro agente, que estaba en el coche, dio la alarma por radio y, una calle más allá, delante de la estación del Norte, otra patrulla de la Guardia Urbana conectó sirena y luces y se lanzó tras el infractor.

Entonces, como en las películas, el acompañante de la furgoneta fugitiva se asomó por la ventanilla y disparó una ráfaga del 9×19 mm Parabellum.

Estalló el parabrisas; el agente, asustado, giró a la izquierda y se

empotró en la puerta de un supermercado.

La Volkswagen T4 se perdió entre el tráfico y la encontraron dos horas después, envuelta en llamas, en un descampado de Badalona, cerca de la estación. Quedó destruida de tal forma que no se pudieron localizar huellas con el menor valor identificativo.

Cuando se lo conté a Lou, reflexionó un instante y concluyó:

—No son grandes jefes. Porque no son inteligentes. Actúan como imbéciles *desperados*. Deben de haber hecho bien algún trabajo en México y sus jefes los han premiado pagándoles un viaje a Barcelona para que vean las Olimpiadas, pero son dos desgraciados sin dos dedos de frente. Se creen muy importantes, cumpliendo una misión imposible, bah… El intento de comprar a Pau Palau fue muy burdo, y este tiroteo en pleno centro de la ciudad ha sido un disparate, una estupidez.

—¿Eso significa que no son tan peligrosos como te temías?

—¿Dos desgraciados estúpidos que se creen los dueños del mundo y armados con Glocks y un subfusil? Son más peligrosos que si hubiera venido Jack el Destripador en persona.

Regresé a casa cargando con esa mala noticia pesada como el plomo, y estaba cenando con mis hijas —«¿qué pasa, papá?, ¿todo bien?», y yo: «el trabajo, un tiroteo en el centro de Poblenou, mala imagen para la ciudad»— cuando llegó la tercera interrupción irritante del día.

—¿Sí?

—¿Sargento? —Una pausa mientras deglutía un pedazo de carne y trataba de adivinar quién era el que me llamaba sargento con acento extranjero—. Soy Mohamed, el del matadero, el carnicero halal.

—Ah, sí, Mohamed.

—Que no tengo nada que decir del matadero, no ha pasado nada, no sé qué decirle, todo va bien, como siempre…

—Pero… —le invite a la adversativa.

—¿Pero?

—Pero algo tendrás que decirme, ya que has llamado, ¿no?

—Ah, sí. No es del matadero, pero es de una granja que nos trae vacas.

—Sí, dime.

—Hay un hombre que se llama Nazario. Trabaja en una granja que se llama Artemisa y esta mañana me ha llamado para encargarme una cosa.

—Sí. Continúa. Qué cosa.

—Usted me dijo que firmaría un contrato. —Me mantuve en silencio—. Y que me conseguiría un permiso de trabajo.

—Bueno. Te lo dijo mi amigo, que es de otro cuerpo de policía. Ya viste que es americano. Lo hablaste con él.

—Tengo esposa y dos hijos.

—Mira, Mohamed: yo hablaré con el director del matadero, que es quien puede regularizar tu situación. Él sí que puede hacerte un contrato y conseguirte el permiso de trabajo. Hablaré con él, te lo prometo.

—¿Y seré policía?

—¿Cómo?

—Su amigo dijo que podría ser policía.

—Eso va a ser más difícil. Por favor, dime lo que querías decirme.

Tardó en hacerlo. Lo que quería decirme era su único argumento para negociar, aunque la inseguridad de su voz chocaba con la seguridad de la mía, y se rindió como lo hacen las personas que dan por supuesta la derrota.

—Un hombre de la granja Artemisa que se llama Nazario. Me ha llamado para decirme que mañana me enviará dos terneras a Manlleu para que las sacrifique y despiece de manera halal.

—¿Hay un matadero en Manlleu?

—Un pequeño matadero. Mahometano. Halal. Yo trabajo allí a veces. Pero no me van a enviar ninguna ternera.

—¿Cómo?

—Eso me dijo. Me va a pagar bastante dinero, y me enviará todos los papeles conforme las terneras han sido sacrificadas en Manlleu, pero no me llegará ninguna. Eso es lo que me ha dicho.

—Mañana, ¿a qué hora?

—A mediodía se supone que llegarían las terneras, si vinieran.

—Nazario ¿qué más?

—No sé qué más. Nazario. Mal hombre, grita mucho, no tiene respeto para nadie, sobre todo cuando se emborracha.

—¿Granja Artemisa?

—Sí. Yo nunca querría la carne de las vacas de esta granja. No las alimentan bien. —Le dejé hablar—. Les ponen medicinas en la comida, y dan muchas vueltas, muchas vueltas, para que se mezclen. No me gustan las vacas de allí.

—Bien —terminé.

La policía no descansa nunca.

Cuando ya había llegado la hora de terminar de cenar, ver un poco de televisión, contarles a mis hijas las aventuras de Ulises y Penélope, y fumarme el último cigarrillo del día, se imponía un nuevo zafarrancho de combate.

—Perdonadme, niñas. Tengo trabajo.

Telefoneé a Turín:

—Ya sé cuál es la granja donde tenemos que intervenir. Se llama Artemisa.

—Granja Experimental Artemisa, S. A. —replicó Turín para demostrarme que sabía de qué le hablaba— y está en Cànoves i Samalús.

—¿Granja Experimental? ¿Qué quiere decir? ¿Qué es una granja experimental?

—No querrá decir nada —respondió Turín—, pero queda bien.

—¿Que hacen experimentos con los animales? Tengo un testigo que asegura que en esa granja mezclan el pienso de los animales con medicinas.

—Sí. Es nuestra candidata. Todas las pistas apuntan allí. El ochenta por ciento de los animales infectados salieron de sus corrales.

—¿Podréis conseguir la orden judicial de entrada y registro para mañana?

—Creo que sí.

—¿Por la mañana?

—Teresa se encargará de ello.

—Me han hablado de un tal Nazario.

—Nazario Sabater. Capataz.

—¿Sabéis si tiene antecedentes? —No hubo respuesta y el silencio era una protesta. En aquellos tiempos, no teníamos acceso a los antecedentes penales de nadie. Había que pedirlos a la Policía Nacional. Sonreí con tristeza—. Se lo preguntaré a Margarita. —Y continué—: También me han dicho que quieren quitarse de encima dos terneras. Como si esperasen nuestra visita. ¿Crees que pueda haber habido una filtración?

Turín se tomó un momento antes de contestar, supongo que calculando si alguno de sus hombres podía haber hablado de más. Siempre puede haber filtraciones. Descartados sus hombres, llegó a una conclusión:

—Tal vez del matadero.

Era muy posible.

—Bueno —me conformé—. Tenemos que plantarnos allí antes de las once de la mañana.

# 15

# Las dos terneras

Le comuniqué a Lou Díaz cuál era el plan del día y, una vez más, renunció a su grada en el Estadio Olímpico para incorporarse a nuestro operativo. Fue el primero en llegar a la Dirección General. Cuando entré en mi despacho, me estaba contemplando con expresión burlona y las manos en los bolsillos.

—Vamos a la recolecta —dijo—. Te dije que los confidentes son imprescindibles. El otro día sembramos. Hoy recolectamos.

En el mismo Ford Escort que nos había llevado al matadero, emprendimos el viaje hacia la granja Artemisa. Ya le había contado un poco por encima los avances de la investigación, y durante el trayecto tuve oportunidad de completarlos con todo detalle.

Por la autopista A7 llegamos a Canovelles y desde allí tiramos hacia Cànoves i Samalús. Por la emisora, nos proporcionaron las indicaciones necesarias para llegar hasta el lugar donde estaba todo el equipo observando la granja.

En una pequeña colina a los pies del Montseny, se habían reunido tantos agentes como había sido posible, de los grupos de Salud Pública que tenía a mis órdenes y todos los demás que se habían ofrecido, porque la granja era muy grande y tendríamos que desplegarnos deprisa y con eficacia en cuanto llegase la orden judicial.

Estaban Agustí Prosper, con su aire reticente de estar preparando alguna travesura; Daniel, el torvo, cejijunto y mal afeitado; Sant Josep; Carmen, tremenda con su chupa de cuero negra, y Elvira, de ojos deslumbrados y deslumbrantes, que se reunieron en torno a mí y a Lou en cuanto nos apeamos del coche. Era evidente que cedían

la iniciativa a Turín, Xavier y Miquel, que estaban en lo del clembuterol, a las órdenes de Pau Palau, desde el principio.

Turín llevaba unos prismáticos colgados del cuello y me los entregó mientras nos aproximábamos al punto de observación. A nuestra espalda, las cumbres más altas de la cordillera y, por debajo de donde estábamos, a la derecha, la enorme extensión de la explotación ganadera.

No tenía el aspecto que yo esperaba de una granja. Si te fijabas bien, podías ver lo que antaño había sido una masía clásica, grande, sin duda próspera, pero seis naves industriales, un gran silo con propaganda de una harinera, lo que parecía una depuradora y un edificio de dos plantas de mediados del siglo XX apabullaban la antigua construcción de piedra y la hacían parecer ruinosa. Habían convertido una empresa familiar en un complejo industrial de primera magnitud al que se accedía por un arco pretencioso en el que se podía leer GRANJA EXPERIMENTAL ARTEMISA, S. A. Lo estropeaba todo que fuera una sociedad anónima orgullosa de serlo. Una industria sin alma donde los terneros no eran animales, sino piezas de una cadena de montaje, números sobre el papel sin más significación que aumentar las sumas de la cuenta corriente.

Me pregunté el porqué del nombre, Artemisa. La diosa griega de los animales salvajes y de la virginidad. El porqué de la palabra «experimental» empezaba a hacérseme más comprensible. Si se suponía que realizaban experimentos de algún tipo, les resultaría más fácil justificar la presencia de algunas sustancias químicas que pudieran considerarse sospechosas.

En el patio, entre balas de paja, había un par de tractores, rejas para labrar, remolques, una retroexcavadora, una hormigonera y los restos de un andamio medio desmontado, lo que daba una cierta sensación de abandono y desorden. No parecía que allí fuéramos a encontrar batas blancas ni corbatas. Cuatro o cinco hombres estaban cargando un camión y, aunque desde donde estábamos no

se veía ganado, se podían oír sus mugidos. Imaginé a las vacas unas pegadas a otras en hileras infinitas, encerradas en las naves, estacadas delante de los comederos llenos de pienso. Ninguna de ellas sería uno de esos ejemplares que vemos en libertad por el campo, comiendo y rumiando felices y contemplando el paso de los trenes.

—¿Ves al de la camisa de cuadros, con boina, el que ahora pega gritos? —Lo localicé enseguida. Se hacía notar—. Creo que es Nazario Sabater. ¿Has averiguado si tiene antecedentes penales?

—No los tiene —dije, casi lamentándolo.

Le pasé los prismáticos a Lou y, en aquel observatorio entre árboles y matorrales, me sentí como el general que espía el campamento enemigo antes de dar la orden de atacar.

—¿Y Teresa? —pregunté.

—Está en el juzgado de Girona para sacarle al juez la autorización de entrada y registro.

—Juez Ridao, ¿verdad?

—No. —Turín trataba de amortiguar la mala noticia—. Hoy es uno de agosto y sábado. Ridao empieza sus vacaciones y vamos a tener que lidiar con su sustituto.

—Pero… ¿Un sustituto? No debe de conocer el caso. ¿Tú crees que nos lo va a firmar?

—La secretaria judicial, una que se llama Lita Clavel, nombre de folclórica, conoce el caso de sobra y en estos meses se ha hecho muy amiga de Teresa. Vamos a ver. Hemos organizado todo el operativo, con todo este personal, porque me ha jurado que lo conseguiría.

—¿Antes de las once?

Apretó los labios. Eso ya no me lo podía asegurar.

Retrocedimos junto a los coches, encendimos unos cigarrillos y saludamos a algunos de los agentes que aguardaban y vigilaban, comentando lo que habían visto hasta aquel momento, que no era

gran cosa.

Lou Díaz se impacientó enseguida.

—¿Qué hay que hacer ahora aquí?

—Esperar la orden del juez.

A Lou Díaz no le gustaba esperar.

Xavier llamó nuestra atención.

—Atención: están cargando un camión con dos terneras.

Corrimos al mirador oculto entre los árboles. Por los prismáticos pude ver que las dos terneras ya estaban dentro de un camión de caja muy grande donde se podía leer GRANJA EXPERIMENTAL ARTEMISA, S. A. Dos empleados apartaban la rampa por la que las habían subido al vehículo, y el hombre de la camisa de cuadros cerraba con llave la puerta posterior y se dirigía a la cabina del camión. Iba a conducir él y no parecía que nadie fuese a acompañarle.

—¿Ese hombre manda mucho? —preguntó Lou Díaz, en ese tono que sugería que nos estaba haciendo notar algo muy significativo—. ¿Y conducirá el camión él personalmente? Debe de ser un envío muy importante y no quiere que ninguno de sus empleados sepa adónde lleva a los animales. Sospechoso.

—Vamos a ver adónde va —decidí—. Nos encargamos nosotros. En cuanto llegue la orden del juez, si no hemos vuelto, empezad sin esperarnos.

Volvimos a ocupar el Ford Escort, retrocedimos hasta la carretera y esperamos la salida del camión. Lo vimos pasar bajo el arco y enfilar la carretera dirección la Garriga.

Era un viejo camión Ebro muy maltratado, sucio y con ribetes de óxido, que corría con movimientos descoyuntados, como si todos sus tornillos se hubieran aflojado. Se me ocurrió que, si solo llevaba dos terneras, debían de ir bailando dentro, zarandeadas de un lado para otro.

No había muchas bifurcaciones en el camino, de manera que pudimos darle ventaja para que no se fijara en nosotros. En la

Garriga tomamos la nacional 152 hacia Vic.

Era sábado, primero de agosto y había un tráfico nutrido de veraneantes y domingueros que huían del calor bochornoso de la ciudad buscando la belleza y el frescor de las montañas.

Reflexionó Lou:

—Esas dos terneras están infectadas de clembuterol y quieren quitarlas de en medio antes de que entréis en la granja.

—Eso pensé yo. Pero, desde el mes de mayo, cuando se produjo la intoxicación, han tenido tiempo de sobra para librarse de ellas.

—Se creían a salvo. Nadie los molestó en mayo, ni en junio, ni en julio. Un trimestre sin problemas ya les pareció la impunidad absoluta. Pero, ahora, alguien los ha avisado de que ibais a venir y les han entrado las prisas.

Al llegar al desvío de Tona, donde se encuentra el restaurante 4 Carreteras, el camión Ebro abandonó bruscamente la nacional, a punto de provocar un accidente con un coche que circulaba en sentido contrario, y se perdió dirección a Seva y Taradell. Con el Ford Escort, giramos hacia Seva y Taradell.

A partir de ese momento, el camión empezó a ir más deprisa de lo prudente. Tuve que acelerar para no perderlo y empecé a sospechar que había notado que le seguíamos. Corría demasiado. Su caja traqueteaba como si estuviera medio despegada. Las dos terneras debían de ir tambaleándose como borrachas.

—Nos ha mordido —reconocí, cabreado.

Llegamos a la bifurcación de Vic y Viladrau y eligió el camino de Viladrau.

—Pon el pirulo —dije—. La luz que está debajo de tu asiento.

Lou soltó una risita complacida. Le encantaba la acción. Bajó el cristal de la ventana y colocó el girofaro sobre el techo del vehículo. Accioné el dispositivo y sonó el aullido policial en dos tonos y la luz azul ensució el paisaje idílico de prados y bosques.

La confesión inequívoca de culpabilidad es que el delincuente

acelera cuando la policía avisa de que va tras él. Nazario aceleró.

Lou hacía observaciones de vez en cuando.

—No te pegues tanto, comandante.

El camión dio un giro tan brusco que dos ruedas se le despegaron del suelo.

—Ese tío se va a matar.

Íbamos por una carretera estrecha y con muchas curvas. La velocidad del camión ya era excesiva y casi podía oír el golpeteo de las terneras en la caja. Un coche que venía de cara tuvo que pegar un volantazo para esquivarlo y su claxon sonó como un grito de espanto. En la siguiente curva, el camión ya había adquirido vida propia y había decidido suicidarse. La tomó por la izquierda sin la menor visibilidad. El capataz debió de asustarse tanto como nosotros y quiso corregir su trayectoria enloquecida, pero la corrección fue excesiva y se fue hacia el otro lado de la carretera, a la derecha, con un zigzag sin ningún control. El conductor pisó el freno con demasiada fuerza y, de pronto, el camión se precipitó hacia el bosque que bajaba en pronunciada pendiente.

Abandonó el asfalto, volcó y chocó violentamente contra un árbol.

La caja se arrugó como si fuera de papel y se abrieron las puertas de atrás.

Nosotros pasamos de largo, frenamos en seco, nos detuvimos en la cuneta y salí del coche de un salto.

Al estrépito del accidente siguieron unos mugidos agónicos y agudos que se alzaron por encima de las copas de los árboles, buscando los ecos de las montañas.

Bajamos por la empinada ladera hacia el camión, que había quedado desarticulado, de lado, entre dos encinas. La ternera que berreaba estaba intentando salir del vehículo arrastrándose en una postura grotesca, pero no lo conseguía. Miraba y gritaba con un sentimiento que rompía el corazón. La luz azul de nuestro vehículo centelleaba en la carretera. La sirena seguía chillando.

El capataz salió de la cabina, lentamente, con movimientos agarrotados, por la puerta que había quedado mirando al cielo. Le ayudamos a bajar.

—¿Cómo se encuentra? ¿Le duele algo? —pregunté.

No lo parecía. Nazario Sabater, enfurruñado y mirando al suelo, movía los brazos para comprobar si todo seguía en su sitio.

—Avisaremos a una ambulancia.

Cuando intentó andar y demostrarnos que estaba la mar de bien, tuvo que apoyarse en el camión volcado.

Lou lo agarró del brazo.

—Siéntese aquí, en esta roca.

—¡Suélteme! Estoy bien. Me duele un poco la pierna, pero nada más. Gracias. No necesito ambulancia. El camión se me ha ido de las manos. He entrado en la curva demasiada deprisa.

Se sentó en la roca y se agarró la cabeza con las manos, mareado, muy pálido.

Me acerqué a la ternera herida, que no paraba de bramar en diferentes tonos, y me dejé emocionar por aquellos ojos tan grandes, tan bonitos y desconsolados. En el interior del camión, pude ver que la otra ternera estaba caída y quieta como una piedra.

Por la radio del coche comuniqué con Turín y le expliqué lo que había sucedido. Solicitaron una ambulancia y una grúa capaz de remolcar un camión de más de cinco mil kilos, y otro camión que pudiera trasladar dos terneras al matadero más próximo.

Cuando volví a bajar adonde estaban Nazario y Lou, el capataz empezaba a reaccionar y levantaba la voz a Lou Díaz.

—¡Creía que eran ladrones!

—¿Ladrones con la luz de la policía y la sirena? —replicaba Lou con energía de agente federal norteamericano—. ¿Así es como roban los ladrones en este país?

—Ahora esperaremos aquí —dije cuando llegué a su lado— a que vengan los médicos que tienen que examinarle, y la grúa que se

llevará el camión.

El capataz asumió que yo era quien ostentaba la autoridad y se dirigió a mí para protestar con tanta convicción como le permitía su estado físico:

—¿Y ahora quién me paga todo esto? ¡Las terneras, el camión…! ¿Quién me lo va a pagar? ¿Y este tío quién es? —Señalaba a Lou—. No me han enseñado sus carnets. ¿Cómo sé que son policías de verdad?

Planté la placa y el carnet ante su nariz.

—¿Lo ve claro ahora? ¿Además de la luz del coche y la sirena?

La ternera sobreviviente mugía y mugía.

En la carretera, los coches aminoraban la velocidad para disfrutar del espectáculo de un accidente entre los árboles. Pensé que los gritos dramáticos de la ternera debían de causar la alarma en todo el valle.

—Hay que matar a ese pobre animal —dijo el capataz—. Que no sufra más.

La ternera trataba de levantar la cabeza entre las puertas retorcidas de la caja del camión y mugía con tono plañidero. No era el grito de alguien que pide socorro, sino de quien suplica porque quiere dejar de sufrir.

Desenfundé la Smith and Wesson y apunté a la frente del animal, allí donde dos días atrás había visto que le aplicaban aquella especie de descarga eléctrica. Y apreté el gatillo.

Se produjo la detonación, un fuerte impacto, y la muerte me pasó rozando el oído izquierdo con un silbido de serpiente rabiosa. En el testuz del animal solo había aparecido una herida superficial de la forma y medida de una moneda.

—¡Ha rebotado! —grité.

—Claro que ha rebotado —respondió el capataz sin disimular su sorna—. ¿No lo sabía?

—¡Pues no, no lo sabía! ¡El rebote podría haberme matado!

—Yo creía que un policía tenía que saberlo.

Aun abrumado por el susto, no se me escapaba el tono burlón del hombre de campo que despreciaba a los ignorantes señoritos de ciudad.

—El rebote también podría haberle matado a usted —le hice notar.

—No —respondió Nazario—. Usted estaba en medio.

Lou Díaz se reía.

Enseguida llegaron dos patrullas de la policía local de Vic, y nuestros compañeros Xavier y Agustí en uno de nuestros coches.

Uno de los agentes uniformados fue directamente hacia la ternera berreante y se disponía a desenfundar la pistola cuando lo avisé:

—¡Cuidado, no dispares! ¡Le rebotan las balas! —Me miró desconcertado y desolado ante mi brote de locura. Tuve que volver a gritar, con más convicción, porque me pareció que no pensaba hacerme caso—. ¡Que nadie dispare a la ternera! ¡Es una orden!

—¿Es una superternera? —comentó Agustí, burlón—. ¿Tiene poderes?

Los envié, a él y a Xavier, a Manlleu para que localizaran a Mohamed y lo trajeran a prestarnos sus servicios como matarife.

Se presentaron al cabo de poco y fue una maravilla verlo actuar.

Llegó cargado con una bolsa de deporte donde transportaba sus herramientas de trabajo. Lou saludó muy efusivamente a su confidente. Continuaba empeñado en demostrar que era una pieza trascendental en nuestro caso.

—Su colaboración es muy importante para nosotros, Mohamed. La policía catalana estará en deuda con usted.

Me pareció que se pasaba un poco.

Las miradas de Mohamed y el capataz chocaron de lejos con sorda violencia. Casi pudimos oír el estruendo del choque. El magrebí era testigo de que Nazario Sabater le había dado papeles falsos con los que pretendía que las terneras habían sido sacrificadas en Manlleu por el procedimiento halal.

Muy diligente, el carnicero abrió la bolsa de deporte y, con movimientos precisos de profesional, sacó un mazo descomunal. Bajó la pendiente entre árboles hasta la ternera, que se debatía con medio cuerpo dentro de la caja del camión volcado. Se plantó ante ella, miró al suelo en señal de respeto, dijo unas palabras que en aquel momento no oímos, pero que luego supe que eran *Bismillah, Allahu Akbar* («En el nombre de Dios, Dios es el más grande»), y descargó el mazo sobre la testa del animal, precisamente sobre la marca con forma de moneda sangrienta que mi pistola le había abierto. Sonó un golpe estremecedor y se interrumpieron los mugidos en seco; el animal mantenía la cabeza alta, con los músculos tensos y vibrantes.

Mohamed trepó por la ladera, regresó a nuestro lado y guardó el mazo en la bolsa.

La ternera continuaba manteniendo la cabeza alzada con esfuerzo evidente, en un gesto de desafío.

Lou frunció el ceño.

—Eh, Mohamed. Todavía está viva. No la has matado.

—Un minuto, señor, espere un minuto —dijo el profesional de la muerte.

Pasó un minuto eterno, sesenta segundos interminables de resistencia enconada hasta que la ternera aflojó la tensión, los músculos se relajaron de golpe y la gran cabeza cayó al suelo sin vida.

Lou miró a Mohamed como deslumbrado. En aquel momento llegaban la ambulancia, una grúa de grandes dimensiones y apenas detrás de las dos un camión bañera para cargar los cuerpos de las dos terneras.

Habíamos sentado a Nazario Sabater en nuestro coche mientras llegaba la ambulancia. Él quería irse, dependía de nosotros para hacerlo porque no disponía de vehículo y, entretanto, se iba imponiendo la evidencia de que la situación era un tanto confusa.

No podíamos detenerle porque, en principio, no había cometido ningún delito. Solo transportaba dos terneras a alguna parte y había tenido un desafortunado accidente. En todo caso, había cometido una infracción por conducción temeraria o exceso de velocidad, pero por eso no podíamos ponerle las esposas y cantarle sus derechos. Solo después de trasladar las terneras al matadero de Santa Eugènia de Berga, hacerles la necropsia y comprobar que iban ciegas de clembuterol, podríamos acusar al capataz de algo serio; hasta entonces tenía todo el derecho a irse a su casa, aunque fuera cojeando.

Se estaban acercando los paramédicos de la ambulancia cuando el tipo de la boina y la camisa de cuadros, con expresión dura y amargada, levantó la mirada del suelo para buscar mis ojos y dijo, en una especie de desdeñoso eructo:

—Está bien, sí, soy culpable. —De momento, no supe a qué se refería—. Las vacas. Esas terneras. Les hemos dado clembuterol con el pienso. Lo comprobarán con los análisis. Es cosa mía. Yo compro el clembuterol personalmente y alimento a los animales por mi cuenta. Los dueños de la granja no saben nada de eso.

Agustí y Xavier se lo llevaron detenido al juzgado de Vic. Yo me excusé con el pretexto de tener que incorporarme a la entrada y registro en la granja Artemisa, que ya debía estar en curso. Pusieron al juez al corriente de nuestras investigaciones, a las órdenes del Juzgado de Instrucción n.º 15 de Girona, y le informaron de que habíamos detenido al señor Nazario Sabater por un delito contra la salud pública. Les dio un mandamiento para trasladarlo a Girona y para allí se fueron.

En aquellos momentos, Turín, Teresa Requena y todos los demás ya habían exhibido su orden de registro y estaban poniendo la granja patas arriba.

En el viaje de regreso, comentó Lou Díaz como si hablara consigo mismo:

—¿Confiesa sin que tengas que presionarle? ¿Sin que le hayas preguntado nada?

—«Si te pillan —respondí—, toda la responsabilidad es tuya». ¿Recuerdas aquella antigua serie de televisión, *Misión Imposible*? ¿Cómo decían al principio? «Si usted o alguno de los miembros de su equipo son capturados, la Secretaría negará todo conocimiento de sus acciones».

Añadió Lou:

—«Este mensaje se autodestruirá en cinco segundos».

# 16

# Un montón de excrementos

Llegamos a la granja Artemisa poco después de la una del mediodía y nos dio la sensación de que la operación ya había terminado, y no precisamente bien.

Nuestro equipo estaba diseminado por el gran patio, delante del edificio más moderno, formando pequeños grupos, aquí los de Salud Pública, allí los que se nos habían unido como colaboradores, más allá la comitiva judicial con la secretaria; y los uniformados, los de la Científica; todos fumando y charlando tranquilamente, como si se hubieran tomado un respiro y llenaran el tiempo de cualquier manera. Estaban esperando a alguien.

Aparcamos donde habían aparcado los nuestros, tres coches logotipados y otros sin distintivos, junto al andamio medio desarmado que parecía haberse hundido años atrás sin que a nadie le hubiera parecido oportuno desmontarlo del todo o construirlo de nuevo al considerar que estaba bien así, como una escultura rodeada de malas hierbas. Algo más allá, estaban los tractores, los remolques, la retroexcavadora oxidada y la hormigonera, como artilugios extravagantes y fuera de lugar; y más allá, pero no lo suficiente, un amplio espacio apestoso donde un techado de uralita verde protegía del sol y la lluvia un monumental montón de excrementos junto a una balsa de purines a rebosar.

Al bajar del coche, nos ofendió el pestazo procedente de aquella acumulación de porquería. Lou hizo un gesto de disgusto y me sentí en la obligación de justificar la situación:

—Estamos en una granja de ganado y se supone que tiene que oler así. —Me dirigió una mirada que era como una maldición—.

Seguro que las granjas de los Estados huelen igual de mal.

Nos reímos.

Los mugidos nos hacían coro con una cantilena lastimosa.

En medio del patio, entre el edificio moderno y las naves atestadas de vacas, había un camión de caja descubierta cargado de balas de hierba tan verde, fragante y brillante que parecía recién segada. Un par de trabajadores de la granja vestidos con monos azules se dedicaban a descargarlas sin mucho interés y ninguna prisa, más atentos a la invasión policial que a su cometido.

Nos alejamos de aquella pestilencia al mismo tiempo que Turín venía a nuestro encuentro acompañado de un hombre animoso de pelo abundante y revuelto, gafas de montura invisible y sonrisa forzada, y otro de más de setenta, calvo, modestamente vestido con sahariana y camisa azul sin corbata. Este último era el doctor Brossa, del Departamento de Sanidad de la Generalitat, que tenía que asesorarnos en el terreno científico. Al otro, nos lo presentó Turín como director administrativo de la granja, el hombre que había actuado en representación de la empresa durante el registro.

El doctor Brossa habló con voz grave acercando su cabeza a las nuestras como para contarnos un secreto que no debía oír el de las gafas invisibles:

—Supongo que, como policía, le interesará saber que en esta granja no se toman la molestia de llevar los purines a tratar, como sería su obligación. Se limitan a esperar a que llueva para que el agua los arrastre y los disperse por los campos de los alrededores. Así se ahorran el coste de su eliminación.

La secretaria judicial, cintura de avispa, proporciones de lo más normativas, gafas de actriz mal aconsejada, que se sabe hermosa, pero quiere parecer fea, venía hacia nosotros con andares de modelo en pasarela por si debía hacer constar algo en acta. La acompañaba Teresa Requena. Por lo visto, la secretaria, Ángela Angelita Lita Clavel, había venido junto con Teresa y era evidente

que las unía una buena amistad. Enseguida me di cuenta de que a Teresa Requena le divertía ver cómo mirábamos Turín y yo a la representante judicial y disimulaba sonrisitas burlonas. Mientras hablábamos, intercambiaba miradas de reojo con la belleza, compartiendo la chanza. En algún momento, sentí que me tomaban el pelo y traté de encajarlo con deportividad.

Fuimos presentados, Lou y yo.

—El sargento responsable de la operación.

Le pregunté a Turín:

—¿Resultado del registro?

—De momento, cero —respondió.

—Claro —subrayó el director administrativo alegremente—, ya les he dicho que no había nada que encontrar.

—Faltan muchos papeles —lamentó Turín para compensar la impertinencia— y los pocos que hay están en desorden. Un caos. Tenemos más documentación sobre esta empresa nosotros en Base que ellos en sus archivos. —El director no perdía la sonrisa, como si nuestras palabras le hicieran estar muy orgulloso de sí mismo. El agente continuó—: Hemos tomado muestras de orina, del agua del abrevadero y del pienso que comían las vacas, para analizarlas.

—Me parece bien —les dije—. Hay dos terneras en el matadero de Santa Eugènia de Berga a las que van a hacer la necropsia. Y tenemos la confesión del capataz de esta granja, señor Nazario Sabater, de que están infectadas de clembuterol. —Se fundió la sonrisa del director—. En realidad, está detenido y se lo han llevado al Juzgado n.º 15 de Girona. —Miré a la secretaria, que me premió con una sonrisa—. Y ahora, ¿qué estamos esperando?

—Hemos encontrado una caja fuerte —dijo Turín—, parece que nadie sabía que estaba aquí.

—Siempre que encontramos una caja fuerte, dicen lo mismo —comenté dirigiéndome al director.

—Se ve que está en el despacho del primer propietario de la

granja, que murió hace poco, y dicen que nadie ha entrado en esa habitación desde entonces. Solo Nazario Sabater. Sabían que la vieja caja de caudales estaba ahí, aunque nadie la ha abierto y nadie sabe qué hay dentro, ni conocen la combinación. —Turín ponía cara de incredulidad absoluta—. Ni el director administrativo, ni la secretaria, ni el presidente de la empresa, nadie. Solo Nazario, el capataz.

El hombre despeinado y sonriente negaba con la cabeza y suspiraba lamentándolo mucho, y completó el discurso del agente:

—Solo el capataz, Nazario. Es el único que la abre y la cierra, él sabe lo que hay dentro. Él es el alma de esta empresa. Él es el único que lo sabe todo de todo.

Lo miré a los ojos para que supiera que no le creía una palabra. Intercambié un vistazo con Lou, que estaba de acuerdo conmigo.

—¿Y estamos esperando a…? —pregunté, para que avanzara la conversación.

—Al señor Cros, Francesc Cros del Valle, director general de la empresa y presidente de la junta de accionistas. Él sí sabe la combinación de la caja. Tiene que venir desde su despacho, que está en el centro de Barcelona, claro.

Mientras Turín hablaba, distinguió algo por encima de mi hombro, en la puerta de acceso a la factoría, y me volví para comprobar que un coche espectacular de gama alta, concretamente un Range Rover Classic, venía hacia nosotros levantando polvareda. Ahí estaba el señor Francesc Cros del Valle, presidente y director general.

Se apearon tres hombres vestidos de manera deportiva pero elegante, con pantalones de raya muy marcada, zapatos lustrosos y manos sin callos.

El más importante de los tres, de unos cincuenta años, peinado de peluquería, cada pelo en su sitio, manos de manicura, mirada provocativa de quien no admite órdenes de nadie, de personalidad insolente, se presentó como Francesc Cros del Valle, director general y presidente de la junta de accionistas de la sociedad (lo dijo así

para que ni se nos ocurriera confundirlo con un granjero, campesino, payés ni nada parecido). Los dos que lo acompañaban eran el contable de la sociedad y un abogado de los caros, que nos miraba con hostilidad. A ninguno de los tres parecía afectarles para nada el olor de la mierda acumulada bajo el techado de uralita. Para ellos, era el olor del dinero.

Me presentaron como el responsable de la operación, y el señor Francesc Cros me mostró, como si fuera un talismán protector, un pequeño papel amarillo, un pósit donde había apuntado algo a mano.

—Aquí tengo la combinación para abrir la caja fuerte. He tenido que llamar a Nazario para que me la dijera, porque esto solo lo sabe Nazario.

—¿Lo ha llamado? —me interesé—. ¿Esta mañana?

Petrificó su expresión. Era un embustero profesional y sabía que no le convenía arriesgarse a ser pillado en falta. Recicló el hilo de sus pensamientos y, sin inmutarse, continuó como si nada:

—Lo llamé hace unos días para que me dijera la combinación, porque solo la sabe él. Nazario es el único que abre esa caja fuerte. Y hoy, cuando me han preguntado por teléfono el código, no sabía dónde había metido el papelito. Pero lo he encontrado, aquí está y vamos a abrirla, a ver qué contiene.

—¿Quiere hacerme creer que el único que conoce la combinación de la caja fuerte de esta empresa es el señor Nazario Sabater? —Traté de que el tono de mi pregunta nos recordara a todos el aspecto zafio y obtuso de Nazario Sabater.

El abogado se interpuso entre el gran hombre y yo.

—Permítame. Soy Ramón Ariza Ponce, del bufete de abogados Ariza-Arroyo-Pérez, y soy el representante legal del señor Cros y de la sociedad anónima que regenta la granja. —Se dirigía a la secretaria con énfasis ampuloso y mirando donde no debía mirar—. Quiero remarcar que una ternera puede ser engordada como

quieran sus propietarios. El delito solo se produciría si la ternera fuera destinada al consumo y entrase en la cadena alimentaria.

La secretaria judicial, consciente de que estaba allí en representación del magistrado Ridao, dijo:

—Haga constar todo eso en los escritos que presentará en el juzgado.

Lou y yo intercambiamos un parpadeo escéptico, y emprendimos la marcha hacia el edificio principal. Se fueron añadiendo al cortejo el doctor Brossa, dos compañeros de la Científica, el director administrativo, y accedimos al edificio principal de la granja.

Llenamos un pasillo estrecho, oscuro, antiguo y anticuado y el despacho del fondo. Era una estancia como decorada en el siglo XIX, con candelabro con pantallas de pergamino, tintero y portaplumas de bronce, carpeta de cuero muy gastada, sobre un escritorio voluminoso y pesado de madera que me pareció de ébano finamente labrado. La caja de caudales estaba dentro de un armario, pesada e impenetrable, imponente, de medio metro de altura, de hierro, pintada de color cobre, decorada con un motivo decó y con cuatro diales.

Francesc Cros se agachó delante con gestos de ilusionista a punto de hacer su número estrella y accionó los diales mientras leía, moviendo los labios, lo que llevaba escrito en el pósit.

Abrió como si de allí tuviera que salir una señorita vestida con lentejuelas, y se hizo a un lado para nos asomáramos tanto como nos apeteciera.

Dentro del arca encontramos un montón de billetes de banco de dos mil, de cinco mil y de diez mil que sumaban un total de cuatro millones setecientas mil pesetas. También había joyas antiguas y una pistola para poner implantes a las vacas, pero, sobre todo, lo que más llamó nuestra atención fueron dos cajas de cartón precintadas con cinta adhesiva de la empresa Piensos Artemisa, S. A., que, según constaba escrito en ellas a mano, contenían testosterona y

progesterona. Dentro había veinte cajas más pequeñas con blísteres de diez pastillas donde se podía leer: etaestradiol, trembolona, nandrolona…

Francesc Cros del Valle, alto y un poco fondón, tan elegante, tan convencido de su guapura, con una nariz aguileña que parecía que se la afilaba cada mañana, me dirigió una mirada asustada e indignada.

Leí sus pensamientos tan claramente como si estuvieran escritos con letras de neón en la penumbra. Todo estaba preparado. Si descubríamos el pastel, Nazario se lo iba a tragar él solito. «Si usted es capturado, negaremos todo conocimiento de sus acciones». El director general y presidente de la junta de accionistas, su dueño y señor, le habría prometido: «Tú pones el precio. Cuidaremos de tu familia».

—¿Qué es esto? Bueno, deben de ser productos de los que utilizamos para nuestros laboratorios.

—No, señor —intervino Turín pasando a primer término—. Esto son productos tóxicos que se utilizan para engordar al ganado.

—¿Qué me está diciendo? —exclamó el señor—. ¿Productos tóxicos? ¡Solo Nazario conoce la combinación de la caja! ¡El viejo se la confió!

No era tan buen actor como creía.

Llamaron la atención de Turín especialmente unos frascos que se anunciaban con el nombre «Terminator». Cogió uno y sonrió como si acabara de ganar un trofeo:

—El Terminator. Habíamos oído hablar de él, pero ya dudábamos de su existencia. A Pau Palau le encantará saber que, por fin, lo hemos encontrado. Nos habían dicho que es como yogur para las vacas. Corre la leyenda de que, si una vaca toma Terminator el día antes de llevarla al matadero, nadie puede detectar la existencia de clembuterol. El clembuterol está allí y, por tanto, la carne es absolutamente tóxica, aunque los análisis no lo detectan. Eso es lo

que explica que no controlaran la dosis y se produjeran las intoxicaciones.

Al pie del prospecto, con letra pequeña, se podía leer: PFD. México. Se me aceleraron las pulsaciones. Proveedores Farmacéuticos Delapiedra. Ahí estaban nuestros amigos mexicanos.

La secretaria deslumbrante e inconsciente de su belleza, muy aplicada, iba reseñándolo todo en acta, escrupulosamente, palabra por palabra, al dictado de Turín y del doctor Brossa.

Cuenca, de la Científica, lo grababa todo en vídeo, obsesivamente, para dejar constancia gráfica de la situación.

—Esto es cosa de Nazario —rezongaba Francesc Cros, aparentemente dolido—. Estoy terriblemente decepcionado. Yo, nosotros, hemos confiado ciegamente en él. Suponíamos que se comportaría con lealtad. Nunca le hemos pedido que diera porquerías al ganado. Dábamos por supuesto que alimentaba a los animales de manera sana y natural.

En momentos como este es cuando un policía recapitula y vuelve a los hechos que lo movilizaron. Ciento sesenta y tres personas intoxicadas, entre las cuales, las más graves, dos abuelos y cinco niños menores de diez años. Porque este señor de aspecto honrado y respetable un día decidió que ganaría más dinero, mucho más dinero, si daba de comer mierda a su ganado. Ciento sesenta y tres personas intoxicadas, entre las cuales, las más graves, dos abuelos y cinco niños menores de diez años para que este individuo pudiera ponerse otra piscina en su mansión, o para que pudiera hacer otro crucero por el Caribe o, sencillamente, para que se pudiera estremecer de gusto contemplando estados de cuentas con muchos ceros. Ciento sesenta y tres personas intoxicadas, entre las cuales, las más graves, dos abuelos y cinco niños menores de diez años.

Barbaridades como esa son las que dan sentido a mi trabajo.

Lou Díaz me hizo señales para que me reuniera con él en la puerta. Cedí la palabra y el protagonismo a los expertos de la Científica, al

doctor Brossa y a Turín, y Teresa Requena, que dominaban el asunto mejor que yo, y salí con mi amigo.

Encendimos sendos cigarrillos.

—Como ya te dije en Los Ángeles, yo creo que es obligación de todo buen policía ser mal pensado. Forma parte esencial de nuestra personalidad. —Señaló con su mano humeante por el cigarrillo el camión cargado de hierba fragante que los dos trabajadores aún no habían terminado de descargar—. Si yo fuera un buen policía, diría que ese camión no está aquí por casualidad. Es una puesta en escena. Hierba sana y aromática para demostrarnos que en esta santa casa los animales solo comen productos naturales, frescos y ecológicos. Qué oportuno que hayan llegado al mismo tiempo que nosotros.

Le di la razón. Los dos operarios no tenían ninguna prisa por hacer lo que debían hacer, fuera lo que fuese. Estaban descargando balas de hierba, una a una, con una parsimonia que exasperaba al conductor del camión.

—Vamos a hablar con ellos —sugirió Lou, echando a andar sin esperar mi opinión. Lo seguí—. ¡Eh, amigo!

Los tres hombres se volvieron hacia nosotros. Su aspecto no era nada tranquilizador. Nos miraban como si se estuvieran preparando para un combate. Les mostré mi placa y carnet profesional. Sé que ese gesto no sirve para calmar a la gente, sino al contrario, pero sí es útil para mantenerla a raya. La actitud de Louis, en cambio, era muy relajada, como si estuviéramos acodados en la barra de un bar.

—Qué cabrón el jefe, ¿eh? —dijo—. ¿Un cigarrito? —Los invitó, aceptaron, prendieron el tabaco y soltaron humo—. ¿Sabéis lo que nos acaba de decir, ahí dentro? Que a las vacas les dais de comer vosotros, que él no tiene nada que ver. Que si alguien les ha dado esa mierda tóxica que envenenó a no sé cuánta gente, que él no sabe nada, que aquí los responsables de la comida sois vosotros.

Los dos operarios se miraron con visible aprensión.

—Qué cabrón, ¿verdad? Pero, claro, a la hora de la verdad, será su palabra contra la vuestra. Y él es el que manda, es el dueño de la granja. ¿Y a quién le hará caso el juez? ¿Y vosotros cómo podéis convencerle de que no es verdad? ¿Quién os va a hacer caso? Esta vida es una mierda, *men*. Y los policías la contemplamos desde primera fila, y la mayoría de las veces no podemos hacer nada por evitarlo.

Su público de tres personas no sabía qué decir ni qué pensar.

Unos mugidos más agudos sugerían que pequeños terneros llamaban a sus madres.

Yo observaba la escena distante e inexpresivo, pero siempre maravillado. Disfrutaba de la representación pausada y firme de mi amigo de la DEA. Se volvió de espaldas a los operarios, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir y se dispusiera a alejarse de ellos dejando sus comentarios como una simple advertencia, un hablar por hablar, una fatal sentencia inevitable. De pronto volvió atrás, como quien dispone de todo el tiempo del mundo y no sabe quedarse callado, y continuó un discurso casual: porque estas cosas también pasaban en su país, que él era de los Estados Unidos, agente federal, que lo habíamos llamado porque este era un caso muy gordo con implicaciones internacionales, México (improvisaba), Portugal, Bruselas; incluso un cártel del narcotráfico estaba implicado. Hacía muy grande el caso, inmenso, dando a entender que las penas de prisión serían exageradas, y volvía a ellos, pobre gente, que servirían como cabezas de turco sin culpa alguna. Y, cuando ya parecía que no había ninguna salida, tuvo una idea y, como quien hace un favor formidable y gratuito porque se siente la persona más generosa de la tierra, dijo:

—¿Sabéis cuál es la única solución que se me ocurre? —Pausa dramática—. Si colaboráis con la policía de alguna manera, con alguna información o prueba importante, se demostrará que sois inocentes. Cuando colaboras con la policía, siempre acabas

recibiendo algún favor personal.

Era una propuesta frontal e innegable. Si daba frutos, habría merecido la pena aquella actuación magistral. Si no, tendríamos que probar de otra manera.

Los dos operarios se miraron, agacharon la cabeza, la movieron en señal de negación, desplazaron alguna piedrecita del suelo con la punta del pie, indecisos. Yo ya me había hecho una idea de cómo eran. Uno debía de ser padre de familia, tenía mucho en juego y, si se le presentaba una oportunidad, colaboraría. Al otro lo clasifiqué como delincuente en algún momento de su vida. Miraba a los policías como a enemigos y la posibilidad de cantar cualquier secreto le parecía una traición mortal, insoportable.

El padre de familia habló de repente.

—Miren debajo de la mierda —dijo con la mirada fija en el techado que protegía la montaña de estiércol.

Un instante de silencio. Vi que Lou se ponía alerta. ¿Teníamos que interpretarlo como un exabrupto o como una confidencia? El agente federal confió en su intuición.

—¿Tenéis algo para cavar ahí?

El padre de familia hizo un movimiento hacia donde se oxidaba la vieja retroexcavadora amarilla.

—¿Sabes usarla? —preguntó Lou. El operario asintió—. Pues úsala. Te conviene. —Y dirigiéndose sin manías al que yo consideraba delincuente, le dijo, casi desafiando—: Y tú, ¿qué?

Fue un gesto automático, instintivo. Hacía rato que aquel hombre estaba calculando qué podía decirnos para esquivar las falsas acusaciones, pero todavía no había decidido si colaborar o no. La increpación de Lou provocó un reflejo condicionado y, sin querer, dirigió la vista hacia la hormigonera. En aquel segundo preciso entendí qué era lo que nos quería decir.

Mohamed, el confidente captado por Lou en el matadero, me había dicho que estaba seguro de que en aquella granja ponían medicinas

en la comida de los animales, y «daban muchas vueltas, muchas vueltas, para que se mezclaran los productos ilegales». Y ahí delante estaba, un artilugio diseñado para dar vueltas, muchas vueltas, y mezclar lo que le metieran dentro.

La hormigonera.

Metían el pienso del ganado en una hormigonera para mezclarlo, mezclarlo bien y en cantidades industriales.

Lou Díaz también lo había entendido así.

—*The mixer* —dijo él, porque no sabía decir «hormigonera» en castellano.

—Supervisa lo que hagan aquí —le pedí—. A ver qué hay debajo de la mierda. Yo voy a hablar con la secretaria judicial.

Crucé el patio.

Antes de entrar en el edificio noble de tres plantas, eché un vistazo atrás para comprobar que el padre de familia se había encaramado a la cabina de la retroexcavadora, la ponía en marcha y avanzaba lentamente en dirección al objetivo fijado.

Me abrí paso entre todos los que llenaban aquel pasillo bochornoso y en penumbra, y llegué hasta la secretaria:

—Me parece que debería venir a ver algo ahí fuera.

Salimos juntos justo a tiempo para asistir al espeluznante espectáculo. El hedor de los excrementos revueltos nos recibió como un manto asfixiante y nauseabundo.

La retroexcavadora había hurgado en la montaña de estiércol con aquella especie de cuchara de uñas gigantes y había hecho aparecer primero dos pezuñas atadas con una cuerda, después una cabeza de ternera y enseguida un costillar y parte de la columna vertebral.

El doctor Brossa, que había salido con nosotros, comentó:

—Una ternera no tarda mucho tiempo en desaparecer si se la entierra bajo una montaña de detritos orgánicos.

La secretaria ordenó que se tomaran las medidas oportunas para efectuar una necropsia de los restos de las terneras desenterradas y

averiguar la causa de su muerte. También determinó que se precintara la granja hasta que el laboratorio nos proporcionara los resultados de las analíticas.

A Cuenca, de la Científica, se le terminaron las cintas de vídeo y tuvo que ir a Granollers a comprar más.

—Aún hay más —dije.

—¿Más? —No se lo podía creer.

Nos acercamos a la hormigonera y sugerí que los de la Científica sacaran muestras del interior para confirmar las sospechas de que utilizaban aquel artefacto para mezclar el pienso con los productos tóxicos.

El presidente de la junta de accionistas y director general de la entidad nos observaba de lejos. No se atrevía a acercarse. Se mantenía detrás de su contable, su director administrativo y su abogado, como si quisiera hacerse invisible detrás de ellos. Pensé que sería oportuno detenerlo, pero entendí que la secretaria Lita Clavel no se atrevería. La situación había desbordado todas las expectativas y la chica se veía muy nerviosa, casi ansiosa. Estaba a punto de proponérselo y, como si me hubiera leído el pensamiento, anunció que dejaría que Francesc Cros se fuera a su casa con la condición de que, al día siguiente, se personara en el Juzgado n.º 15 de Girona.

Cuando se lo dijeron, el presidente director general se metió en el Range Rover con sus acompañantes y se fueron de allí como si hubieran sido meros espectadores de un espectáculo desagradable e intolerable.

Lou y yo dejamos a los de la Científica estudiando e inventariando el contenido de la caja fuerte; a la secretaria judicial, sacudida por violentas arcadas, tomando nota de los restos bovinos que iban saliendo entre el estiércol, y a los agentes de uniforme conteniendo a la multitud que empezaba a formarse ante la puerta de la granja, y nos fuimos a comer a un restaurante cercano, El Olivo.

Apenas empezábamos a degustar el surtido de croquetas del lugar, que tienen fama, cuando apareció Xavier en la puerta con los ojos como platos y tan agitado como si se le estuviera quemando la ropa. Era evidente que sucedía algo anormal que exigía nuestra intervención urgente.

—Restos humanos —nos dijo—. Debajo de la montaña de mierda están apareciendo restos humanos.

# 17

# Los cadáveres y la descomposición

Eran dos cadáveres.

La autopsia estableció que habían muerto dos semanas antes, poco después de que siguiéramos al doctor Bueno, pero su estado de descomposición se había visto acelerado por la acción del estiércol en que habían sido enterrados. La actividad microbiana, las reacciones químicas, los insectos, la humedad.

Si fueron identificados con cierta rapidez fue porque ambos conservaban sus ropas y, con ellas, su documentación. Fueron en vida el doctor Santiago Bueno Cardona y el doctor Manuel Toló Mirabet.

Ordené que continuaran buscando bajo los excrementos con la seguridad de que pronto aparecería un tercer cuerpo: el de Gabriel Gavilán.

Sin necesidad de que le dijéramos nada, el hombre que dirigía la retroexcavadora se trasladó un poco más allá para descubrirnos otra fosa común, un auténtico cementerio de animales. De allí salieron algunos cuerpos de animales sepultados recientemente, medio descompuestos; también esqueletos y huesos diseminados que demostraban que aquella era una práctica que databa de mucho tiempo atrás.

Antes de la caída de la tarde, entraron en la granja Artemisa la inspectora Margarita González y el inspector Salinas el Joven (no confundir con Salinas el Viejo), con expertos de la Científica de la Policía Nacional y acompañados de un taciturno cabo Martí Román, y se hicieron cargo del entorno y las circunstancias en que habían aparecido los dos cuerpos.

Pasados unos días, cuando ya teníamos los resultados de las autopsias, Margarita me citó a comer en el Doble Vía, un restaurante ubicado junto a la Jefatura de Vía Layetana.

No era terreno neutral. Casi la mitad del tiempo que pasamos allí, comiendo y deliberando, Margarita tuvo que parar a saludar a compañeros: «¿No te vas de vacaciones, Marga?», «Lo tuyo con el trabajo ya es vicio, ¿eh?», y yo encajando bromas y comentarios mordaces, pero de buen rollo: «¿Confraternizando con el enemigo?», o «Qué, *mosso*, ¿has venido para ampliar tus estudios?».

Durante el primer plato, lentejas con chorizo picante y ensalada de atún, ella planteó la cuestión, «tienes que reconocer que este caso te viene grande», que yo interpreté como un intento de apropiarse del caso del clembuterol y atribuir todo mérito a la Policía Nacional.

—¿Me viene grande? —protesté en un tono que convertía el comentario en una broma—. Si ya está resuelto. El Departamento de Sanidad ya ha analizado las vísceras, músculos y hasta, fíjate, la pupila de los ojos de las terneras que murieron en el accidente, y aunque aún no tenemos el informe definitivo, ya dan por supuesto que habían sido alimentadas con clembuterol. Utilizaban la hormigonera para mezclar el pienso con productos tóxicos: también se ha estudiado a fondo su contenido y se ha encontrado toda clase de porquerías. Ya ha quedado claro que por eso se produjo la intoxicación masiva de mayo. Hemos averiguado quién les proporcionaba el veneno, hemos decomisado productos tóxicos que demuestran nuestra teoría ante el juez y hemos puesto a disposición de la justicia a un culpable confeso. ¿Qué más tengo que hacer para cerrar un caso?

—Un chivo expiatorio —murmuró ella, devaluando mi proeza—. Nazario Sabater no es el auténtico culpable. Es un chivo expiatorio.

—Caso cerrado —insistí yo. Y añadí—: Y el chivo expiatorio no durará mucho porque, con los dos muertos, acabará echándose

atrás. De momento, lo acusarán de alimentar ganado con mierda y de haber enterrado animales muertos sin permiso, y eso está dispuesto a comérselo porque lo tenía pactado con su jefe y ya hemos comprobado que cobró un buen incremento de sueldo. Pero ¿los muertos? Los muertos no se los va a comer. Y acabará cantando como una soprano.

—No cantará nada, porque los muertos no son suyos y lo sabe él, lo sabe su jefe, lo sabes tú y lo sé yo. Y lo sabe el juez. En aquella granja puede entrar todo el que quiera, y todos los que trabajan allí saben que hay cadáveres debajo de la mierda, o sea que cualquiera pudo meter los muertos bajo el estiércol. Y es evidente que a esos dos doctores se los cargaron los mexicanos, ya conoces los resultados de las autopsias. —Los conocía, aunque me los recordó de todas formas—: Les reventaron la cara a puñetazos. Fractura de los huesos del rostro y del cráneo. Utilizaron puños americanos, como con tu amigo Pau Palau. Una cosa así no la hizo Nazario y, por tanto, no se la comerá.

—¿Quién se aprovechó de las vacas alimentadas con veneno? —Saqué mi otro argumento—. Él no. Vendían el ganado más gordo, más lustroso y más caro, y los ingresos eran para la granja, no para Nazario. Los números cantan. Son los dueños de la granja los que tendrán que responder.

—Una sociedad anónima —concluyó Margarita, escéptica.

Durante el segundo plato, merluza rebozada y bacalao a la vizcaína, sacó el tema del caso Mandri.

—Además, los muertos corresponden al caso de los estafadores de la Seguridad Social.

—Que estamos a punto de resolver también.

—Se resolverá cuando encontremos a los asesinos.

—No. Se resolverá cuando pillemos a los estafadores, porque es un tema de estafa. Y estamos a punto de pillarlos. Los asesinos es otro asunto, que ese sí que es tuyo y tienes que solucionarlo tú, y lo vas

a solucionar brillantemente, en eso estamos de acuerdo. —Y le pasé la pelota—: Por cierto, ¿qué sabemos de los mexicanos? ¿Hay noticias de los Antidroga del D. F.? De momento, teníamos un nombre. Juan Ignacio Bordón, ¿verdad?

—¿Novedades de los Antidroga de México? Que Juan Ignacio Bordón hace cinco años que está muerto. Lo que quiere decir que, o no murió hace cinco años y lo hacen pasar por muerto, o sí murió y solo están aprovechando su pasaporte. Supongo que es el segundo caso. Para que a uno le hagan una muerte a medida, tiene que ser una personalidad, y estos dos son unos mindundis. Supongo que están aprovechando un pasaporte y que deben de llevar consigo siete u ocho pasaportes como ese. Pero caerán, seguro que caerán. —Se metió un pedazo de bacalao en la boca y lo masticó sin apartar sus ojos de los míos, como si me estuviera interrogando y quisiera leerme el pensamiento; bebió un sorbo de vino y resumió—: O sea, que el caso del clembuterol no te va grande y está cerrado. Sin embargo, cuando te llamé, dijiste que necesitabas mi ayuda.

—Sí —dije con énfasis, y levanté un dedo para despertar su interés —, eso sí, voy a necesitar tu ayuda. —Arqueó una ceja para invitarme a continuar—. El tal Gabriel Gavilán. Sabes de quién te hablo, ¿verdad?

—Del caso de la estafa de la Seguridad Social.

—Sí: igual que el doctor Bueno y el doctor Toló. Estoy seguro de que se lo han cargado, como a los otros dos. Tarde o temprano encontraremos su cuerpo. Aunque no hay forma de que su esposa acepte hablar con nosotros.

—¿Por qué?

—Cree que lo obligamos, de una forma u otra, a elaborar una lista de sospechosos, y que por eso lo han hecho desaparecer. Al doctor Bueno lo liquidaron porque lo habíamos descubierto y sabían que, si lo deteníamos, acabaría contándonos cómo iba toda la trama. A Manuel Toló lo quitaron de en medio porque estaba investigando por

su cuenta el robo de los recetarios. Gavilán desapareció cuando iba a revelarnos algo muy valioso.

Nos trajeron los postres. Melocotones y arroz con leche.

—¿Como qué? Según tú, prácticamente tenéis ya la lista de todos los implicados.

—He estado pensando en ello y solo se me ocurre una respuesta. Debía de tener pruebas contra un alto ejecutivo de los laboratorios Angelat, un tal Monteseco. Es un tipo que tiene contactos en México, eso es lo único que lo involucra un poco en este tinglado. Según me contó el mismo Gavilán, se ha mantenido siempre limpio, no hay nada en su casa ni en su entorno que lo acuse. Gabriel Gavilán fue quien nos habló de él y estaba confeccionando su lista. Estoy seguro de que en ella constaba algún dato que condenaba a Monteseco.

—¿Y?

—Y quiero pedirte un favor. Quiero que vayas tú, con Salinas, a tomar declaración a su esposa, que se llama Lourdes. Háblale mal de nosotros, los Mossos. No te costará mucho. —Ella sonrió benevolente, dando por supuesto que no hablaba en serio—. Dile que somos unos chapuceros, que lo hicimos todo mal y que nos vais a dar un buen escarmiento. Seguro que así le sacas algo.

Consideró la propuesta mientras nos traían los cafés y encendíamos los cigarrillos.

—Algo ¿como qué?

—No lo sé. Algo que no nos quiere revelar a nosotros, algo tiene que saber. Dice que no sabe nada de lo que estaba haciendo Gavilán, pero él seguro que le contó algo. Una sospecha, un presentimiento, algún detalle extraño. Si sabes que tu jefe es un sinvergüenza estafador, algo se te habrá escapado en casa, ¿no crees? Y seguro que tú se lo sabrás sacar.

—¿Y esas prisas?

—Ya te lo he dicho: estamos a punto de cerrar el caso y no me gustaría cerrarlo en falso…

—Como te va a pasar con lo del clembuterol.

—No me va a pasar. El caso está prácticamente cerrado. El sábado los trincaremos a todos.

—¿El sábado? ¿Ya? —Yo asentía—. Entonces, ya los tienes. No necesitas para nada la lista de Gavilán.

—Si lo han hecho desaparecer, tiene que ser por algo muy importante, muy significativo. Y tengo miedo de que, si se me escapa esa información, cuando le echemos el guante a Monteseco, se me pueda escabullir entre las manos.

—Bueno, cuenta.

—Se están cavando su propia tumba. Están organizando una comida que los va a reunir a todos. Papá incluido.

Se lo conté a medias, porque confiaba en Margarita y porque estábamos tan cerca de la solución del caso que a alguien se lo tenía que contar.

La aparición de los dos cadáveres había alborotado al personal.

Altas instancias habían conseguido que no trascendiera la noticia porque habría empañado el buen nombre de la ciudad y el notable éxito que estaban teniendo los Juegos Olímpicos; pero, inevitablemente, Charo fue informada de la muerte de su esposo, y debió de comentarlo a sus parientes, amigos, conocidos y cómplices, y la noticia cayó como una bomba en nuestro Teletrón.

El juez sustituto de Barcelona (la jueza Lorenzana también se había tomado vacaciones) retiró la orden de intervención telefónica del domicilio y la consulta del doctor Bueno. Después de leer los diálogos obtenidos hasta el momento, estuvo a punto de retirar también la de Esteban Vilalta, porque consideraba que no habíamos podido probar de manera fehaciente la culpabilidad de ninguno de los comunicantes y en los últimos días ni siquiera conseguíamos intervenciones referentes al tema que nos ocupaba. Sin embargo, habíamos encontrado montones de cartones troquelados de envoltorios de medicamentos en diferentes contenedores la ciudad,

y, aunque eso no acusaba a nadie en concreto, como demostraba que algo extraño ocultaban los que habían hablado con Vilalta, nos dio unos días más de margen para ver qué decía el odontólogo que recetaba productos ginecológicos.

Y en eso estábamos cuando desenterramos a los dos muertos, y los miembros de la banda se pusieron muy nerviosos. Inesperadamente, después de tanto tiempo de calma, uno, a quien no pudimos identificar porque llamaba desde un aparato público del centro de atención primaria, anunció a Vilalta:

—Dice Papá que vamos a celebrar una de nuestras comidas de hermandad, que hace tiempo que no nos reunimos. Estamos convocando a todos los amigos.

Nos quedamos petrificados. Félix, cuando lo escuchó en los auriculares del Teletrón; yo, cuando me pasaron la transcripción. Y todos los del equipo, a medida que se iban enterando. Todos petrificados. Aquella gente tan escurridiza acababa de tener una idea luminosa: se iban a reunir todos para hablar de sus cosas.

—¿Y a qué viene esto ahora? ¿A santo de qué? —protestó Vilalta, siempre cauto.

—Bueno, ya sabes. Hay mucha gente desanimada con las últimas noticias y se trata de levantarles la moral.

—¿Para continuar con el negocio?

—Para que no decaiga. Los que tú ya sabes tienen su propia opinión y creen que no debemos romper nuestra amistad en el momento más favorable. Parece que se enfadaron mucho con el tema de los cartones.

—¿Ah, sí?

—Dicen que tiramos millones a la basura y que eso es de idiotas.

—¿Ah, sí?

—Sí. No hace falta que lo hablemos ahora. Supongo que lo comentaremos el sábado.

—¿Este sábado? ¿La comida es el sábado?

—Sí, el sábado ocho. En el Coll, ya sabes.

¿En el Coll? Nos quedamos en suspenso y sin aliento. No podía ser que, además de reunirse, lo hicieran en un lugar público. No podíamos tener tanta suerte. De momento, solo supimos que al restaurante lo llamaban «el Coll». Comprobamos que hay más de veinte establecimientos de restauración en toda Cataluña con el nombre de Coll, bar Coll, restaurante Coll, Can Coll, Mas Coll.

—Oye, que soy yo. —Una nueva llamada que, según el Teletrón, procedía del domicilio de Miguel Estepona, farmacéutico—. ¿Vas a ir a la comida del sábado?

—Sí, claro —respondió Vilalta—, va todo el mundo, ¿no?

—Ah, no sé. Yo me lo estaba pensando. Es ese restaurante que está en lo alto de una montaña, que tiene una vista estupenda de Arenys, y del mar, ¿verdad? —«de Arenys» y «del mar», íbamos tomando nota.

—Sí. El de siempre.

—No. Una vez, en invierno, fuimos a otro. Este no me gusta porque tiene esa carretera de curvas, un poco peligrosa.

—Ya.

Con aquellos datos ya no tuvimos ninguna duda. Mientras unos escuchaban la conversación, otros consultaban mapas, guías y referencias varias. Se trataba del restaurante Collsacreu, una antigua masía de Arenys de Munt con vistas panorámicas, que hacen que se le conozca como «el Mirador de Arenys».

Corrí al Juzgado n.º 3 para solicitar, suplicar si era necesario, al juez suplente autorización para fotografiar, grabar y registrar las conversaciones que se produjeran durante aquella comida.

No fue fácil. El magistrado no conocía el caso a fondo, no había tenido tiempo para analizarlo ni para acabar de entender los entresijos, y los magistrados siempre sospechan que los policías pedimos permisos para violar derechos fundamentales con la única finalidad de burlar las leyes y cometer crímenes inconfesables. Tuve

que elaborar una complicada estrategia laberíntica, apoyándome en informes breves y fáciles de entender que describían la estafa de manera diáfana, que llegaba hasta la alarma creada por los asesinatos de dos de nuestros sospechosos, dos, hasta que conseguí hacerle titubear y, al fin, firmar el documento que había de dar validez a las pruebas que obtuviéramos durante el Santo Almuerzo.

Sin embargo, para hacer valer su autoridad y su buen criterio, y para ponerme a mí en mi sitio, en el mismo documento el juez exigía una serie de condiciones que no debíamos saltarnos bajo ningún concepto, como eran la elaboración de un mapa de la mesa de los sospechosos donde quedara bien claro quién había ocupado cada silla; y fotografías nítidas de cada sospechoso, con su ficha completa y los motivos por los que estaban siendo vigilados; y que las pruebas documentales fueran avaladas por dos policías que, con su presencia, aportaran asimismo pruebas testimoniales.

Firmó.

Y yo se lo agradecí con la mejor de mis sonrisas.

Entretanto, el Teletrón continuaba proporcionándonos material de trabajo:

—Y preparan unos caracoles que están de miedo. Oye, quería decirte: yo no pensaba ir, pero iré para que me den los millones que me han escamoteado. Que algunos me tocarán, ¿no?

—¿Cómo que algunos te tocarán? ¿Millones?

—Coño, sí, millones, millones. Y a ti también te tocarán, ¿no? ¿O tú no vas a reclamar los tuyos?

—¿Qué estás diciendo?

—Bueno, nuestro común amigo se fue con cien kilos, ¿no? Yo no tengo cien kilos en casa. ¿Tú tienes cien kilos? Porque, si los tienes, a mí me han estado engañando como a un chino.

—No se fue con cien kilos.

—Con un maletín lleno de billetes de banco. Cien millones. ¿O no te enteraste?

—No es verdad. Cien millones, no. Son cosas que se dicen, pero es mentira. No hay maletines de cien millones, joder.

—¿Ah, no? ¿Y quién lo dice?

—Joder, Papá lo dice.

—¿Papá? ¿Y quién se cree que es Papá, con nombre secreto y todo? ¡No es nadie!

—Para empezar, Papá es quien puso todo esto en marcha. Sin él, tú no serías quien eres ahora, a ver si nos entendemos.

—Pues muchas gracias, Papá, aunque a mí no me la das. Cuando le vea el pelo a Papá, le plantaré cara y le diré que qué es eso de los maletines de cien kilos, que los tiene todo dios menos yo.

—No los tiene todo dios. Lo de los cien kilos es un bulo que alguien ha hecho correr.

—Pues que me lo expliquen mejor. Que me lo digan a la cara. Por qué nuestro común amigo tenía cien kilos y yo no. Eso es lo que quiero que me explique Papá durante la comida.

—Durante la comida, más vale que te comportes porque me parece que Papá vendrá acompañado.

—¿Acompañado? ¿Qué quiere decir acompañado? ¿Acompañado de quién?

—Coño, de esos dos. De los manitos.

—Esos dos me la soplan. ¿Te enteras? Me la soplan. ¿Qué me van a hacer? ¿Tú qué crees que nos pueden hacer? ¿Qué crees? No nos pueden hacer nada. Que vengan, si quieren, y les contaré cómo funcionan aquí las cosas.

Fue fácil averiguar, sin levantar sospechas, que habían reservado mesa para trece personas («mal número», comentó alguien). Doce apóstoles y Papá. Se reunían todos (o sea, toda la banda) para hablar de sus negocios. Los podíamos pillar a todos a la vez y hablando precisamente de los delitos cometidos.

No nos lo podíamos creer. Era demasiado bonito.

El día anterior a la comida, viernes 7 de agosto, me llamó

Margarita. Que ya había hablado con Lourdes, la esposa de Gavilán. Y que sí, que tenía yo razón, que algo importante había, aunque ni siquiera ella sabía lo que era.

—Está destrozada. Está segura de que su marido está muerto, aunque no os culpa solo a los Mossos. Culpa a todos los cuerpos policiales. A la policía en general. Vosotros, nosotros, Scotland Yard y FBI. Y está tan asustada que no se había atrevido a mirar unas carpetas que su marido tiene en su estudio. Me las ha entregado. Llenas de papeles en desorden. Tengo que echarles una ojeada, quizá convendría que lo hiciéramos juntos, porque tú conoces mejor el percal que yo. Me dijo que Gabriel tenía miedo de Monteseco, eso sí. No miedo de que le despidiera o de que tomara represalias profesionales, no. Susurró: «Amenaza de muerte». Pero no me confirmó que tuviera pruebas contra él. «En todo caso —dijo—, estará ahí», en los papeles que me dio.

Quedamos en que nos veríamos el lunes para revisar todos aquellos papeles.

Y con mi equipo preparamos minuciosamente el operativo del restaurante Collsacreu. Íbamos a tener reunidos a todos los integrantes del caso Mandri y pensábamos aprovechar la ocasión.

Micrófonos y fotografías.

Y Lou Díaz se sumó a la fiesta, naturalmente.

# 18

# Mesa para trece

Pasé a buscar a la Elvira de ojos soñadores por su casa al volante de un Opel Vectra negro y reluciente que reservábamos para las grandes ocasiones. Íbamos a poner toda la carne en el asador. Que no faltase de nada. La Roberta con toda su equipación: un par de micrófonos, *pockets*, las Nikon con objetivos especiales, la cámara pequeña, las dos cámaras de vídeo. Barranco me había autorizado incluso a pagar cuatro cubiertos en el restaurante Collsacreu. La operación Mandri lo merecía.

Me sorprendió ver a Elvira con vestido verde discretamente escotado, collar de cuentas verdes a juego, maquillaje que resaltaba la belleza de sus ojos seductores, labios pintados y brillantes, y el pelo recogido para resaltar el óvalo perfecto de su rostro. Nunca la había visto con aquel aspecto tan juvenil.

Montó en el coche y me dijo:

—Qué. ¿No dijiste que íbamos a interpretar un papel? ¿Que teníamos que vestirnos según el personaje que eligiéramos?

—Sí, sí —me limité a replicar.

—Tú también te has puesto corbata.

Corbata y el traje de bodas y funerales. Seguramente, Elvira tampoco me había visto nunca con aquellas pintas. Los grandes acontecimientos profesionales suelen exigir uniforme.

Fuimos a buscar la Ronda del Litoral, que dejamos para tomar la A-19, la autopista del Maresme.

Elvira Farragut era menuda e ingrávida, movimientos de bailarina clásica, con ojos de mirada ingenua y frívola. Tímida y estudiosa, recién salida de la academia de Mollet, donde seguro que se había

encontrado un ambiente macho y machista, a menudo acosador y hostil, contra el cual había tenido que aprender a defenderse, se protegía detrás de un escudo riguroso un poco rígido, y se expresaba con un estilo que recordaba el siglo pasado. En su primer *briefing*, cuando se estaba hablando de una trifulca multitudinaria donde había tenido que intervenir, dijo sin pestañear: «… había causado al otro una lesión que menoscababa su integridad corporal y salud física». Desde entonces, muchos aún la llamaban la Letrada. Lo cierto era que tenía un conocimiento de las leyes mucho más profundo que la mayoría de nosotros, y era disciplinada, eficiente, eficaz e indiscutiblemente responsable.

Durante el viaje, hablamos poco. La verdad es que yo estaba esperando que ella arrancara la conversación citando algún artículo del Código Penal.

Pasamos Mataró, Sant Andreu de Llavaneres y, desde Arenys de Munt, enfilamos una carretera de doble sentido, con muchas curvas, que se encaramaba por la montaña en dirección a Vallgorguina por un paisaje privilegiado de robles, pinos y alcornoques. Encontramos a unos cuantos grupos de ciclistas que nos obligaron a ir despacio y con prudencia.

Supimos que habíamos llegado a nuestro destino al ver el Nissan Primera aparcado en una especie de mirador y a Xavier y a Josep fumando, charlando y contemplando el paisaje. Nuestros coches estaban en la carretera, en fila, sobre el arcén, por si había que iniciar alguna persecución. La moto Yamaha se encontraba muy cerca de la puerta donde el restaurante se anunciaba con un eslogan pintado en baldosas de cerámica cuarteada por el tiempo: EL MIRADOR DE LOS ARENYS. No vi al malcarado Daniel, que era su conductor, ni a Agustí, que iría de paquete, pero no podían andar lejos. Teresa Requena y Turín habían encarado el Ford Escort dirección Sant Celoni, por si a alguien se le ocurría escabullirse en aquella dirección. La Roberta, con Félix dentro encendiendo pantallas,

conectando auriculares y probando sistemas de grabación, estaba al otro lado de la carretera, en la calle de la urbanización, de espaldas a nosotros, de forma que por la ventanilla trasera se podía observar y grabar perfectamente la entrada principal del restaurante.

A nuestro paso, Reme se hizo visible entre dos coches. Iba vestida como una excursionista que estuviera esperando al resto de la pandilla para ir a hacer senderismo. Deambulaba arriba y abajo conectando a todos con todos, dispuesta a impartir las instrucciones necesarias. Ya debía tener localizado un punto estratégico de los alrededores desde donde divisar simultáneamente un largo tramo de la carretera y el acceso al restaurante.

Di por supuesto que habrían anotado las matrículas de todos los vehículos que hasta el momento habían llegado al establecimiento, que no eran pocos, y habrían fotografiado a los clientes que los conducían.

En el aparcamiento me esperaban Jordi y Miquel en el Renault 19, guardando un sitio para el Opel Vectra entre dos Mercedes. Salieron ellos, estacioné mi coche y Elvira y yo nos apeamos y caminamos hacia la puerta del restaurante tiesos, dignos y con pasos mesurados.

Cruzamos la verja de hierro que daba acceso al restaurante y recorrimos el camino de baldosas bordeado de artísticas farolas. Entramos en el local conscientes de la imagen que dábamos. Yo, con mi traje gris marengo y corbata de rayas blancas y negras, peinado con brillantina, bien afeitado y envuelto en aroma de *aftershave*. Ella, con su vestido de verano verde, vaporoso y discretamente escotado, tan joven y tan alta, seria y con la mirada baja. El ejecutivo agresivo y maduro que quiere ligar con su joven secretaria cohibida.

En la barra del bar que había antes del comedor ya se agrupaban cuatro o cinco hombres que bebían cerveza con el ademán de quien espera que llegue el resto de los comensales. Todos se veían

taciturnos y poco comunicativos. No había un acuerdo general. Tenían miedo de lo que pudiera pasar durante la comida. En la terraza de fuera, balcón abierto a un paisaje verde, frondoso y fresco limitado por el siempre impresionante horizonte marino, había otros tres hombres de negocios fumando y conspirando sombríos.

La mesa larga, preparada para trece personas como la de la Santa Cena, parecía brillar con luz propia en medio del comedor.

Lou Díaz ya había llegado, acompañado de Carmen.

Me contaron que había sido una entrada apoteósica. Louis con la camisa hawaiana más estridente de su vestuario, pantalones cortos, calcetines hasta la rodilla y sandalias, sombrero de paja, gafas de sol, cámara fotográfica colgando en su pecho y hablando en inglés tan alto como el actor que quiere hacerse oír desde las últimas filas:

—*Oh, my God! Look at this!*

Era evidente que Carmen había ido a la playa el día anterior y se había dormido al sol porque se la veía roja como si se hubiera frotado la piel con papel de lija y parecía tan forastera como él. Tuve que mirarla dos veces para reconocer a Carmen, nuestra Carmen, tan seria, atlética, enérgica y distante. Entendí que Lou Díaz la había instruido y motivado como hacen los directores de escena con las protagonistas de sus obras. ¿Quién podía sospechar que aquella pareja de figurantes eran policías? Se diría que no se fijaban en nada, que no daban importancia a nada más que al paisaje.

Al dirigirse a la mujer elegante que lo supervisaba todo, consciente de que tenía el privilegio de vérselas con la propietaria del local, o con la gerente o directora general, mi amigo americano se transfiguró en el hombre de mundo más seductor de toda la historia.

Le pidió a la anfitriona que los colocara en una mesa ubicada junto a la puerta de acceso al comedor y la mujer distinguida, ella en persona, con dos cartas en la mano, los complació.

Para llegar desde allí hasta la terraza, había que cruzar todo el local, y Lou y Carmen lo hicieron como turistas arrebatados por un

entusiasmo tan caricaturesco como convincente. Carmen dejó bien visibles, entre platos, copas y cubiertos, un montón de *flyers* del monasterio de Montserrat, del Parque Zoológico de Barcelona y del Waterworld de Lloret de Mar, y Lou se puso a sacar fotos de todo lo que atraía su atención, que era todo. Enseguida localizó a nuestros sospechosos, hombres de traje y corbata que todavía no habían ocupado su mesa, y, con más o menos disimulo, disparaba la cámara hacia allí. Mientras él atraía la atención de todo el mundo, Carmen había pegado uno de los micrófonos bajo la mesa de los doce apóstoles y Papá.

Cuando Elvira y yo llegamos, habían salido los dos al mirador y él continuaba haciendo fotografías utilizando a Carmen como modelo y pretexto. Pidió a uno de los hombres que fumaban fuera que les hiciera una foto y, para demostrarle cómo funcionaba la Nikon, pulsó el disparador unas cuantas veces y capturó las imágenes de los tres reunidos. Uno de ellos, vaya, qué casualidad, sabía hablar inglés, y mi amigo se puso a departir con él entusiasmado, «*your country is very beautiful, beautiful, nice*». De una forma u otra, se las compuso para ir fotografiando, uno por uno, a todos los que poco a poco se iban acercando a la mesa larga.

Yo miré a mi acompañante tratando de compartir con ella mi admiración ante la magistral interpretación de mi amigo americano. Nunca dejaba de sorprenderme. Elvira se mantenía demasiado seria, como incómoda, enfadada, la mirada esquiva. Me pareció que estaba asustada.

Observé a dos hombres de aspecto respetable, muy orgullosos de ser como eran, que mientras hablaban de cosas muy serias, se acercaron a la gran mesa de trece cubiertos, como para dar su aprobación. A continuación, salieron al mirador para saludar a los tres hombres que estaban allí y que interrumpieron su conversación para saludarlos. Se estrecharon las manos como si estuvieran en un funeral.

Ahí estaban todos. El odontólogo, el endocrino, el anestesista, los farmacéuticos, la pediatra, el médico de familia. Me pregunté cuál de ellos sería Esteban Vilalta, cuyas conversaciones telefónicas habíamos estado coleccionando en los últimos días.

Eran gente normal, pacíficos padres de familia, gente que hacía planes importantes para salvar el mundo, que compartía preocupaciones con sus colegas y amigos. No puedo acostumbrarme a la evidencia de que los malos, sean ladrones o estafadores, incluso asesinos, no puedan ser identificados a primera vista porque tienen la apariencia de la gente corriente. Me resulta muy inquietante pensar que cualquier desconocido, cualquiera, sea cual sea su aspecto, puede ser una mala persona dispuesta a hacer daño a sus conciudadanos. Eso es lo que hace más difícil el trabajo de policía.

Pacíficos padres de familia que se iban a sentar alrededor de la mesa para celebrar que nos estaban robando y se estaban enriqueciendo a nuestra costa.

Ya estaban colocados los micrófonos. Uno en un jarrón con flores que decoraba la mesa; y el otro pegado con un imán entre los faldones del mantel.

Vino a nuestro encuentro la mujer que ejercía de *maître*.

—Tenemos mesa reservada —le dije.

Toda sonrisa, replicó:

—¿La del señor Gavilán? Pasen, por favor.

—No —dije automáticamente—. Es una mesa para dos. Creo que la reservó Remedios Oliver.

Pero enseguida abandoné el contacto con el mundo que me rodeaba.

La mujer había dicho: «¿La del señor Gavilán?», sí, lo había oído bien. O sea: «La mesa reservada del señor Gavilán».

Nos condujo hasta la mesa que estaba situada frente al ventanal que daba a la terraza, con vista privilegiada al mar entre los pinos. Nos entregó tres cartas, dos de comida y una de vinos, y nos

preguntó si queríamos tomar algo de aperitivo. Los *maîtres* y camareros siempre son inoportunos en el momento de las grandes revelaciones. Que qué queríamos tomar de aperitivo. Cualquier cosa. Le pedimos Coca-Cola y aceitunas rellenas con un tono impaciente que dejaba claro que queríamos librarnos de ella. En cuanto se alejó, visiblemente molesta, sorprendí a Elvira poniendo mis manos sobre las suyas e, inclinándome sobre la mesa, como si quisiera hacerle confidencias muy íntimas y apasionadas, le dije:

—Gavilán. Ha dicho Gavilán. Como si fuera él quien ha reservado mesa. Y lo ha dicho como si hablara de un cliente habitual. Y es posible que sea un cliente habitual porque sabemos que tiene una segunda residencia en Arenys de Munt, aquí al lado…

—Eso lo cambia todo —comprendió la chica de inmediato, tan sorprendida y desconcertada como yo.

Los convocados ya se habían ido reuniendo alrededor de la mesa larga y ocupaban sus respectivos asientos. Algunos pasaban primero por el lavabo. Conté a diez personas, pero, cuando el camarero se disponía a retirar los cubiertos sobrantes, uno de los que parecían más respetables y respetados pidió que los dejara porque a lo mejor llegaba más gente. Pensé: Papá y dos mexicanos. También pensé que debería haber prevenido a Margarita. Los mexicanos eran cosa suya.

Aquello tenía el aspecto de una protocolaria reunión de trabajo. Se cruzaban conversaciones, sonaban los vasos, alguien levantaba más la voz para imponer su criterio, el otro trataba de poner paz, un par del extremo cuchicheaban como conspiradores, un hombre de ojos turbios se mantenía aislado con aire ausente, aburrido y amargado.

El más respetado, como si fuera el anfitrión en su casa, levantó la voz para notificarles que, de entrada, había pedido un picapica y que podrían elegir los segundos platos, aunque él les recomendaba el conejo con caracoles.

Yo continuaba hilando mis reflexiones:

—Esto puede significar que Papá no es Monteseco. Es Gavilán. ¿Por qué pensé que el jefe de la trama era Monteseco? Únicamente porque lo dijo Gavilán. Igual que la extraña existencia del maletín de cien millones. Gavilán vino a verme para hacerme sospechar de Monteseco, para que no me fiara de él, pero también para sacarme información. —Recordé la advertencia de Lou Díaz—: Los malos también buscan información. Me vendió humo. Los nombres del doctor Bueno, porque sabía que ya estábamos sobre su pista, y de Manuel Toló, que no era de los suyos y les estaba estorbando. Y, además, probablemente ya sabía que los dos estaban muertos. Me pidió la lista de nuestros sospechosos, y se inventó una lista suya para cotejarlas, aunque solo quería saber a quién estábamos investigando. Sí, el Papá que mueve los hilos es Gavilán.

—Eso significa —intervino Elvira— que Monteseco puede revelar algo que incrimine a Gavilán. Le interesaba que, si te decía algo, tú no te lo creyeras.

—Qué embustero —murmuré enfurecido—. Me ha hecho mirar continuamente en la dirección equivocada.

—A lo mejor actuó obligado por los mexicanos, que lo tienen amenazado —aventuró mi acompañante.

La miré y negué con la cabeza rotundamente. Me levanté de la silla y me dirigí a la barra del bar. Pregunté a un camarero si disponían de teléfono y me indicó que fuera a un extremo de la barra, donde sacó un aparato que puso a mi disposición. Pedí el listín telefónico.

Busqué en el grueso libro de páginas azules el apellido Monteseco. No había muchos, y solo un Monteseco con el «J. J.» de Juan José. Era sábado, no estaría en la oficina. Si lo encontraba, sería en su casa. Marqué su número.

Se puso una señora. Preguntó: «¿De parte de quién?», y le dije: «De un amigo, hace tiempo que no nos vemos».

De fondo se oía mucho alboroto. Voces agudas y risas infantiles. Alguien llegaba a la casa y alguien manifestaba la felicidad de verle

de nuevo. A lo lejos la voz de mujer dijo: «Juanjo, que te llaman».

Reconocí la voz del hombre que parecía torturado:

—Dígame.

Me presenté como el sargento de la Policía Autonómica que había hablado con él del caso del Amicardium. ¿Me había dicho que no lo exportaban a México?

—Efectivamente. No lo exportamos a México.

—Me interesaría hablar con usted personalmente. Ahora mismo.

—¿Ahora mismo? Bueno… No me viene muy bien. Estoy en una celebración familiar. Si quiere venir a mi casa… Podré concederle unos minutos.

La casa de Monteseco estaba llena de alegría. Monteseco no estaba a punto de salir para comer en Collsacreu. Monteseco no era Papá.

—No, no importa —dije, e hice una pausa para medir mis palabras. No tenía que mencionarle a Gavilán para no contaminar su respuesta. El nombre tenía que salir de él—. Usted tiene alguna relación con México, ¿verdad? Vi la decoración de su despacho…

—Bueno, estuve allí una vez y la verdad es que me gustó mucho. Pero no entiendo qué…

—¿Y estuvo allí de vacaciones o por trabajo?

—De vacaciones. Con mi familia.

—¿Y se encontró con algún mexicano que se interesara por su trabajo? ¿Por el Amicardium, por ejemplo?

—No… —Titubeaba, como si se estuviera preguntando por el motivo de mis preguntas.

—¿Por los laboratorios? ¿Habló con alguien de los laboratorios durante su estancia en México?

—Bueno… Sí… Estuve con uno de mis empleados. Nos encontramos allí por casualidad y él… —Iba rememorando poco a poco—. Bueno, sí, ahora que lo dice, me habló de la posibilidad de exportar allí nuestros productos. Ahora lo recuerdo. Quería

presentarme a unos distribuidores farmacéuticos que estaban interesados en ello. Por lo visto, conoce a mucha gente en el D. F. Nos invitó a comer, a mi mujer, a mí y a mis hijos; nos llevó a un museo… Es muy impetuoso, muy activo, muy dinámico, muy vendedor. Estaba de vacaciones, pero decía que no podía dejar de trabajar. No me interesó. También me pareció, ¿cómo le diría?, un poco tarambana. Poco serio. Y desde los laboratorios ya habíamos hecho un intento de exportar a Sudamérica y habíamos tenido una mala experiencia, de manera que no me interesó. No pasó nada. Le dije que no me interesaba y no insistió más.

—¿Y podría hablar yo con ese empleado suyo? Porque, a lo mejor, él tiene los datos que me interesan…

—Oiga: llámeme el lunes al despacho y le daré los datos. Se llama Gabriel Gavilán, ahora no tengo aquí ni su teléfono ni su…

Yo ya había desconectado. Lo había dicho. «Gabriel Gavilán». Se hizo el encontradizo con Monteseco en México cuando estaba gestionando algún negocio con alguien de allí. No le salió bien y probó por otro lado. Él era el contacto con los mexicanos. Y si lo fue para el negocio del Amicardium, también lo sería para la importación clandestina de clembuterol.

Dejé el teléfono y volví a la mesa, con Elvira.

La gran mesa se había llenado de bandejas de jamón, embutidos y quesos, calamares, aceitunas, pescadito frito, mejillones, rebanadas de pan con tomate y unas ensaladas. Se llenaron las copas de vino y la mezcla de conversaciones iba subiendo de volumen.

Entretanto, la cabo Reme, desde su elevado puesto de observación, a través de los prismáticos, creyó ver a alguien conocido entre la gente que entraba y salía del restaurante. Alguien que aparcó un Audi A4 plateado donde no debía, frente a la puerta, y entró rápidamente en el local. Una de esas visiones fugaces que a uno le hacen lamentar no haber dispuesto de una fracción de segundo más. Un flequillo despeinado y de punta, como una cresta;

unos movimientos desmañados y crispados. Lo había visto antes, pero no conseguía situarlo.

El Audi A4 no podía quedarse allí mucho rato. Parecía una parada provisional. Un entrar y salir.

Entonces, cuando dejó de forzar la memoria, fue cuando lo recordó.

Gabriel Gavilán.

Era Gabriel Gavilán. Solo lo había visto un momento, el día en que vino a verme, y ella lo recibió y me dijo: «Me parece que tenemos un confidente».

A Reme le entraron todas las prisas. Bajó de su observatorio y avanzó zigzagueando entre los coches con ágiles quiebros de cintura.

Junto a la Yamaha estaba solo Daniel. Agustí había entrado en el restaurante para comprar tabaco.

Estaba acodado en la barra, esperando que le entregaran el paquete de Winston que había pagado, cuando Gabriel Gavilán se puso a su lado y llamó la atención de un camarero.

—Eh, Valentín —lo llamó por su nombre—. Dime una cosa, hazme el favor… —El tal Valentín se acercó a él, le entregó el paquete de tabaco a Agustí, y dijo Gavilán—: ¿Sabes si hay algún policía por aquí?

Agustí actuó con naturalidad. Abrió el paquete de Winston con toda parsimonia, sacó un cigarrillo y lo encendió, de espaldas a los que hablaban, pero escuchando atentamente.

—No, no sé si hay algún policía. ¿Lo necesitas?

—¡No, no, qué va! —respondió como si fuera un disparate—. Solo tengo que preguntar una cosa sobre un tema de tráfico y he pensado que, a lo mejor, entre la clientela, no sé…

—No, no. Que yo sepa, no hay policías.

—Y la Policía Local, ¿suele pasar por aquí, de vez en cuando…?

—Muy de vez en cuando. No sé. Si quieres, los llamo.

—No, no, no. Solo era una pregunta. No. Ya me espabilaré. Ya iré yo a comisaría, o algo. Gracias.

—Bueno, luego vienes, ¿no? —dijo el camarero.

—Sí, enseguida vengo.

—Tú y dos más, ¿verdad?

—Sí, sí. En todo caso, ya puedes empezar a servir la mesa. Que empiecen sin mí. Venimos enseguida.

Esto debía de suceder más o menos cuando yo estaba en la barra hablando por teléfono. Gavilán no me vio y yo tampoco a él.

Salió Gabriel Gavilán del restaurante y, siguiéndole los pasos, Agustí. Lo vio montar en un Audi A4 plateado. Félix, desde la Roberta, lo fotografió. La cabo Reme había montado en la Yamaha, detrás de Daniel. Agustí se acercó a ella, y ella le habló ya a través de la mordaza del casco.

—Dile al sargento que tenemos a Gavilán. —Señaló el Audi—. Que voy a ver adónde va.

El hombre más respetable de la banda se puso en pie y golpeó con el tenedor en una copa para atraer la atención de todos los presentes. Callaron las conversaciones y él tomó la palabra:

—Amigos míos: estamos aquí para celebrar que nuestro negocio está funcionando de maravilla. Todos lo sabéis, todos somos beneficiarios, y hoy tenemos que brindar por este motivo. De hecho, funciona tan bien nuestro negocio que, a partir de hoy, propongo que hagamos un alto. Porque corremos el peligro de morir de éxito. A veces, el dinero fácil propicia una euforia que nos aboca a la confianza, a la desprevención, a cometer errores.

—¿Y qué crees que opinarán los manitos cuando se lo digas? —interrumpió la voz impertinente y un poco alcohólica del hombre de los ojos turbios.

—No os preocupéis por los manitos. Si os estoy hablando ahora, antes de que lleguen, es para que nos pongamos todos de acuerdo, para que se encuentren con un solo bloque de opinión. Ellos saben

lo que ocurre en su país, nosotros sabemos lo que sucede en el nuestro. Y aquí han pasado cosas que, a lo mejor, en su país son muy normales, pero aquí no. Y la avaricia rompe el saco. Cuando el camino hace mucha pendiente y parece más fácil es cuando hay que pensar en los frenos porque, si no, la aceleración excesiva y progresiva nos puede llevar al desastre. De manera que es el momento de pisar el freno. Detengámonos. Dejar de ganar no quiere decir perder…

Un movimiento brusco en la puerta del restaurante atrajo mi atención. Agustí venía precipitadamente hacia mi mesa. Se inclinó para hablarme al oído.

—Gabriel Gavilán ha estado aquí. La cabo Reme y Daniel lo han visto y han salido a perseguirlo en la moto, para ver adónde iba.

Yo estaba violentado porque su presencia podía romper el montaje que nos traíamos Elvira y yo, y podía ponernos en evidencia ante los diez de la mesa. Hice un gesto displicente para quitármelo de encima y se fue.

Mi corazón había empezado a latir a toda velocidad.

Se me ocurrió, entonces: el restaurante está cerca de Arenys de Munt, y Gavilán tiene una segunda residencia en Arenys de Munt. Imaginemos que es allí donde están escondidos los mexicanos: ha buscado un restaurante cerca de su escondite por si le parece conveniente que ellos también estén presentes en la comida. Y también pensé: su esposa Lourdes también nos engañó. Fue a la casa de Arenys y encontró a su marido con los mexicanos y le metieron el miedo en el cuerpo. Por eso estaba tan histérica. Consciente de que su marido corre peligro mortal. Y, entonces, me miré en los ojos espantados de Elvira y supe que los dos estábamos pensando lo mismo.

La cabo Reme y Daniel, persiguiendo a Gabriel Gavilán, estaban corriendo hacia la boca del lobo.

Elvira se puso en pie de un brinco y exclamó, atrayendo las

miradas y la atención de todo el comedor:

—Bueno, esto ya es una tomadura de pelo. En el despacho nos tratamos de usted, aquí de tú, ahora me dices que estás colado por mí y viene tu chófer y te dice no sé qué y de lo hablado no hay nada… Pero ¿qué te has creído? —Yo la miraba boquiabierto, como la miraría el alto ejecutivo ridiculizado por una mierda de secretaria —. ¡Conmigo no se juega! Y no te molestes en despedirme. Mañana me busco otro trabajo. No quiero volver a verle más, señor Carreras.

Me dejó pasmado. Una interpretación magistral. Elvira Farragut, la Letrada, había creado una historia, como yo le había recomendado. El jefe de la empresa que quiere seducir a la modesta y joven administrativa abusando de la autoridad de su cargo, dos amantes que discuten están proclamando lo que son a quienes se quisieran fijar en ellos y, por tanto, quedaba claro que no podíamos ser policías. Bravo, Elvira, un diez.

A grandes zancadas, se dirigió a la salida del restaurante. Yo estaba tan sorprendido que tardé en reaccionar. Al fin, me levanté de la silla y salí detrás de ella balbuceando: «Elvira, espera, no te vayas así, espera, escúchame, hablemos».

Fui consciente de que los estafadores reunidos habían interrumpido sus discursos y discusiones dedicándonos unos instantes de silencio y atención. Y tuve la seguridad de que no habían sospechado ni sospecharían que éramos los policías que habían de entregarlos al señor juez.

Justo antes de salir, mi mirada tropezó con la de Lou Díaz, que petrificaba el gesto, preocupado, entendiendo que salíamos de allí arrastrados por alguna urgencia muy acuciante.

# 19

# O le reviento la cabeza

Ahí se desbarató el operativo.

Más tarde, valoraríamos qué habíamos obtenido y sacaríamos conclusiones; de momento una compañera estaba en peligro y eso era lo primero que había que atender.

Desde la puerta del restaurante, me hice ver con un silbido y moviendo los brazos.

—¡Todos a los coches! ¡Seguidme!

Elvira y yo nos metimos de cabeza en la parte trasera del Renault 19, el vehículo que encontramos primero. No era cuestión de perder el tiempo sacando el Vectra de entre los Mercedes y darle la vuelta al aparcamiento. Conducía Jordi y Miquel iba a su lado.

Ordené que bajara cagando leches por la carretera en dirección Arenys de Munt. Por el camino, ya les explicaría de qué iba la cosa.

De forma somera, de un plumazo, me tranquilicé diciéndome que habíamos cumplido todos los requisitos judiciales. Elaboraríamos un mapa de la situación de los sospechosos alrededor de la mesa; teníamos fotos de cada uno de ellos, sus nombres, sus comentarios vagos grabados por el Teletrón y las conversaciones descaradas y explícitas durante la comida, y podíamos completar el informe que solicitaba el juez de manera brillante e indiscutible. Solo necesitaríamos una semana de papeleo para completar el trabajo.

Todos se pusieron en marcha. Xavier y Josep en el Nissan Primera; Agustí, Turín y Teresa Requena en el Ford Escort. Hasta Félix, en la Roberta, saltó al volante y nos siguió.

Conectamos luces y sirenas. Quería que todo el mundo se enterase de que estábamos allí y en pie de guerra. Imagino las caras de

espanto de los estafadores reunidos en torno a la mesa apostólica.

Mientras bajábamos a toda velocidad, ciñéndonos a las curvas, yo informé brevemente de la situación: íbamos a casa de Gabriel Gavilán, donde existía la posibilidad de que también se encontrasen los dos peligrosos mexicanos, al mismo tiempo que maldecía la iniciativa de Reme («Reme, me cago en la madre que te parió»), tan imprudente como Pau Palau cuando acudió a una cita sin consultarlo con nadie.

Y las maldiciones me salieron por la boca en forma de berrido cuando llegaron hasta nosotros, procedentes del corazón del bosque, cuatro detonaciones como cuatro cañonazos capaces de demoler un edificio. Cuatro disparos de algo así como la mágnum de Harry el Sucio. Los mexicanos habían comprado un revólver Ruger SP101 y una Glock 22, además de la Uzi Mini.

Antes de llegar al letrero que anunciaba la entrada de Arenys, se abría a la derecha un camino sin asfaltar con un gran panel publicitario donde se promocionaba la Urbanización Sol y Sal, casas unifamiliares, apartamentos y piscina comunitaria a módicos precios. Exactamente donde la esposa de Gavilán nos había dicho que estaba su segunda residencia.

Nos metimos por el camino traqueteante que se encaramaba por una colina entre pinos y alcornoques, y enseguida encontramos lo que buscábamos.

Cinco minutos antes, Daniel y Reme, con la Yamaha, habían hecho lo mismo.

Ahí estaba la casa unifamiliar rodeada por un jardín de césped y setos de boj, la primera edificación antes de entrar en terreno de obras, material de construcción y una inmensa grúa amarilla al fondo.

Cuando llegaron Daniel y Reme, allí solo estaba el Audi A4 plateado, apuntando el morro al gran ventanal que servía de acceso a la vivienda, con el capó caliente todavía.

Reme corrió a la casa gritando:

—¡Señor Gavilán! ¡Señor Gavilán!

Se detuvo ante el ventanal abierto, contemplando a través de él un salón comedor amplio con televisor, chimenea, cómodo tresillo, cuadros abstractos y multicolores y una barra americana que separaba aquel ambiente de la cocina.

Daniel llegó junto a ella.

Se quitaron los cascos.

—¡Señor Gavilán! ¡Somos de la policía! ¿Podemos hablar con usted?

Los dos agentes se miraron con aprensión.

—No podemos entrar —advirtió Daniel—. No sin una orden.

—No contesta —replicó Reme—. Y no puede estar lejos. Acaba de entrar. Seguro que me oye. —Elevó la voz de nuevo—. ¡Señor Gavilán! ¿Está usted bien? ¿Me oye? —Y a su compañero—: Aquí pasa algo.

—No podemos entrar —insistió Daniel.

—Aquí pasa algo —repitió la cabo—. ¡Señor Gavilán! ¡Creo que tiene usted un problema! ¡Vamos a entrar para ayudarle!

Dejó caer el casco al suelo y, cuando se disponía a entrar, Daniel también prescindió del casco y pasó delante de ella. Le puso la mano al final de la espalda y Reme estuvo a punto de protestar, «ahora no es momento de meter mano, coño», pero entendió que, por una vez, Daniel no estaba pensando en la conquista. Si tenía que haber acción, nadie le iba a quitar a nuestro agente malcarado el protagonismo. Entró en la casa, y Reme le siguió.

Más o menos en ese instante, empezaron a sonar en la comarca las sirenas de nuestros tres coches y la furgoneta.

Para llegar a un pasillo que se perdía al fondo de la vivienda y a las escaleras ascendentes, tenían que pasar entre el tresillo y la barra americana. Cruzaban por allí cuando los cañonazos atronaron ensordecedores, y cuatro balas enormes atravesaron el tabique bajo

el mostrador que se asomaba a la cocina, se clavaron en el sofá y lo desvencijaron. Daniel pegó un grito sintiendo que los proyectiles le pasaban entre las piernas y cayó al suelo. Reme echaba ya mano a su pistola cuando recibió el ataque por la espalda.

Había sido una maniobra de distracción.

Los mexicanos habían estado agachados detrás de la barra americana, atrapados en el callejón sin salida de la cocina. Se habían escondido al oír la llegada de la moto y desde allí oyeron primero los gritos de Reme («¡Somos de la policía! ¡Creo que tiene usted un problema! ¡Vamos a entrar para ayudarle!») y enseguida los alaridos de nuestras sirenas del Séptimo de Caballería.

El que tenía el Ruger de gran calibre disparó a ciegas a través de la parte del tabique más alejada del acceso a la cocina. Consiguió así que la cabo Reme se volviera, alarmada, para ver qué le había sucedido a Daniel, y eso propició que el mexicano de las grandes patillas saliera de la cocina por detrás y la atrapara, le rodeara el cuello con brazo de hierro y la apuntara con la Glock en la sien.

Las sirenas, los motores, los frenazos y las luces centelleantes de nuestros tres coches y la furgoneta llenaban el césped, junto al Audi A4, y de ellos salimos Xavier, Josep, Agustí, Turín, Teresa Requena, Elvira, Jordi, Miquel y Félix de la Roberta formando un semicírculo que abarcaba toda la fachada.

Josep, Elvira y Miquel sacaron sus armas y las sujetaban con ambas manos y los brazos estirados.

Resultaban chocantes las actitudes belicosas de Carmen y Elvira, con los vestiditos veraniegos que les habían servido de disfraz. Me asombraba la menuda Elvira con su Smith & Wesson, dispuesta a disparar, las piernas separadas y la brisa revolviendo su vaporosa falda verde.

Un individuo no muy alto, patillas floridas, bigotazo negro sobre la boca, camisa, pantalones y mocasines blancos, salió a recibirnos parapetado tras el cuerpo de Reme, a la que atenazaba por el cuello

y amenazaba con la pistola. Avanzó pisando el césped, desafiante, acercándose a los agentes y a la batería de coches que los rodeaban.

El tipo no había calculado que Reme era más alta que él y debía tirar de ella hacia atrás, o ponerse de puntillas. La cabo se veía obligada a flexionar las piernas con el energúmeno colgado de su espalda como una mochila estranguladora. Luego, cuando lo recordábamos, nos daba mucha risa.

Detrás de ellos, apareció el otro mexicano, más alto, de rostro adormilado, movimientos de zombi y atlético, muy atlético, a base de rigurosa disciplina gimnástica. Este vestía vaqueros y un Lacoste amarillo de una talla menos de la que le correspondía para marcar musculatura. Iba armado con el tremendo revólver y empujando a un indignado Daniel con cara de perro, que se distanció despacio, manos arriba, acercándose a Agustí y a Elvira, que estaban más cerca de la fachada.

—¡Quietos, hijos de la chingada, o la quiebro aquí mismo! —dijo el de las patillas. Algo así, muy mexicano.

La cabo Reme le estaba hablando. No muy fuerte, solo para que la escuchara su captor, pero me pareció que se estaba expresando en inglés.

Tomé la palabra:

—¡Oiga, Juan Ignacio, o como se llame! Usted sabe que lo vamos a detener, ¿verdad? ¿Verdad que lo sabe? Hoy, o mañana, o dentro de una semana. No podrá regresar a su país, ni usted ni su amigo, el del cañón. O sea, que no complique las cosas. De momento, nadie puede acusarle de homicidio. No complique las cosas.

—¡Cállense ya, cabrones, o le vuelo la puta cabeza!

Yo miraba a Daniel. Era el que me daba más miedo. Demasiado impetuoso en situaciones extremas, era el que podría perder los nervios y precipitar las cosas.

—¡Las armas al piso, cabrones! ¡Bájenlas ya! ¡Estoy diciendo que al

suelo, culero, o la reviento de un plomazo!

Mi asentimiento de cabeza fue una orden que obedecieron de inmediato los que habían empuñado las armas. Se agacharon para depositar cuidadosamente las pistolas en el suelo, y las alejaron de sí haciéndolas resbalar sobre la hierba.

—¡Quiero un carro ya, güeyes, un carro, chingada madre, pa salirnos de aquí!

Como respondiendo a su llamada, llegó hasta nosotros el estruendoso rugido de motor y apareció un Seat León negro reluciente que frenó con tanta brusquedad que arrancó dos roderas de césped.

Conducía Carmen y del asiento del acompañante se apeó Lou Díaz.

—Eh —dijo—, ¿habíais empezado sin mí?

Camisa hawaiana, pantalones cortos, calcetines, sandalias y sombrero de paja, parecía que se había disfrazado de niño con pelo planchado de brillantina, pero el disfraz no podía ocultar la indiscutible autoridad que emanaba su persona. Sonreía con media boca y con los ojos perdonaba la vida.

El segundo mexicano, alto y de aspecto abotargado y torpón, supo de inmediato que tenía que mantenerlo a raya con su revólver de Harry el Sucio. Dio un paso adelante y alargó el brazo con firmeza para que el americano se sintiera encañonado en exclusiva.

Lou meneó la cabeza, compadeciéndose de él.

—No te conviene matar a un agente federal, amigo —dijo con su peculiar acento.

Reme levantó la voz para hablar con él:

—*I told him already! I'm DEA!* ¡No van a matar a un agente de la DEA!

Maravillosa Reme, improvisando un papel en aquellas circunstancias.

—¡Reme! —exclamó Lou Díaz como si se alegrara de verla, pronunciando *Rime*, con sonrisa insolente—. *I believe in you,*

*sweetheart!*

Se plantó desafiante, sin el menor temor, ante el mexicano del revólver. Tremendo revólver mágnum.

—Te queda una sola bala, *broda*. Estos *guns* cargan cinco, y te he oído disparar cuatro. A esta distancia solo tienes, ¿qué?, un treinta por ciento de posibilidades de darme. Y yo no estoy quieto, soy un blanco móvil. Y si fallas, estás muerto, y lo sabes. Se te está cansando el brazo, ese revólver pesa demasiado. ¿Sabes qué pasa con el que tira el penalti? Que suele fallar. Y yo, que soy el portero, quiero que falles.

—¡Ya dejen de hablar chingaderas! —aulló el que tenía atrapada a Reme—. ¡Necesito ese pinche carro!

Dominando la situación, chulo como un torero, Lou Díaz se volvió hacia Carmen y le hizo una seña.

Carmen lanzó por el aire la llave del coche, que cayó a los pies de Reme, atrapada por el mexicano.

—¿Tú estás pendejo o qué, agente? ¿Crees que voy a agacharme por esa puta llave? ¡Órale, métanle la llave a un carro y préndanlo ya!

Nos miramos indecisos.

Teresa Requena, al fin, se movió en dirección al Ford Escort, el menos lucido de los vehículos que se exponían detrás del círculo formado por mi tropa.

—¡Ese no, cabrona, a la verga con ese! —aulló el mexicano de las patillas, asomando con dificultad por encima del hombro de Reme—. ¡Quiero el de allá, el chingón, ese de ahí!

Explotó el arma en su mano y centelleó el fogonazo, y vimos caer a Reme, y también cayó el mexicano sobre ella.

Lo primero que se me ocurrió fue que se le había disparado la pistola sin querer.

Todos nos estremecimos, a todos nos ahogó una especie de sollozo al tiempo que nos lanzábamos al ataque.

Dos zancadas y llegamos los diez simultáneamente al caído, dos chocaron entre sí pugnando por arrebatarle la pistola, alguno le envió un puntapié a la cabeza, muchas manos cayeron sobre su cara y sus ropas para apartar el cuerpo rechoncho de encima de la cabo Reme, que se incorporaba torpemente, el rostro bañado de sangre y forzando una sonrisa crispada con la que quería tranquilizarnos.

—¡Estoy bien, estoy bien! No pasa nada.

Emocionado y cegado por la alegría, la abracé.

—¡Me cago en la madre que te parió, Reme!

Luego, nos contó lo sucedido.

Había hablado con acento inglés al mexicano, diciéndole que era una agente federal, porque sabía que eso tenía que hacer mella en el ánimo de un narco mexicano. El enfrentamiento de la DEA con los cárteles mexicanos era feroz, sobre todo después de lo que había sucedido con Enrique Camarena en el 85. Para ellos, no era lo mismo matar a un policía de segunda categoría de un país de segunda categoría que pegarle un tiro a un federal de la DEA. Notó el titubeo del agresor que llevaba colgado a su espalda, y tenía el musculoso brazo alrededor de su cuello y la pistola contra la sien, pero ella disponía de las dos manos libres. Las movía en alto, como temblorosas y descontroladas, pero, en realidad, estaba calculando al milímetro lo que tenía que hacer.

Solo esperaba que la boca negra se apartara de su sien. Bastaría con que se separase medio centímetro para conseguir que la bala saliera desviada.

Y la pistola Glock dejó de tener contacto con su piel cuando, inadvertidamente, el mexicano de las patillas trató de indicar exactamente cuál era el coche que prefería.

El cañón se despegó y las dos manos de la campeona de taekwondo agarraron el antebrazo al tiempo que aflojaba las piernas y se dejaba caer al suelo, aún a sabiendas de que la presión del brazo estrangulador aumentaría.

Fue rápida, muy rápida, pero el dedo en el gatillo también lo fue. Por eso salió el tiro. La bala solo rozó el cuero cabelludo de la cabo. Resultó más dolorosa la quemadura del fogonazo que la caricia del proyectil. La cabeza sangra enseguida y la sangre es muy escandalosa. Reme había conseguido invadir el centro de gravedad de su atacante y le hizo perder el equilibrio y lo arrastró en su caída. Tuvo la sensación de que le partía la tráquea, aunque contaba con que nosotros, sus compañeros, intervendríamos a tiempo.

Mientras todo esto sucedía, Lou Díaz actuó por su cuenta. Ninguno de nosotros prestó atención al otro mexicano, como si diéramos por supuesto que, si nuestro amigo americano se encargaba de él, estaba neutralizado de antemano.

El estampido de la Glock pilló desprevenido al mexicano alto, que pegó un brinco bien visible y volvió la cara hacia su cómplice, horrorizado ante la posibilidad de que realmente acabara de volarle la cabeza a una agente federal norteamericana.

No vio —nadie lo vio en realidad, pero yo, que conozco a Lou, me lo imagino— la expresión feroz que transfiguró el rostro de mi amigo, y su reacción tan veloz como salvaje y fulminante.

Le envió un *cross* desde muy atrás en plena nariz para cegarlo con el primer golpe. Recordé que una vez me había contado que, mientras cumplía su servicio militar en Berlín, por una apuesta boxeó con un gorila. Se me ocurre que aquella experiencia le sirvió de entrenamiento para aplicarle aquel puñetazo al mexicano alto, torpón y lerdo. Luego, para asegurarse, le envió tres *hooks* con la izquierda al hígado; opino que ya no eran necesarios. El tipo necesitó una cura de urgencia y un día de convalecencia en el hospital de Mataró.

Tuve que parar a mis agentes a gritos y empujones para que no lincharan al de las patillas.

—¡Quietos, quietos! ¡Basta ya!

El mexicano tumbado boca arriba, con la ceja partida, levantó los

brazos y escupió un diente.

—Queda usted detenido —le dije, como jefe del operativo que era, aunque no hiciera ninguna falta.

Encontramos a Gabriel Gavilán encerrado en el cuarto de baño de la casa.

Con los ojos desorbitados, temblando como una hoja al viento, exclamó en cuanto nos vio:

—Me obligaron, me han encerrado aquí —nadie le hizo notar que la puerta del baño se cerraba por dentro—, me amenazaban con matarme, con matar a mi mujer, ha sido horroroso, ¡estoy en estado de *shock*!

A la primera pausa que hizo en su verborrea, repetí:

—Usted también queda detenido.

Mientras Gavilán estaba sentado en la ambulancia, esperando que lo trataran de su estado de *shock*, Lou Díaz se acercó a él, como por casualidad, y lo invitó a fumar.

—Seguramente le darán protección especial; usted, por si acaso, pídala.

Gabriel Gavilán preguntó con voz temblorosa:

—¿Protección especial?

—Sí, se la darán seguro, pero, de todas formas, usted exíjala, se lo digo por su bien.

—Pero ¿por qué? ¿Qué quiere decir eso de protección especial? ¿A qué se refiere?

Lou hizo gesto de cargarse de paciencia, un gesto de no se lo puedo explicar ahora, porque nos llevaría mucho tiempo, hágame caso. Y le dijo, como si le forzaran a ello:

—Los mexicanos son muy peligrosos. Y usted tenía trato directo con ellos. Y ha salido usted del escondite, ha estado fuera un rato y, cuando ha vuelto, lo acompañaba la policía. ¿Qué cree que estarán pensando? Seguro que mis colegas policías procurarán que no coincida para nada con ellos, ni en la celda ni en la cárcel ni en

juzgados, ya sabe lo que son estas cosas. Algún funcionario puede equivocarse… Yo le aconsejo que lo pida expresamente: quiero protección especial.

—Yo no he denunciado a nadie. La policía no me acompañaba, yo no sabía que me seguían.

—Claro que no. Ya sabe cómo es esta gente. Los delincuentes son muy paranoicos. Los hemos detenido y están furiosos, y necesitan desahogar su furia en alguien. Y con la policía y con el juez no se podrán desahogar, así que… Ahora imagínese que se los encuentra en los pasillos de la cárcel. O en las duchas.

—¿Qué me está diciendo? —Gavilán estaba desencajado.

—Mire, un consejo: cuente todo lo que sabe, todo lo que hicieron ellos, todo lo que hizo usted. Si colabora con la policía, y con el juez y el fiscal, le conseguirán un trato de favor. Seguro. Créame. Resuélvales el caso y le cuidarán, y no lo dejarán tirado. No tenga miedo.

Lo que también se podía interpretar como: si no cuenta todo lo que sabe, si no colabora con la policía, con el juez y con el fiscal, no le conseguirán un trato de favor, no le cuidarán y lo dejarán tirado y entonces sí que deberá tener miedo.

No hay nada que dé más miedo que un policía que dice «no tenga miedo».

Yo enseguida tuve que telefonear a Margarita González para decirle que habíamos detenido a los dos mexicanos. Se enfadó. Tuve que excusarme. Había sido totalmente fortuito, una casualidad, un incidente imprevisible e inevitable. Traté de consolarla diciéndole que a ellos les correspondería la investigación para concretar las pruebas que demostrasen que eran los autores de los asesinatos de los doctores Bueno y Toló.

Creo que no me lo perdonará nunca.

# 20

# El día del juicio

Acompañaba a Lou Díaz al aeropuerto. Iba a mi lado, tan vital y activo como siempre, hablando con entusiasmo de la ceremonia de clausura de los Juegos Olímpicos a la que habíamos podido asistir, él en la grada de los privilegiados, yo de uniforme cuidando de la seguridad de las personalidades. Aunque ya hacía una semana de aquello, se expresaba como si lo acabase de vivir; hablaba con entusiasmo de la gran fiesta de fuego con planetas, estrellas, monstruos, personajes fantásticos y pirotecnia, con setecientos actores llenando el estadio, y Josep Carreras y Sarah Brightman cantando lo de *Amigos para siempre*, y la mascota olímpica subiendo al cielo en un barco de papel, y aquellos gitanos llenos de vida y alegría con lo de *Gitana hechicera, marabú*. Yo procuraba mantener la conversación y sumarme a su euforia, pero no podía disimular del todo el agrio presentimiento de que los dos casos que yo creía haber cerrado a la perfección no iban a terminar felizmente.

A los dos mexicanos, Arturo Gonzalves Luaces, nacido en 1957 en Toluca de Lerdo, cerca del D. F.; y Amadeo Cuevas Berraondo, nacido en 1961 en Guadalajara, los habían encarcelado y estaban procesados por intento de asesinato, agresión a la autoridad y posesión ilícita de armas; y Margarita, Salinas el Joven (no confundir) y su equipo estaban recopilando una lista interminable de pruebas para demostrar que eran los autores de los asesinatos del doctor Bueno y del doctor Toló. La esposa de Bueno, Charo, sabía que su marido había acudido a una cita en un bar determinado el día en que desapareció, y en el bar un par de testigos habían visto cómo se encontraban y desayunaban juntos Bueno, Toló y los dos

inconfundibles mexicanos, y luego se iban los cuatro juntos en aquel Mercedes alquilado que después se quedaron los Klimovski. El que se lo había alquilado reconoció a Arturo Gonzalves como el cliente que dijo llamarse Juan Ignacio Bordón; y por fin habían encontrado roderas de los neumáticos del Mercedes en el suelo fangoso de la granja Artemisa. El piso de Ciutat Vella que tuvieron que abandonar después del encontronazo con Pau Palau había sido alquilado por Lourdes, la esposa de Gabriel Gavilán, y desde el número de teléfono de aquel domicilio se habían hecho muchas llamadas, sobre todo a Gavilán. También a un almacén de la Zona Franca y a unos cuantos números de Barcelona y Madrid que serían investigados, y se habían comunicado asimismo con números de Guadalajara México y de Los Ángeles, que resultaron sumamente útiles para las investigaciones de la DEA.

Y, en fin, que sí, que al final les acabaron cayendo casi veinte años de cárcel a cada uno.

Pero aquel no era mi caso.

La semana siguiente al tiroteo de Arenys, tuvimos que dedicarnos al papeleo para complacer al señor juez suplente. Las mesas de las oficinas de la Dirección General se llenaron de facturas, albaranes, contratos, agendas, libretas, tarjetas de visita, informes de infinidad de pruebas analíticas de residuos y diferentes partes de la anatomía del ganado vacuno, y gran cantidad de bolsas azules con todo lo que se había decomisado en los registros iniciales. Parecía que habíamos montado una gestoría y preparábamos la inspección de Hacienda de una inmensa multinacional.

El juez suplente, que había aceptado el caso reticente y desinteresado, con ganas de devolverle la patata caliente al titular del 3, cuando el tema saltó a la prensa (terminados los Juegos Olímpicos, los periodistas empezaron a interesarse de nuevo por el mundo real), decidió lucirse y le entraron las prisas.

Durante el banquete de Collsacreu, los malos habían sido mucho

más explícitos en las conversaciones que se grabaron de lo que fueron en las intervenciones ordenadas por la magistrada Lorenzana, y además existía el plus del doble asesinato, por lo que no podía dejar pasar la ocasión. Más de diez profesionales de Sanidad autoinculpándose, no podía correr el riesgo de que se escabulleran, era ahora o nunca. Firmó órdenes de detención contra el odontólogo Esteban Vilalta, Gabriel Gavilán y otros tres o cuatro, junto con órdenes de registro de sus casas, sus puestos de trabajo y sus vehículos, con la exigencia explícita de actuar con urgencia.

Se habían encontrado restos de clembuterol en la hormigonera, en las terneras enterradas en el estiércol y también, a unos niveles nunca vistos, en unas terneras que tenían a punto para vender. Normalmente, los que engordan el ganado con esas mierdas lo hacen hasta quince días antes de llevar las reses al matadero para que superen los controles veterinarios, pero aquellos animales estaban a punto de salir de la granja hasta las cejas de clembuterol. Nazario Sabater declaró que él creía que, con el Terminator, no se iba a notar.

Organizar en tiempo récord diez entradas, registros y detención inmediata de los diez médicos y farmacéuticos implicados, irrumpiendo simultáneamente en domicilios, segundas residencias y consultas profesionales, calculé que significaba la movilización de, al menos, ciento ochenta agentes, un auténtico ejército, y, en aquel momento, no contaba con más de diez personas. Fueron una tarde y una noche de trabajo desquiciado.

Recurrí a los agentes de Menores, a los de Juego y Espectáculos y a los de Delitos contra el Patrimonio Histórico, a los de Servicios Especiales, los de Información, los de la Científica, la brigada de Estupefacientes (naturalmente, porque era la mía), el Grupo Especial de Intervención y la recién estrenada área de Consumo. Reclamamos la presencia de todos los turnos de patrullas. Pedí la colaboración de los inspectores del Instituto Catalán de la Salud que

Eva Rigall tenía a sus órdenes. Tuvimos registrando pisos a un veterinario, un farmacéutico, dos licenciados en Derecho, cuatro criminólogos y gente de la categoría de Eva Rigall y una eminencia como el doctor Brossa.

Lo que llegamos a recopilar fue desbordante. Me sorprendió que la mayoría de aquellos señores tan inteligentes y con carrera universitaria no se hubiera desprendido de pruebas incriminatorias.

Aparte de cantidades de dinero exorbitantes, nos hicimos con talonarios de recetas de color verde y de color rojo, una lista interminable de nombres de personas y números de afiliación a la Seguridad Social, un libro de contabilidad, sellos con firmas de diferentes médicos, ciento veintiocho códigos de barras recortados de las cajas de diferentes medicamentos, una maleta con fotolitos para imprimir cajas de medicamentos, un montón de cartones impresos y preparados para ser convertidos en envases de Cipros, Ranitidina y Atrosicon de los laboratorios Angelat, un puñado de carnés de la Seguridad Social sujetos con una goma elástica y dos maletas llenas de documentación diversa que tendríamos que estudiar a fondo.

Gabriel Gavilán, probablemente gracias a las palabras que le había dedicado Lou Díaz durante la detención, terminó colaborando muy eficazmente con nosotros. Nos contó tantas cosas que terminamos llamándole «el Bocas». Nos confesó lo que quería confesar para exculparse, pero también y sobre todo lo que no quería confesar.

Su peor enemigo era la boca. Cuando hablaba, no podía parar ni controlar lo que decía. Empezaba advirtiendo que no pensaba tocar un tema determinado y, cuando quería aclarar por qué no quería hacerlo, acababa dándonos los detalles más secretos. En su casa encontramos seis millones de pesetas en el armario del dormitorio, entre calzoncillos y calcetines, en paquetes de cien mil, una agenda llena de números de teléfono (de México, narcos, Delapiedra), infinidad de tarjetas de visita y planchas troqueladas de cartón para

elaborar seiscientas cajas de Amicardium, el producto con el que había empezado todo.

Comenzó colaborando con el doctor Bueno como simple asesor. Le decía cuáles eran los medicamentos más caros de los laboratorios Angelat y eran los que el doctor elegía para su estafa. Gabriel Gavilán no veía nada delictivo en ello: a él le interesaba que se vendieran productos Angelat porque se beneficiaba de la comisión; y al doctor Bueno le daba igual si las medicinas que sacaba de la Seguridad Social eran de unos laboratorios o de otros. El Bocas se implicó en la trama a partir de un viaje que hizo a México supuestamente para asistir a un congreso. El auténtico motivo que lo llevaba allí era conocer a un representante de Proveedores Farmacéuticos Delapiedra, del mismo D. F., calle San Miguel, que le ofreció el clembuterol; y él aprovechó para ofrecer medicamentos caros, como calcitoninas, ranitidinas, gonadotropinas y otras, porque la banda del doctor empezaba a generar un superávit que ya no sabían dónde colocar. Los mexicanos aceptaron el trato, pero pidieron también un fármaco que, aunque daba pocos beneficios a los laboratorios, en Estados Unidos era muy valorado y les resultaba muy caro. Negocio seguro.

Gabriel Gavilán regresó a Barcelona y centralizó la exportación clandestina de medicinas a México y la importación de clembuterol para la granja Artemisa. Gabriel Gavilán explicó con todo detalle cómo hacían para sacar y llevar fármacos sin declarar nada a Hacienda ni a Sanidad, y muchas cosas más que, al final, le valieron un premio especial del tribunal en forma de atenuante.

Él fue quien nos habló de Francesc Cros del Valle.

Nazario Sabater, no. Nazario asumió toda la culpa y se cerró en banda. Lo único que sacamos contra Cros de aquella caja fuerte fueron documentos que implicaban a la empresa Artemisa, una sociedad anónima, nunca mejor dicho. Si había alguna firma en aquellos documentos era la de Nazario.

—¿Qué beneficio sacaba usted de alimentar a las terneras con clembuterol? Quien más ganaba eran los dueños de la granja. La sociedad anónima.

—Yo quería tener contentos a mis jefes. Los animales más lustrosos se vendían mejor y más fácilmente, y daban prestigio a la empresa. Hay mucha competencia, y yo quería quedar bien con quienes me pagaban el sueldo cada mes.

Gabriel Gavilán, en cambio, declaró que había negociado con Francesc Cros en persona y le había presentado a los mexicanos exportadores; no a los dos chorizos que habían venido a ponerlo todo patas arriba, sino a unos muy elegantes y educados que representaban a la empresa Proveedores Farmacéuticos Delapiedra. No se pudo demostrar que ni él ni su esposa hubieran participado en los asesinatos de Bueno y Toló.

Después de aquello, el magistrado de Girona (también suplente) se dejó arrastrar por la euforia de su colega de Barcelona y se puso las pilas. Ante la insistencia de Turín, de Teresa Requena e incluso de la secretaria Lita Clavel, llamó a su presencia a Gabriel Gavilán y le tomó declaración, puesto que parte de su testimonio estaba relacionado con los incidentes de la granja Artemisa.

La mayor satisfacción que obtuve de aquella experiencia fue la citación que cursamos para que Francesc Cros del Valle compareciera en nuestras dependencias acompañado de abogado «por un asunto de su interés». Lo de «acompañado de abogado» y «por un asunto de su interés» era la fórmula ideal para conseguir que se presentase de inmediato. Aunque le dábamos un margen de veinticuatro horas, no pasó ni una hora antes de que su abogado nos telefoneara preguntando de qué iba la cosa y el jefe supremo de la Policía Autonómica, militar impuesto desde el Gobierno Central por ley, me reclamara a su despacho.

Se llamaba Alberto Ribas, le llamábamos el «Marinero» porque tenía el grado de teniente de navío en la Marina. Le habían otorgado

el galón de subinspector para situarlo dentro de la escala policial. No tenía ni idea del funcionamiento de la policía y eso lo enfrentaba día sí día también con Julián Barranco, que había sido Estupa.

Me recibió en su despacho, sentado detrás del escritorio, vistiendo el uniforme de verano, con la espalda pegada al respaldo del trono y ademán severo y hostil. Era grande, cuadrado, compacto, sólido y duro como una roca. Si algún día lo tiraban al mar, seguro que se iba al fondo como un bloque de granito.

—¿Por qué han citado al señor Francesc Cros? ¿Qué tiene que ver él con lo que están investigando?

—El señor Francesc Cros del Valle es el gerente y presidente de la junta de accionistas tanto de la granja como de la fábrica de pienso que provocaron la intoxicación de ciento sesenta y tres personas en Girona y otros lugares del Estado, como Palma de Mallorca y Valladolid. No necesitamos más evidencia ni vínculo para relacionarlo. Se relaciona solo.

—Será presunto implicado. Como usted sabe, todo el mundo es presunto hasta que hay sentencia. Por lo visto, no le han informado en calidad de qué tiene que venir. Supongo que no como imputado.

—De su granja salieron vacas y terneras infectadas de clembuterol. Tenía vacas muertas enterradas en estiércol. Y, casualmente, un par de cadáveres humanos, caso que lleva la Policía Nacional. Y hay pruebas y testigos de que tiene tratos con delincuentes relacionados con el narcotráfico mexicano. Sigo órdenes del juez del 15 de Girona.

El Marinero hizo un esfuerzo por seguir impertérrito, pero quedó claro que yo había conseguido pararlo en su primera acometida.

—¿Tiene órdenes de detenerlo?

—Le tomaremos declaración.

—Y una vez haya declarado, ¿dejarán que se vaya?

—Según lo que declare. Si se confiesa culpable de todo lo que le atribuimos, seguramente no, claro.

Se le oscureció la mirada.

—No se confesará culpable. —Torcí el gesto para dar a entender que yo sabía lo que pasaría. El Marinero suspiró. La roca se desmenuzaba, perdía consistencia—. Francesc Cros tiene amigos de mucha categoría y está tocando muchas teclas. En dos minutos ya he recibido dos llamadas de gente importante. Un consejero del Gobierno, por ejemplo.

—Pues puede decirles que me llamen a mí y yo les explicaré lo que quieran saber.

El Marinero se apoyó en la mesa y se concentró en sacar un cigarrillo del paquete de Marlboro que tenía entre las manos. Hizo girar el cilindro entre los dedos, mirándolo como si nunca hubiera visto nada igual. Se puso el filtro en los labios y encendió el pitillo. Me miró.

—¿Me asegura que el señor Francesc Cros es culpable de los delitos que usted le atribuye? —Abrí la boca, pero el Marinero ya me había escuchado bastante—. ¿Me garantiza que el juez lo enviará a la cárcel y se pasará allí un montón de años? ¿Me garantiza que esto no será una metedura de pata, una imprudencia, el hazmerreír de toda la prensa? ¿Me puede garantizar eso, usted? Es lo único que me interesa. Si no me lo puede garantizar, déjelo en manos de los profesionales de toda la vida.

Desde aquel momento me atenazó el miedo al fracaso.

—Yo solo puedo garantizarle que haré mi trabajo concienzudamente y con responsabilidad, asumiendo todas las consecuencias.

Tres horas después, al principio de la tarde, se presentaron en la Dirección General Francesc Cros y su abogado Ramón Ariza Ponce, al que había conocido en la granja. Los dos muy elegantes y muy seguros de sí mismos.

Le pedí a la cabo Reme que me acompañara y fuimos a encontrarnos con ellos a la recepción.

No sé si me sorprendió mucho ver que el Marinero estaba con ellos. Estaban charlando y riendo, los tres, relajados y felices, como amigos de toda la vida.

Cuando Reme y yo llegamos al pie de la escalera, el subinspector Alberto Ribas, jefe supremo, sacó pecho para interponer su humanidad pétrea entre Francesc Cros y nosotros.

El gerente y principal accionista, con peinado carísimo y manicura carísima, nos miraba desde detrás del muro, convencido de que allí era invulnerable. El abogado, joven, con barba y gafas, revestido del superpoder de la sabiduría, mantenía la barbilla en alto como ofreciéndola a nuestros puños, como diciendo «no os atreveréis, no hay cojones».

Dijo el Marinero:

—He estado hablando con el señor Cros y me ha dicho que no piensa declarar. Se acoge a su derecho constitucional de aplazar su declaración al momento en que comparezca ante el juez.

—Bien —acepté—. Está en su derecho. Pero no nos precipitemos. Lo primero que hay que hacer es reseñarlo.

—¿Reseñarme? —exclamó Cros mirando a su letrado.

—Hacerle fotos —continuaba yo—, tomarle las huellas dactilares…

—¿Qué es eso de reseñarme? —insistía Cros indignado.

—… comprobar sus antecedentes penales, leerle sus derechos…

—¿Ficharme? ¿Está diciendo que me van a fichar?

—Pero, sobre todo, tendremos que decirle por qué motivo lo hemos citado, ¿verdad? Querrá saber por qué está aquí. ¿O es que ya lo sabe?

Siguió un silencio tan espeso que asfixiaba.

Cuando un detenido no pregunta por qué lo detienen es porque lo da por supuesto como cosa natural y lógica. Es casi una confesión de culpabilidad.

—Tiene razón —el abogado fue el primero en reaccionar—. ¿Se puede saber por qué han citado a mi cliente?

—Sí. Se puede saber. En el registro que efectuamos en la granja de su propiedad aparecieron productos y objetos que podrían ser indicativos de delito, relacionados con la intoxicación de ciento sesenta y tres personas en diferentes lugares del país. Además, tenemos la declaración de un testigo que lo implica en actividades delictivas. Solo queremos aclarar los hechos.

No había réplica posible. Ni por parte del abogado ni por parte del Marinero, que no sabía lo que la ley le autorizaba a decir.

—Así que, si tiene la amabilidad de acompañarnos…

La cabo Reme, alta y firme, todavía con un discreto apósito en el cuero cabelludo, agarró a Francesc Cros del brazo y lo invitó a subir las escaleras con nosotros.

El abogado aún se dirigió a su cliente, desde el pie de la escalera:

—No declares nada, Ciscu. No les digas nada. No pueden hablar contigo si yo no estoy presente.

En la sala de reseñas de la Científica, Nuria le hizo unas fotografías de frente y de perfil y le tomó las huellas.

—Eh, ¿qué hacen? ¿Me están fichando? ¿Me están fichando como a un criminal? ¡No tienen ningún derecho!

Entretanto, para aprovechar el tiempo, le leíamos sus derechos.

—Tiene derecho a no declarar contra sí mismo, a no confesarse culpable, a callar, a no declarar, a no responder a las preguntas que se le formulen o a decir que solo quiere declarar ante el juez. Tiene derecho a designar un abogado para que lo asista…

—¡Eh, eh, eh! —protestaba él, asustado—. ¿Qué significa esto? ¿Que estoy detenido?

—Claro que está detenido.

—Eso no me lo habían dicho.

—Se lo estamos diciendo ahora.

—¡Mi abogado no está presente! ¡Mi abogado no lo sabe! ¡Mi abogado no me ha dicho que me iban a detener!

—Si le tomamos estas fotos, y las huellas, es porque está detenido.

Y no se preocupe, porque su abogado sí que lo sabe.

—No me ha dicho nada.

El trámite más complicado consistía en telefonear al Cuerpo Nacional de Policía para comprobar si Francesc Cros del Valle tenía antecedentes penales.

—Lo sentimos, no es culpa nuestra. Se supone que una policía normal debería tener acceso inmediato a los antecedentes penales de una persona, ¿verdad? —le explicamos para justificar la espera—. Pues a nosotros no nos dejan. Y, a veces, la respuesta de la Policía Nacional tarda en llegar.

—Dígaselo a su jefe, el señor Ribas. Él abreviará el trámite.

Yo no tenía ningún interés en abreviar el trámite. Durante los cuarenta minutos que transcurrieron hasta que llegó la información requerida, tanto Reme como yo sugerimos a Francesc Cros que sería mejor que declarase.

—Tengo derecho a no declarar y no declaro.

—No lo decimos para perjudicarle. Si usted es inocente, nos explica dónde está el equívoco, nos convence, nos demuestra su inocencia y se queda tranquilo. Y podrá irse a casa.

—Soy inocente mientras no se demuestre lo contrario. Y, mientras no se demuestre lo contrario, podré irme a mi casa.

—Naturalmente. Usted está aquí porque tenemos pruebas que demuestran lo contrario. Por eso le pedimos que nos explique cómo son las cosas. Si tenemos documentos y declaraciones de testigos que lo implican en un delito y no declara, pensaremos que nos está ocultando algo, ¿no lo entiende?

—No me van a liar. ¿Se creen que nací ayer? No insistan. Venga, acabemos de una vez.

Acabamos al fin. La sala interpolicial comunicó que Francesc Cros del Valle no tenía nada pendiente y lo hicimos constar en las diligencias. Condujimos al detenido a una de las habitaciones de la planta baja y allí pudo reunirse de nuevo con su abogado. Este

irrumpió más exaltado que antes. Como si, mientras esperaba tomando un café, se le hubieran ocurrido unas cuantas argumentaciones contra nuestro comportamiento.

—¿Qué te han hecho? —le preguntó a su cliente—. ¿Te han torturado?

—¿Qué?

—Que si te han hecho daño, que si te han torturado.

—No me han hecho daño, pero me han dicho que estoy detenido. ¿Tú sabías que me iban a detener? ¡Y me han fichado! ¿Tú sabías que me iban a fichar y no me has dicho nada? Me han dicho que tú lo sabías. Y me han presionado para que hablara.

—Ah, lo han presionado, ¿eh? Y supongo que sin leerle sus derechos ni nada, ¿verdad?

—No, sí, me han leído los derechos. Y me han hecho fotos.

—Da igual. —El abogado me miraba a los ojos con la intención de que cada una de sus palabras se me clavara entre ceja y ceja—. Pues sepa que lo considero responsable de esta arbitrariedad y, cuando llegue el momento, hablaremos.

—Hablaremos siempre que quiera —acepté el reto.

—Ahora no. Cuando nos oiga el juez. De momento, no hay nada más que hablar. Mi cliente no declara, de manera que ya pueden dejar que se vaya.

—Bueno. Arriba hemos informado al señor Cros de sus derechos; ahora lo repetiremos delante de usted para hacer las cosas bien y para que usted pueda firmar el acta.

Tuvo que aceptar. Es el procedimiento y los letrados tienen que ser respetuosos con él. Así que volvimos al artículo 520 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, «tiene derecho a no declarar contra sí mismo, a no confesarse culpable, a callar…»; y abogado y detenido firmaron el acta.

—El otro día —dije—, en presencia de ustedes dos, sacamos de la caja fuerte de la granja Artemisa una serie…

—No se esfuerce, sargento —dijo Cros, después de echarle un vistazo al letrado y recibir su permiso tácito para hablar—. Se lo he dicho arriba y volveré a decírselo tantas veces como haga falta. No voy a declarar. Me acojo a mi derecho constitucional a no declarar ante ustedes. Solo declararé ante el juez.

Durante unos segundos, se hizo el silencio en el pequeño habitáculo.

La cabo Reme dijo:

—Voy a hacer las copias de la hoja de la lectura de derechos.

Salió y su ausencia causó una sensación de relax, como si ella, que no había abierto la boca en todo el rato, solo con su mirada y la herida de la frente estuviera abrumando a todos los presentes.

El abogado se aflojó la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa. Dos minutos después Reme volvía a estar con nosotros y le entregaba una copia del acta de lectura de derechos.

—Bueno, pues, si no quiere declarar, cierre la diligencia y firmémosla todos —dispuse.

Firmamos. Reme salió de nuevo con los documentos.

—Ahora, señor letrado, ya puede hablar con su cliente y aconsejarle en aquello que crea oportuno —dije.

Me disponía a salir de la estancia para respetar su intimidad cuando el abogado me lo impidió.

—No hace falta que salga, sargento. Ya está todo hablado, ya está todo hecho y firmado. Mi cliente no declara, buenas tardes y nos veremos las caras delante del juez.

La cabo Reme volvió con el original y las tres copias. Entregó a Francesc Cros una copia de la declaración.

—Esta es su declaración. Un documento donde usted declara que no declara.

—Bueno, pues vámonos.

Me interpuse entre el abogado, el detenido y la puerta.

—Un momento. Antes le hemos dicho a su cliente…

El abogado de la barba y las gafas me interrumpió:

—Ya está todo dicho y escuchado y aclarado. Ahora, déjenos pasar, por favor.

—Le hemos aconsejado que, si era inocente, le convenía declarar para hacernos ver en qué…

—No le conviene declarar y no declarará, ¡y déjenos pasar, joder!

—Si no declara, tengo que sospechar que nos quiere ocultar alguna cosa…

—Sospeche lo que le salga de los huevos, ¡que le den por saco, sargento! ¡Déjenos pasar!

—Para garantizar la presencia del señor Francesc Cros del Valle ante su señoría mañana por la mañana…

—¿Qué me va a decir ahora? ¿Qué quiere decirme? —levantaba la voz el letrado para hacerme callar.

—… ordeno el prolongamiento de la detención hasta que el señor Cros comparezca ante el magistrado del Juzgado de Instrucción n.º 15 de Girona.

—¡Protesto, cabrón! —me dijo el abogado sacando pecho como si estuviera dispuesto a iniciar una pelea allí mismo.

—Aquí no se protesta, señor abogado.

—No puede hacer esto.

—El señor Ribas —intervino, suplicante, Francesc Cros— nos ha dicho que, una vez declarara, me soltarían y me iría a dormir a casa.

—Yo también le he dicho que, si declaraba y nos explicaba en qué estamos equivocados, podría ir a dormir a su casa, pero usted insiste en no declarar y eso me parece sospechoso. Y tenemos un mandamiento judicial que hay que respetar. —Miré a la cabo Reme, que ya tenía el documento judicial en la mano—. Si quiere presentar un recurso de *habeas corpus* al juzgado de guardia de Barcelona, que por cierto está ahí delante, puede hacerlo.

Francesc Cros ya no era el amo del mundo. Estaba desconsolado como un niño perdido en el bosque.

—Tú me has dicho que esto era un trámite y que no me pasaría nada, ¿y ahora qué? ¿Qué hago aquí? ¿Qué dirá mi madre?

El abogado miraba la orden judicial y no se lo podía creer.

—¿Por qué no me han dicho que había orden de detención?

—No nos lo han preguntado. Y nos habría gustado no tener que llegar a estos extremos.

—¡Quiero hablar a solas con mi cliente otra vez!

—Claro que sí. Hable.

Los dejamos solos, y Reme y yo fuimos a tomar un café y a fumar unos cigarrillos.

Treinta minutos después, yo despedía a un abogado enfurecido, atormentado, desmelenado y congestionado; y la cabo Reme acompañaba al señor Francesc Cros del Valle a los calabozos. Las celdas de la Dirección General se usaban muy poco en aquella época y tuvimos que recurrir a la gente de patrullas para improvisar un servicio de custodia que no estaba previsto.

Luego el Marinero me llamó y me pegó la bronca. Que por qué no le había dicho que el magistrado de Girona había dictado la orden de detención. No sé qué le dije.

Francesc Cros pasó la noche en el calabozo y, al día siguiente, viajó al Juzgado n.º 15 de Girona en un coche logotipado con mampara, custodiado por una patrulla uniformada.

Esa fue mayor satisfacción que obtuve de aquella experiencia.

Y la única.

Luego, con el tiempo, todo se fue desmenuzando, como un polvorón olvidado en el cajón del pan.

El magistrado suplente de Girona recibió a Turín y a Teresa Requena con aire desanimado y les discutió cada detalle del atestado con empeño de abogado defensor, moviéndose a derecha e izquierda en su butaca giratoria, como si estuviera tomando impulso para salir corriendo.

Empezó a decir cosas premonitorias como:

—Quiero estar muy seguro de lo que tengo entre manos antes de hablar con él. […] El capataz Nazario Sabater puede ser un hombre de paja… o no. […] Porque ese Cros, según el capataz, no aparecía por la granja casi nunca. […] No lo veo claro.

Quizás las palabras que más repitió en toda la entrevista fueron: «No lo veo claro, no lo veo claro».

Y luego Francesc Cros no dijo nada. No sabía nada y todo era culpa del capataz, Nazario Sabater, quien a su vez reconocía que era culpable, el único culpable. Las declaraciones de los dos coincidían, no había contradicciones, no había dudas, no había grietas.

—En definitiva —terminó diciendo Teresa Requena—, quiere decir que el señor Francesc Cros del Valle esta noche no va a dormir en la cárcel.

—De momento —repuso el magistrado tan solemne como si dictara sentencia—, no veo argumentos de peso para encerrarlo. Tiene domicilio conocido, familia, pagará una fianza, ya no puede destruir pruebas y no creo que pueda reiterar el delito. Le pondré un par de medidas cautelares, aun cuando no creo que piense huir. Le retiraré el pasaporte y haré que se presente al juzgado cada quince días para que no pierda de vista que lo estamos investigando, pero no puedo hacer más. O sea, que no. Esta noche, no va a dormir en la cárcel.

Y Francesc Cros del Valle no durmió en la cárcel ni aquella noche ni ninguna otra de su vida.

A partir de ahí, adiviné lo que iba a suceder. Recordé vagamente la funesta conversación que había tenido con Margarita González en el Doble Vía. En aquel momento pensé que yo había impuesto mi criterio y mi profesionalidad. Aún no había pasado un mes cuando tuve que aceptar el peso de la experiencia y la veteranía de la inspectora.

Estábamos llegando al aeropuerto cuando Lou Díaz se dio cuenta de que yo no le estaba escuchando e interrumpió su entusiasta

rememoración de la clausura de las Olimpiadas para decir bruscamente:

—Solo es trabajo, sargento. Y ha sido un buen trabajo. Nosotros buscamos a los malos, los perseguimos, los encontramos, los detenemos y los ponemos en manos del juez y del jurado. Y ahí acaba nuestro trabajo. Ya está. Nosotros no castigamos ni hacemos justicia. Eso es cosa de los jueces. Ahora les toca a ellos. Tú piensa en tu próximo caso.

Luego, en la terminal, me dio un fuerte abrazo, con aquellos brazos endurecidos por la halterofilia, y me dijo:

—*Ok, my brother. Until we meet again, God bless you and be well.*

Cargó su voluminosa maleta marrón, me dio la espalda y se alejó hacia la puerta de embarque. No puedo saber si se volvió alguna vez para dirigirme un último adiós porque yo también di la vuelta hacia el aparcamiento, subí al coche y regresé a la Dirección General sin mirar atrás.

Enseguida terminó el mes de agosto y la jueza Lorenzana de Barcelona y el juez Ridao de Girona ocuparon de nuevo sus sillones, y fue como volver a empezar. Tuvieron que recordar los detalles de cada caso, y aprobar las decisiones tomadas por sus suplentes, al mismo tiempo que asumían los incidentes que iban entrando cada día y se acumulaban, y así pasaron los días, las semanas, los meses.

Los años.

Gabriel Gavilán, Nazario Sabater y los doctores Esteban Vilalta, Alfonso Terrado y el farmacéutico Miguel Estepona estuvieron un tiempo en prisión preventiva, luego en arresto domiciliario y al fin los soltaron.

El juicio oral no se celebró hasta el año 2016, veinticuatro años más tarde.

Gabriel Gavilán, asistido por el letrado Ramón Ariza Ponce, del prestigioso bufete de abogados Ariza-Arroyo-Pérez, varió por completo sus declaraciones. Toda la culpa la tenían los mexicanos. Él

solo había actuado bajo la amenaza de que lo matarían, a él y a su esposa, igual que habían matado al doctor Bueno y al doctor Toló. De hecho, si no lo habían asesinado fue porque lo necesitaban para que les diera refugio. Y lo cierto era que él había arrastrado a la policía hasta su segunda residencia, en un acto que se podía calificar de heroico, poniendo en riesgo su propia vida y propiciando la detención de los dos asesinos.

Fue el único acusado y salió absuelto.

Nazario Sabater ya no se sentó en el banquillo, porque tenía ochenta y cuatro años y decía que no se acordaba de nada.

¿Y Cros? ¿Qué fue de Francesc Cros del Valle? Él tampoco recordaba nada. Tenía setenta y cuatro años, iba en silla de ruedas y parecía estar al borde de la muerte. No sabía, no podía contestar con exactitud, no estaba allí, no conocía a ningún mexicano, ni a los de aquellos Proveedores Farmacéuticos ni mucho menos a los asesinos detenidos; y, al final, como en el matadero se mezclaban los hígados de todos los animales y no se podía afirmar con seguridad de qué granja había salido la carne infectada, no hubo manera, ni esfuerzo, ni ganas de demostrar lo contrario.

Durante aquellos veinticuatro años de revolver papeles y dejar el caso para mañana, la mayoría de los implicados murieron, y sus descendientes, que se encontraron con las herencias bloqueadas, aceptaron en 2016 una sentencia de conformidad porque, a pesar de tener que pagar multas por lo que habían hecho sus padres, era la única manera de recuperar algo, que en muchos de los casos no era poca cosa.

Las ciento sesenta y tres víctimas cobraron unas indemnizaciones ridículas de acuerdo con los días que habían estado de baja.

Aunque en 1992 ya estaba prohibido en México el uso de clembuterol para el engorde de ganado vacuno y porcino, no se aplicaron medidas realmente restrictivas hasta que, en 1993, se publicó la ley NOM-012-ZOO-1993. Me gustaría creer que tuvimos

algo que ver en ello.

Yo intercedí por Mohamed, nuestro confidente, con mis superiores, con el juez Ridao, con el fiscal y con el dueño del matadero; no estoy seguro de que sirviera para nada.

Y continué haciendo mi trabajo y procurando no caer en el desencanto, ni en el desaliento, ni en el cinismo, como les pasa a tantos policías. Pero sí que me he ido convenciendo, caso a caso, de que la justicia, cuando es tan y tan lenta, pierde su sentido y se convierte en la más grande de las injusticias.

De lo que sucedió con aquella muchacha, Esther Campillo, el caso que llevaba el cabo Martí Román, hablaré en otra ocasión.